



ARTE DE LA SANTIDAD

EXPLICADO.

M- 83313
F- 88417

7
2RV
3362 3

ARTE DE LA SANTIDAD

EXPLICADO,

ó

DECLARACION DE LA ARMONÍA, MÉTODO
Y ARTIFICIO QUE CONTIENE
EI LIBRO ORIGINAL DE LOS EJERCICIOS
QUE ESCRIBIÓ EN MANRESA

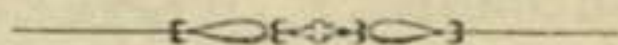
SAN JGNACIO DE LOYOLA.

SU AUTOR

EL R. P. BALTASAR DE MONCADA
DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

269(048.7)
M. 756
1877

*Exercitia spiritualia sunt
quædam documenta in or-
dinem ad pie movendos fi-
delium animos aptissimum
redacta. (Paulus III. in Bulla
Pastoralis Officii.)*



POYANNE,
IMPRESA PRIVADA DEL COLEGIO
1877.

R. 1082



NOTICIA DEL AUTOR.

Nació el P. Baltasar de Moncada de nobilísima familia en Cajamarca del Perú, el dia 17 de Setiembre de 1683; y habiendo entrado en la Compañia de Jesus en 1698, hizo sus estudios con singular fama de jóven de talento, aplicacion y piedad. Enseñó Retórica, Filosofia y Teologia Escolástica y Moral por algunos años con tal aceptacion, que los más doctos de la Provincia buscaban con avidéz sus Mss., como cosa perfecta en su género. Hizo á su debido tiempo la Profesion de cuatro votos, habiendo ántes tomado la borla de Doctor en Sagrada Teologia, en la Universidad de Lima. Por su extraordinaria prudencia fué nombrado Rector de la Casa de Probacion de Lima, luégo del Colegio de Trujillo, de donde pasó á gobernar el Colegio Máximo de San Pablo, y finalmente una tras otra las dos Provincias de Quito y del Perú.

En estos cargos su principal empeño fué el de regir á todos más con sus santos ejemplos que con sus palabras, y animarlos á trabajar en su perfeccion y en la de los prójimos. Tuvo gran habilidad para la direccion de las almas, sobresaliendo en el uso de dar los Ejercicios Espiri-

tuales de N. S. Padre: y para que fuera más estable y fácil de conservar el fruto que en ellos se recogia, instituyó el Retiro espiritual de los Eclesiásticos. cada mes en Lima, donde tambien por medio de la ilustre y piadosa Señora, Doña María Fernández de Córdoba, fundó una casa de Ejercicios para Señoras, y otra en Quito para Hombres, dotándola abundantemente con las limosnas, que á este fin allegó de personas devotas y caritativas. En estos officios se hallaba ocupado con indecible bien de aquellas gentes, cuando salió la órden general de destierro de Carlos III. Mucho trabajaron sus amigos, para que no los abandonara el buen anciano; pero prefirió seguir la suerte de sus Hermanos, aunque no pudo acompañarlos hasta Italia. Cargado de años y merecimientos, no ménos que agobiado con la terrible desgracia de su Madre la Compañía, murió tranquilamente en el camino, el año de 1768, en el Canal de Bahama. Escribió algunas obritas, que han hecho mucho bien en toda clase de almas: pero la que más fama le ha dado es la del *Arte de la Santidad*, que ahora reproducimos fielmente, y esperamos que ha de ser para gran gloria de Dios y aprovechamiento de los que quieran servirse de sus luces.

DEDICATORIA
A NUESTRO SANTÍSIMO PADRE

Y GLORIOSÍSIMO PATRIARCA

SAN IGNACIO DE LOYOLA,
AUTOR DE LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES.

Con toda el alma á vuestros pies, Santísimo Padre, pongo sobre vuestro altar este pequeño libro, cuya noble principal materia fué escrita por vuestra mano con pluma de fuego sobre la piedra, no sé si áun caliente, que venera nuestra devocion en la cueva de la feliz Manresa. Allí vuestro aliento dió á luz el precioso tesoro del librito de oro de los Ejercicios Espirituales. Para bien comun he solicitado descubrir el maravilloso arte y la admirable armonia, que contiene vuestro librito. Mucho necesita esta obra de vuestro fuego, para dar calor á mis frios caracteres, con los cuales instruidos vuestros hijos manejen con útil destreza los Ejercicios Espirituales, y cumplan á la letra el mandato que diste á todos en vuestros primeros compañeros: *Ite, incendite et inflammate universum orbem*. Así sea.

Humilde afortunado hijo vuestro,

Baltasar de Moncada.

LICENCIA DE LA RELIGION.

Mateo Vazquez, Prepósito Provincial de la Compañía de Jesus en esta Provincia de Andalucía, por particular comision, que para ello tenemos de N. M. R. P. Ignacio Visconti, Prepósito General de la Compañía de Jesus: Damos licencia para que se pueda imprimir un libro compuesto por el R. P. Baltasar de Moncada de la Compañía de Jesus, Provincial del Perú, cuyo titulo es: *Arte de la Santidad explicado, ó declaracion de la armonia, método y artificio que contiene el libro original de los Ejercicios, que escribió en Manresa San Ignacio de Loyola*, el cual ha sido examinado y aprobado por personas graves y doctas de nuestra Compañía. En testimonio de lo cual dimos estas letras firmadas de nuestro nombre, selladas con el sello de nuestro oficio, y refrendadas de nuestro secretario, en la ciudad de Granada á veinte dias del mes de Noviembre de mil setecientos cincuenta y tres años.

Mateo Vazquez.

Francisco Serrano

Secretario.

PROLOGO

A LOS PADRES Y HERMANOS

DE LA

COMPañÍA DE JESUS.

Habiendo Dios enviado la Compañía de Jesus al mundo para promover grandemente su mayor gloria por medio de la salvacion y perfeccion de innumerables almas, le dió para que se consiguiese este fin todos los medios necesarios, que aplicados intensamente por la misma Compañía, se lograse el intento deseado. Asi como á todos los animales les dá las facultades necesarias para que puedan conseguir su conservacion, buscando sus bienes y huyendo sus males; y asi como á los hombres les dá todas las potencias naturales y sobrenaturales, que son necesarias para conseguir su último fin, que es servir y alabar á Dios en esta vida, y verle y gozarle eternamente en el cielo; y siendo necesarias para conseguir la salvacion de muchas almas, la sabiduria y la santidad, segun dice con todos los Santos Padres San

Isidoro: *Qui in erudiendis, atque instituendis ad virtutem populis præerit, necesse est ut in omnibus Sanctus sit, et in nullo reprehensibilis, et quod scientia scripturarum polleat: quia si et doctrina et sermone fuerit eruditus, potest et suos docere, et adversarios repercutere, etc.* (Lib. 2. Offic. ad S. Fulgentium. c. 5.) Una y otra las ha concedido Dios á la Compañía de Jesus, en todo aquel grado sublime que se requiere para tan alto fin.

La sabiduría se la dió, no solo en sus primeros Fundadores, que todos fueron: *Artium magistris, et Theologiæ gradibus insignes*, (Lect. 2. S. Ignat.) como dice la Iglesia; sino tambien en otros doctores, sapientísimos maestros y escritores celebérrimos, que han ilustrado todas las ciencias y facultades, sin dejar ninguna en que no hayan llenado de luz el mundo, y de que no hayan escrito innumerables libros, en que hayan dejado permanente la luz, para que los futuros vayan esclareciendo con nuevos resplandores de sabiduría todo el universo.

La santidad se la ha dado en grande copia, no solo en lo admirable de sus Constituciones estampadas, en que ni aún los herejes han tenido que morder, ni solo en los santos que tiene ca-

nonizados, y otros muchos cuyas causas de canonizacion se estan tratando en la Curia Romana; sino tambien en el crecidisimo número de mártires y de confesores jesuitas, de que estan llenas sus historias, hombres todos ilustrisimos en todo género de virtudes y en actos heróicos de ellas, con que han llenado de ejemplos de santidad, no solo á todos los hijos de la Compañia, sino tambien á muchos seculares, religiosos y religiosas, que han participado los resplandores de tan ventajosas virtudes. Sin que falten entre estos, no pocos á quienes Dios ha ilustrado con muchas gracias *gratis datas* de contemplacion, don de lenguas, de profecias y de hacer milagros, con que Dios ha premiado sus virtudes y hécholos ilustres, para que sea más copioso el fruto de su predicacion. Y siendo la sabiduria y la santidad, cuando estan unidas, árbol fecundo, que lleva por fruto la conversion, la perfeccion y la salvacion de muchas almas, no es mucho que la Compañia de Jesus, á quien Dios ha dotado con tanta liberalidad de estas dos prerogativas, haya dado á la Iglesia de Dios tan copiosos frutos, que el Santo Pontifice San Pio V., como tambien otros Sumos Pontifices, los pudiese llamar innumerables en su Bula, en que confirma

las Constituciones de la Compañía, dada el año de 1568, en que solo tenia 28 años de confirmada la misma Compañía, en que comienza así: *Innumerabiles fructus, quos benedicente Domino, Christiano Orbi Societas Jesu felicissime hactenus attulit, et adhuc sollicitis studiis afferre non desistit*: atribuyéndolo todo á la sabiduría y santidad, en que han florecido los hijos de la Compañía: *Viros litterarum scientia, religione, vita exemplari, morumque sanctimonia perspicuos... optimos prædicatores, et interpretes produciendo etc.*

Pero despues de todo, es preciso confesar que ademas de la sabiduría y santidad, en que se confiesa la Compañía de Jesus sumamente deudora y agradecida á la liberalidad de nuestro Criador y Señor, le concedió tambien este mismo Señor otro medio propio y peculiar para conseguir su fin, que el Directorio de los Ejercicios llama grande don y beneficio, dado de la divina Piedad á la Compañía de Jesus: *Quod cum humilitate cognoscere possumus, et certe etiam debemus, hoc totum esse praeclarum quoddam donum, ac munus a Deo datum Societati nostrae.* (Direct. in Proemio §. 9.) Este es el libro de los Ejercicios, que escribió nuestro

Padre San Ignacio en la Cueva de Manresa el primer año de su conversion y fué como la fuente de Mardoqueo, que siendo pequeña en su origen y manantial, pasó en breve á ser caudaloso rio que se convirtió despues en luz y en Sol, que esclareció todo el Orbe: *Fons parvus crevit in fluvium, et in lucem, Solemque conversus est.* Este librito pequeño es el instrumento, que Dios dió á la Compañía de Jesus, para ganar tantas almas; y tiene toda su eficacia asi inmediatamente por sus doctrinas y reglas de que se compone, como mediatamente, porque es el alma de todas las Constituciones y demas ministerios de la Compañía de Jesus, con que se consigue su fin de llevar al Cielo innumerables almas.

Es instrumento efficacísimo inmediatamente por si mismo dicho librito, no ya solo por ser libro espiritual, pues la Iglesia de Dios está llena de libros espirituales, que aunque contienen excelentísimas doctrinas, no obstante, no se reconocen tan fructuosos como este librito, de quien dice la misma Iglesia, que está aprobado con la utilidad de todo género de gentes: *Mirabilem illum librum composuit, omnium utilitate comprobatum.* (Lec. 2. Sancti Ignatii.) Y por esto el Pontífice Paulo III, en la Bula con que los

prueba, exhorta á todos y á cada uno de todos los fieles, en cualquiera parte del mundo donde se hallaren, que quieran instruirse y usar de dichos Ejercicios para su provecho espiritual: *Hortantes plurimum in Domino, omnes et singulos, utriusque sexus, Christi fideles ubilibet constitutos, ut tam piis documentis et Exercitiis uti, et illis instrui devote velint.* (In Bulla Pastoralis officii, etc.)

Ni tampoco le proviene su eficacia á dicho librito de ser libro de ejercicios espirituales, pues hay innumerables libritos de ejercicios pios y devotos, de que usan muchas almas espirituales y devotas, que aunque son muy laudables y provechosos, no obstante, no es su fruto tan copioso y general, como ha dado á la Iglesia de Dios este librito, que escribió San Ignacio. Lo mismo digo de otros innumerables libros de ejercicios espirituales, que se han escrito sobre este mismo libro que escribió San Ignacio, de los cuales hablaremos despues.

Proviénele, pues, toda su fuerza y eficacia á este librito del Santo, de ser tal libro de ejercicios espirituales: esto es, de ser Arte y Método, que prescribe todas las reglas y medios efficacísimos, y áun podemos decir indefectibles, de

conseguir la salvacion de las almas y la perfeccion cristiana, desde su principio hasta su fin, en las almas que desean subir á ella, y para esto se vale de todas las cuatro semanas que contienen dichos Ejercicios: *Pietate, ac sanctitate plena, et ad aedificationem et spiritualem profectum fidelium valde utilia et salubria;* tambien dice que son: *Documenta ex Sacris Scripturis, et vitae spiritualis experimentis elicta: et in ordinem ad pie movendos fidelium animos aptissimum redacta.* Nótese mucho aquel *in ordinem aptissimum redacta*, que declara ser arte y disposicion admirable de documentos, que conducen á mover los animos á la virtud. Y así como el arte de la Gramática, que enseña á hacer el latin, no es lo mismo que los libros latinos, que en este idioma tratan de otras materias; y como tambien el arte de la Retórica, no es lo mismo que los libros de sermones y oraciones latinas que se escriben, porque el arte es uno solo y singular, que dá todas las reglas para formar el idioma latino, ó para hacer el sermon ú otra oracion latina, de que hay multitud de libros que tratan de materias espirituales; el arte de la Santidad que dá con método y órden todas las reglas necesarias, para seguir

desde su principio hasta su fin la senda de la perfeccion Cristiana, es sólo y único este de los Ejercicios que escribió N. P. S. Ignacio. Y áun por esto dispuso Dios, que aunque era librito bien pequeño, lo aprobase el mismo Pontifice Vicario de Cristo, con parecer de hombres doctísimos, que hallaron dichos Ejercicios: *Pietate ac sanctitate plena, et in ordinem aptissimum redacta*: porque aunque otros libritos pequeños no necesitan de tan alta aprobacion y recomendacion, para que por ella tambien, fuera de la experiencia de todos los que los habian hecho, se reconociese la singularidad y la grande importancia de este librito ó Arte de la Santidad.

Es tambien este librito instrumento de ganar muchas almas mediatamente, porque es el alma, el principio y la raiz de todo el Instituto de la Compañia y de todos los ministerios con que la misma Compañia ha ganado y gana continuamente tantas almas para Dios, como expresan en sus Bulas los Sumos Pontifices. El P. Teófilo Raynaudo, llamó á N. P. S. Ignacio alma del mundo: *Ignatius anima mundi*. (In Trinit. Patriarch.) imitando á San Justino, que, en su Epistola á Diogneto, muestra que los Cristianos son para el mundo, lo que el alma para el cuerpo,

pues le vivifican con su doctrina Evangélica, como el alma vivifica al cuerpo, y lo mismo hizo S. Ignacio.

La Congregacion General XI, en el decreto, dice, que las distribuciones y ejercicios espirituales, que la Compañia de Jesus prescribe á todos sus hijos, son el alma de la misma Compañia, y todos los ministerios que en ella se ejercitan: *Impense commendatum voluit Congregatio studium rerum spiritualium, utpote rerum omnium nostrarum animam, praecipua, ac perpetua cura versandum esse:* y siendo el librito de los Ejercicios una idea de todo el espiritu de S. Ignacio, quien trasladó á ellos todas las luces, que le comunicó Dios en el principio de su conversion, es preciso que confesemos, que el dicho librito, es el alma de toda la Compañia y de todos los copiosos frutos. que en las almas se cogen en todo el mundo por medio de los ministerios de la Compañia. Con este libro ganó el Santo para Dios á sus primeros compañeros, que fueron las piedras fundamentales de la Compañia. De este libro formó despues todas las Constituciones de la misma Compañia, que si se cotejan cuidadosamente con el dicho libro, se hallará y se confesará, que ó el libro es las Constituciones en com

pendio, ó que las Constituciones son el libro de los Ejercicios difuso y explayado. Con estas Constituciones ha formado S. Ignacio, en todos aquellos que perfectamente las observan y se arreglan á ellas, aquella multitud de hombres insignes en sabiduría y santidad, que han hecho tan célebres progresos en toda la Iglesia de Dios, como ponderan los Sumos Pontífices, y confiesa todo el mundo. De estas Constituciones, y de los jesuitas que en todo se han arreglado á ellas, ha nacido tanta variedad de gloriosos ministerios, de misiones entre gentiles y herejes, de sermones y congregaciones entre cristianos y católicos, de confesiones y comuniones entre personas devotas y religiosas, de doctrina cristiana entre gente ruda y poco instruida, de instruccion de niños en las escuelas, y de jóvenes en los estudios y en los colegios, seminarios, etc. donde tan copiosos frutos se cogen en todo el mundo, como expresa el Sumo Pontífice Paulo III, en la Bula referida, en que aprueba los Ejercicios: *Debitum etiam respectum habentes ad fructus uberes, quos Ignatius, et ab ipso instituta Societas, in Ecclesia Dei ubique gentium producere non cessant.* Y siendo el alma, así de las Constituciones, como de los jesuitas instituidos

por ellas, el libro de los Ejercicios, es preciso confesar, que no solo hacen fruto por si mismos inmediatamente en todos los que hacen dichos Ejercicios, sino tambien mediatemente por medio de todos los diversos ministerios, que ejercita la Compañia, de quienes es el alma, el origen y la raiz el dicho libro de los Ejercicios. Así lo expresa el mismo Sumo Pontifice en la misma Bula: *Debitum respectum habentes ad fructus uberes... et ad maximum adjumentum, quod ad id prædicta exercitia attulerunt.*

En el libro I. de los Macabeos se dice, (Mach. I. cap. 5. v. 57.) que habiendo hecho tantas y tan gloriosas hazañas el grande capitan Judas Macabeo y sus hermanos, hubo otros de otras familias que quisieron imitarlos para conseguir semejante gloria: *Faciamus et ipsi nobis nomen, et eamus pugnare, etc.* Pero les salió muy mal, porque fueron rechazados y muertos más de dos mil de sus soldados: *Et facta est fuga magna in populo.* Y añade el Texto Sagrado: *Ipsi autem non erant de semine virorum illorum, per quos salus facta est in Israel.* Y si preguntamos, cuál es la semilla de los grandes jesuitas, que tan gloriosas empresas han hecho en obsequio de Dios y de su Iglesia, y tantas almas han ganado para

el Cielo, hemos de confesar que es el libro de los Ejercicios, porque el grande espíritu de N. P. San Ignacio dejó la semilla de este admirable librito: *Semen virorum illorum*, para que de ella se fuesen renovando en el mundo los nuevos hijos de su espíritu, que por medio de tantos ministerios multiplicasen los frutos, que tanto admira y aplaude todo el mundo: *Et viri Juda magnificati sunt valde in conspectu omnis Israel et gentium omnium, ubi audiebatur nomen eorum, et convenerunt ad eos fausta acclamantes. (v. 63. et 64.)*

De aqui nace el imponderable cuidado, que la Compañia de Jesus pone, en que sus hijos todos se crien con este espíritu y hagan repetidas veces estos Ejercicios. Repitiendo este órden, y mandato en muchas partes de las Constituciones, en varios decretos de las Congregaciones Generales, en diversas reglas de los Provinciales, Rectores y otros Superiores. En ellas se manda que los que entran en la Compañia tengan los Ejercicios por un mes entero, llenando las cuatro semanas, que pone el Santo en dichos Ejercicios, y este es uno de los experimentos y probaciones de los novicios. Item, se ordena que antes de hacer los votos del bienio, se tengan los Ejer-

cicios por ocho dias. Ademas de esto, ántes de recibir las Sagradas órdenes, se deben hacer los Ejercicios por ocho dias. Y lo mismo sucede ántes de la profesion solemne de cuatro votos. En el año de la tercera probacion se manda, que se tengan los Ejercicios enteros de treinta dias. Y generalmente está ordenado en dichas Constituciones y Congregaciones, que todos, sin exceptuarse ni superiores ni sugeto alguno, tengan los Ejercicios cada año por ocho dias. Lo cual todo se observa en la Compañia con grande rigor y exaccion: porque siendo esta la primera causa, ó instrumento, que dió sér á la Compañia, ha de ser tambien la que la conserva; y siendo el alma, que vivifica este admirable cuerpo y cada uno de sus individuos, es preciso, que si alguno, ó algunos de estos no se animare y vivificare por este espíritu, se haga miembro inútil para todo el cuerpo, se marchite, se corrompa y finalmente, como miembro inútil se corte y arroje fuera, porque no inficione á los demas miembros, que tan útiles y provechosos son á todo el mundo, vivificados por este espíritu y esta alma de los Ejercicios.

Pero no basta á los de la Compañia, en especial los Sacerdotes, el hacer estos Ejercicios de

N. P. S. Ignacio, pues deben pasar á saberlos, entenderlos, instruirse bien en toda su armonia y artificio, y hacerse muy diestros en manejar estas armas. con que tanta guerra se hace al infierno. Porque como no solamente han de ser santos para sí, sino tambien sabios, para poder convertir y hacer santos á otros, es necesario que sean muy peritos en el manejar este medio é instrumento, que ha sido el principal con que la Compañia desde su Santo Fundador, hasta ahora, ha hecho en la Iglesia de Dios los admirables frutos, que hemos expresado. Porque si solo hacen los ejercicios, serán santos para sí pero no para otros. Mas si los hacen y tambien los entienden, y se instruyen bien en toda su armonia y disposicion, podrán ganar con ella á otros, cumpliéndose aqui lo que San Isidoro dijo de los Obispos: *Quia si Episcopi tantum sancta sit vita, sibi soli prodest, sic vivens: at si et doctrina, et sermone fuerit eruditus, potest caeteros quoque instruere et docere.* (Lib. 2. Offi. cap. 5.) El hacer los ejercicios, los hará discipulos; pero para ser maestros, es necesario los entiendan y penetren bien; pues mal puede enseñar un arte, quien no es muy ventajoso en la inteligencia de todas sus reglas, disposicion y armonia.

Esto es lo que N. S. Padre con tanta expresion nos dice y nos ordena en las Constituciones: *Ad exercitia spiritualia aliis tradenda, postquam quisque in se ea fuerit expertus, assuescant: et dent operam omnes, ut eorum reddere rationem, et in hoc armorum spiritualium genere tractando (quod Dei gratia ad ipsius obsequium tantopere conferre cernitur) dexteritatem habere possint:* (Part. 4. cap. 8. §. 5.) donde no solamente manda el Santo, que se hagan los ejercicios, sino que con gran cuidado se entiendan, y de tal modo se sepa y penetre toda su armonia y disposicion, que se pueda dar razon de toda ella y responder á cualquiera pregunta que se hiciere sobre el artificio y órden admirable con que proceden: *Dent operam, ut eorum reddere rationem possint* (Ibidem.) Lo cual conduce como explica la declaracion de las Constituciones, no solo para que se responda á las dudas, que se pueden excitar acerca de los Ejercicios, sino tambien para animar y excitar en otros el deseo de tener dichos Ejercicios: *Non solum id agatur ut aliis satisfiat, sed etiam ut in illis desiderium excitetur, ut eisdem iuvare velint.*

Lo mismo se ordena en la regla cuarta del Prefecto de espiritu, por estas palabras: *Det ope-*

ram ut orandi et meditandi modos, quos docuit P. N. Ignatius in libro Exercitiorum retineant, et ut illo libro familiarissime utantur. Y en la regla sépt. de los Sacerdotes: Intelligent sibi ratione peculiari incumbere, ut Exercitiorum Spiritualium, quae tantopere ad Dei obsequium conferre cernuntur, usum valde familiarem habeant. Nótese el familiarissime de la 1. regla, y el valde familiarem de la 2. Y en el Directorio de los Ejercicios, compuesto por hombres sapientísimos de nuestra Compañía, revisto por los Padres Asistentes, y mandado imprimir por nuestros Padres Generales, se dice: Nostris debent dari exercitia omnia integra et juxta formam in libro praescriptam. En el c. X. §. 3. Qui Exercitia aliis daturi sunt, omnino oportet, ut ipsi ea prius bene nota, et perspecta sibi fecerint, et ideo legere debebunt librum, et bene intelligere, ac de quo dubitabunt, quaerere ab eo qui eis tradit exercitia. En el §. 5. Exercitia B. P. N. Ignatii integra, ut sunt, conserventur, nulla re addita, vel transformata. De todo lo cual se reconoce manifiestamente, cuán conveniente, y cuán necesario es, que los jesuitas sacerdotes lean continuamente el libro de los Ejercicios, que escribió N. P. S. Ignacio, lo entien-

dan, lo penetren y se enteren bien de todo su método, armonía y artificio, porque este es el que conduce al fruto, que se ha de hacer en las almas.

Digo el libro, que escribió N. P. S. Ignacio, porque son sin número los libros de Ejercicios, que han escrito sobre este libro muchos autores jesuitas. Unos explayando solamente las meditaciones de los novisimos y de la primera semana, de que hay gran copia en otros autores que tratan de esta materia. Otros entresacando algunas meditaciones de la primera semana, y otros de la segunda, tercera y cuarta, poniéndolas con extension. Otros invirtiendo el orden, que tiene el Santo en su libro, y poniendo en el principio algunas de las reglas, que pone en sus lugares el mismo Santo. Otros añadiendo otras varias meditaciones y catálogos de virtudes y de vicios, que aunque son muy buenas, no son las que trae el Santo: y como á todos estos libros les ponen el título y rótulo absoluto de EJERCICIOS DE SAN IGNACIO, se confunden los que escribió el Santo con estos otros, que han escrito otros autores: y como estos son muchos, vienen fácilmente á las manos de personas sin letras, de seculares y de mujeres, que

12 juzgan ser estos los que escribió el Santo; y de
13 aquí nació el que no faltase algun ignorante,
14 que dijese se alababan y engrandecian mu-
15 cho los Ejercicios de San Ignacio, no conte-
16 niendo más, que las doctrinas espirituales que
17 escribieron con más difusion otros doctores as-
18 céticos.

19 Muy buenos y laudables son los dichos libros de
20 ejercicios, que han escrito otros autores, y ayu-
21 dan mucho á los ejercitantes. Pero no son estos
22 los Ejercicios del Santo, porque estos son li-
23 bros dilatados, y buenos para leer; pero el libro
24 de S. Ignacio es libro breve, que no se hizo para
25 leer, sino para *hacer*, pues es el arte, que da
26 por órden y método todas las reglas necesarias
27 para conseguir la santidad. Y asi como el arte de
28 la lengua Latina, no se hizo para leer el Latin,
29 de que hay muchos libros muy difusos, sino pa-
30 ra hacer el Latin, ciñéndose á todas las reglas y
31 método, que para esto prescribe; asi tambien el
32 libro de S. Ignacio no es libro espiritual, que
33 trate difusamente, como otros lo hacen, las ma-
34 terias espirituales, sino arte, que da todas las
35 reglas y método, indefectibles, con que se ha de
36 conseguir la santidad. Y asi, este libro del San-
37 to es el que los jesuitas deben leer, entender y

penetrar, para enterarse de toda su armonia, y hacerse peritos y discretos en usar de estas armas, como lo ordena en muchas partes su Instituto.

Es verdad que para entender este artificio y armonia de los Ejercicios de S. Ignacio, no basta leer el libro, pues no son pocos los que lo leen, á quienes se puede decir lo que San Felipe el Diácono al eunuco de la Reina Candaces: *Putasne intelligis, quae legis?* (Act. 8. 30.) Y que para facilitar su inteligencia era necesario alguna explicacion, como respondió el mismo eunuco: *Et quomodo possum, si non aliquis ostenderit mihi?* Y aquí es preciso confesar, que hay muy pocos autores, que expliquen el método y órden de los Ejercicios del Santo; porque aunque son sin número los jesuitas, que han escrito sobre este libro, rotulando todos: *Ejercicios de San Ignacio*, como arriba dijimos; sólo tres autores he visto, que hayan declarado el artificio y órden admirable del libro que escribió el Santo. El primero es el Eximio Doctor, Padre Francisco Suarez (Tract. X. De Relig. lib. IX. c. 5. 6. et 7.) que explicó con tan alta sabiduria é ilustracion celestial todo este prodigioso arte: y no sólo desata todas las dudas y dificultades,

que se pueden ofrecer en él, sino declara todo el artificio, órden y disposicion, con que el Santo guia al ejercitante desde el principio hasta el fin de la perfeccion, y lo llama admirable, prudentisimo y celestial método de enseñar la santidad, mostrando que no solo era dicho Padre Suarez santo en el haber hecho dichos Ejercicios, sino tambien sabio é ilustrado en la claridad y alteza con que los explica y dá á conocer y á estimar, como uno de los medios é instrumentos importantisimos, que usa la Compañia, para ganar las almas para Dios.

El segundo autor, que he visto, es el P. Ignacio Diertins, que comentó la letra del Santo, á la manera que otros doctores comentan la Sagrada Escritura, y dá á conocer el tesoro inexplicable, como el mismo Padre dice, que se encierra en los Ejercicios originales que escribió el Santo; y el artificio y método, con que el Santo enseña en dicho libro todo el camino de la perfeccion. Esta obra del P. Diertins se recibió con notable aplauso y aclamacion en todo Flandes; porque no solo los hijos de S. Ignacio, sino tambien muchos de aquellos Principes Eclesiásticos y personas religiosas, que apreciaban, como debian, el libro del Santo, estimaron

mucho el tener una declaracion y exposicion tan sábia de todas las profundas doctrinas, que se contienen en dicho libro: así solicitaron en breves términos tres impresiones distintas de dicho Comento, mejorándose su método en la tercera impresion, como el mismo Padre lo dice en la prefacion de dicho Comento.

El tercer autor es el Padre Luis de la Palma, quien como sabio y santo hizo el alto concepto, que debia, de los Ejercicios de nuestro S. P. S. Ignacio, y conociendo que de estos habia dependido el grande espíritu del Santo y todos sus primeros compañeros, y que de estos mismos Ejercicios dependia todo el espíritu de la Compañia; «y que en apagándose esta luz, nos quedaríamos los jesuitas á oscuras: y en cortándonos estos cabellos, nos quedaríamos sin fuerzas y como los demas hombres,» como el mismo lo escribe, procuró darlos á conocer, explicándolos en su primer tomo del Camino Espiritual y en otro tomito, que despues escribió mas compendioso de los mismos Ejercicios. Bien, que en dichos tomos, no tanto explica el artificio y armonia, que encierra el Libro de San Ignacio, quanto la alteza de la perfeccion á que conduce. Véase el prólogo de todo lo que el mismo Padre

escribe en el tomito pequeño de Ejercicios. No ha llegado á mis manos otro autor alguno, de los pocos que he visto, que escriba sobre esta materia.

Esta es la causa de haber hecho este breve resumen ó declaracion de este admirable arte, por lo poco que he entendido de él, áun al cabo de muchos dias de Religion; porque con la luz, que me dieron los tres autores, me pareció conveniente apuntar lo que alcanzaba de dichos Ejercicios, por si acaso sirviese de facilitar á otros jesuitas de los mozos, la inteligencia y estudio de los Ejercicios originales del Santo, para que desde sus primeros años de Sacerdocio se estimulasen á leer y estudiar en dicho libro, para mejor manejar estas poderosissimas y efficacissimas armas. «Mejor es hacer el acto de contricion, que saber su definicion,» dice el refran; pero ninguno negará, que es mejor saber la definicion, despues de hacer el acto de contricion. Los jesuitas, no solo debemos hacer los Ejercicios de N. P. S. Ignacio, sino tambien entenderlos y penetrarlos muy bien, pues así lo manda el Santo: *Postquam quisque in se ea fuerit expertus, eorum reddere rationem possint*, (4. p. Const. Instit. et c. 8. §. 5.) pues á quien le

mandan las dos cosas, no cumplirá con hacer solo una.

Debemos ser santos, y de más á más ayudar á nuestros prójimos á ser santos, pues uno y otro profesamos en el Instituto de la Compañía. Para ser santos, nos servirá el hacer los Ejercicios; pero para hacer á otros santos, es preciso y necesario que entendamos y penetremos bien los mismos Ejercicios, pues de otra manera no podemos cumplir con nuestro Instituto: *Qui fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in Regno Cælorum*. Solo será perfecto jesuita, el que hiciere lo que debe en su Instituto, y el que supiere lo que debe enseñar á los prójimos, para que sean perfectos. Y si N. P. S. Ignacio dice en la declaracion de la Constitucion citada, que sepamos y entendamos bien dichos Ejercicios, no solo para dar razon de ellos, sino tambien ejercitar en otros los deseos de tenerlos: *Non solum agatur, ut aliis satis fiat, sed etiam ut in illis desiderium excitetur ut eisdem jurari velint*. Sirva esta mi corta explicacion de los Ejercicios, para excitar en los jesuitas mozos el deseo de entender bien y penetrar con continuo estudio los Ejercicios, que escribió N. S. Padre, y de más á más para hacer otras explicaciones más copio-

sas y mejores que la presente. Pues si yo tuve este deseo, por haber leído las exposiciones de los tres autores arriba dichos; á otros jesuitas servirá esta mi corta exposicion, para hacer otras mejores.

Aquí habia ya acabado mi prólogo, y mostrado mi voluntad de ayudar á mis Padres y Hermanos jesuitas, á quien tanto amo; pero antes de concluirlo del todo, no puedo omitir dos argumentos ú objeciones, que me pueden hacer sobre lo dicho; y así, para quitar todo escrúpulo, quiero responder á ellas en la mejor forma que pudiere.

Lo primero es, que al libro de los Ejercicios lo llamo Arte de la Santidad, y parece que no puede ser arte, porque la Santidad no se ciñe á reglas y preceptos, que pueda dar el hombre. La Santidad consiste en la gracia, y depende de solo los auxilios, que dá el Espíritu Santo; y como este Divino Espíritu los dá á quien quiere, y cuando quiere y como quiere, no se puede ceñir á reglas, ni preceptos de arte.

A esto respondo, que el arte y sus reglas no son para el Espíritu Santo y la gracia, sino para el hombre, que ha de cooperar con su libre albedrio á los auxilios divinos, para recibir la gra-

cia y los aumentos de ella. Para esto se debe entender que Dios: *Non longe est ab unoquoque nostrum*, no está lejos de cada uno de nosotros, como dice San Pablo: (Act. 17. v. 27.); y que *dat omnibus affluenter*, como enseña Santiago, (Jac. 1. v. 51.) á todos dá continuamente auxilios, y desea darles su gracia y amistad, no como quiera, sino en grande abundancia, segun nos lo declaró Cristo, Señor Nuestro. *Veni, ut vitam habeant, et abundantius habeant* (Joan. 10. v. 10.). Pero nosotros no la recibimos, ó porque ponemos impedimentos á la gracia, resistiendo al Espíritu Santo con nuestros pecados, ó porque no ponemos las disposiciones necesarias de ejercicios convenientes, para recibir la gracia y la abundancia de la gracia; y para esto es el arte de San Ignacio, para que el hombre quite los impedimentos, retirándose del mundo y del bullicio, examinando su conciencia con gran cuidado. considerando la gravedad y la multitud de los pecados cometidos y las inexplicables penas del Infierno, que tiene merecidas por ellos, y haciendo una confesion general de todas sus culpas y muy áspera penitencia por ellas, y así quite todos los pecados que tiene en su alma, y son el impedimento de la gracia. Item,

para que ponga las disposiciones necesarias para recibir la misma gracia, que son la oracion y peticiones á Dios, la meditacion de la Vida, Pasion y Muerte de Jesucristo, los deseos de seguir todos sus santísimos pasos, no sólo en lo bueno, sino en lo mejor y más agradable á Dios, que son todas las disposiciones necesarias para recibir abundantemente la gracia de Dios, quien no la niega á quien pone de su parte todo lo que es necesario para recibirla.

Y así el arte no estrecha á Dios y á la gracia á reglas y preceptos, sino al hombre, que ha de cooperar con su libre albedrio para recibirla, lo cual quiero explicar con dos ejemplos. Para hacer una casa tienen los arquitectos su arte; y por este y sus reglas se dirigen, para saber si han de hacer la casa hácia el Oriente, ó hácia el Occidente; en qué lugar han de colocar las puertas y las ventanas, para que entre la luz, y el sol á calentarla; en qué sitios han de poner las que han de dar correspondencia á los aires y vientos, para que la bañen y la refresquen etc. todo esto se hace por arte; pero no es arte, que ponga reglas, y preceptos al sol, á la luz, y al aire, para que entren ó no entren en la casa, ni para que la refresquen ó calienten; sino es arte que se

ejercita en la casa, para que no tenga impedimentos que obsten á la entrada del sol, de la luz y del aire, y para que tenga abiertas las ventanas, para que entren el sol y el aire; porque como el sol siempre alumbra de dia, y el aire siempre llena su region, no se les ponen á estos reglas para entrar, ó no entrar, sino á la casa para recibir ó no recibir estos beneficios. Así, pues, tambien como Dios á todos da su gracia, y el hombre es el que pone los impedimentos, ó no pone las disposiciones para recibirla, ó recibirla en abundancia; no es el arte y sus preceptos para Dios y su gracia, sino para el hombre, y la direccion de su libre albedrio. Véase al Padre Suarez en el lugar citado.

El segundo ejemplo es el del rio. El arte de labrar los campos da reglas para conducir el agua, con que se han de fecundar; dónde se ha de poner la boca ó toma del rio, para recibir el agua, por dónde se ha de conducir la acequia madre, cómo se han de repartir los ramos de ella, para cultivar el predio ó la hacienda, cómo se ha de ensanchar, ó ahondar la acequia, para que traiga más agua etc. Esto no es dar reglas al rio; porque supuesto que este traiga copiosas aguas, solo es quitar los impedimentos, y ordenar las

disposiciones, para que el rio comuniqué sus aguas á toda la hacienda. Y así, las reglas del labrador no son para el rio ó para el agua, sino para las acequias, ó conductos por donde ha de recibir el agua, para fecundar toda su hacienda. así tambien Dios es Rio de inmensas águas, y para que se comuniqué á nuestras almas, y las fecunde con las virtudes, sólo es necesario quitar los impedimentos y poner las disposiciones, para recibir la gracia; y para esto es, para lo que da S. Ignacio las reglas de sus Ejercicios, como el mismo Santo lo dice en la primera anotacion de ellas: «Ejercicios, para quitar de sí todas las afecciones desordenadas, y despues buscar, y hallar la voluntad divina, para la salud del alma, en la disposicion de su vida etc.».

El segundo argumento, ú objecion sobre lo dicho, es, el que arriba he expresado, que estas reglas de los Ejercicios son indefectibles para conseguir la santidad. Y esto tiene su dificultad, porque la santidad es contingente, y así no puede haber reglas indefectibles para ella. Es contingente de parte de Dios, que es libre en dar, ó no dar los auxilios á quien quisiere, cuando quisiere y como quisiere, como él mismo lo dice: *Miserebor cujus misereor: et misericordiam*

præstabo, cujus miserebor. (Rom. IX.) *Amice non facio tibi injuriam* (Matth. 20. 13.). Es contingente de parte del hombre, que tambien es libre para recibir ó resistir á los auxilios necesarios, así para la primera gracia habitual, como para los aumentos de ella, en que consiste la santidad: luego no puede haber reglas indefectibles, para recibir y aumentar dicha santidad.

A esto respondo que todas las reglas, que da S. Ignacio en sus Ejercicios, son los mismos medios, que Dios nos ha dado en sus Escrituras, para conseguir y aumentar su gracia, como lo dice Paulo III en su Bula, con que aprueba dichos Ejercicios: *Documenta, sive Exercitia Spiritualia ex Sacris Scripturis, et vitæ spiritualis experimentis elicita.* Y siendo los mismos medios, que Dios nos ha dado para este fin, aunque puestos en órden y método, no pueden dejar de tener la eficacia, que el mismo Dios les ha dado. Es verdad que Dios es libre en dar ó no dar su gracia; pero tambien es verdad, que no la niega á quien hace de su parte lo que el mismo Dios le ha mandado hacer para recibirla: *Facienti quod est in se, Deus non denegat gratiam.* Dios es libre, para dar ó no dar su gracia: pero *Ipse se debitorem fecit,* dice San Agustin. Prometió

darla á todos los que quitasen los impedimentos y pusiesen las disposiciones que él mismo ordenaba, para comunicarla. Y siendo indefectibles las promesas de Dios, es necesario el que esta gracia se comuniqué á quien pone lo que Dios le manda. Y esto no es quitar la libertad á Dios sino actuarla, pues las mismas promesas son ejercicio de la voluntad libre de Dios.

El hombre es libre, para admitir ó resistir á la gracia auxiliante y á la gracia santificante, que Dios le quiere dár. Pero el poner los medios, que Dios le ordena, para comunicarle dicha gracia, no es quitarle la libertad, sino perfeccionarla; pues el mismo poner dichos medios, es ejercicio libre y voluntario de la voluntad criada. Con que si el hombre libremente pone dichos medios, y Dios no puede faltar en sus promesas, las cuales hizo libremente, concurren ambas libertades actuándose en sus ejercicios; y así sale indefectible el efecto de la santidad. Con que son indefectibles todas las reglas, que da San Ignacio en sus Ejercicios, para conseguir la santidad, cuando se fundan en las promesas, que Dios tiene hechas de su parte, y en las condiciones, que requiere de parte del hombre para cumplir sus promesas, las cuales condiciones todas se practi-

can, y actúan en estos Ejercicios de San Ignacio.

Y á la verdad, ningunas disposiciones puede haber para recibir la gracia, más convenientes que las siguientes, que son las que el Santo enseña y dirige en dicho libro de sus Ejercicios. Primera, retiro y abstraccion de todo bullicio humano, para que en la soledad se puedan oír las voces de Dios. *Ducam eam in solitudinem, et loquar ad cor ejus* (Osee 2. v. 14.). Segunda, exámen prolijo de la conciencia y de la vida pasada: *Cogitavi vias meas, et converti pedes meos* (Psalm. 118. v. 59.). Tercera, confesion general y comunión repetida. Cuarta, consideracion profunda de la gravedad del pecado, y de la multitud de las culpas cometidas y las penas por ellas merecidas. Quinta, peticiones y coloquios con Dios, con su Hijo Santísimo, Jesucristo y con su Santísima Madre, Nuestra Señora y Abogada. Sexta, penitencia, aspereza de vida muy rigorosa. Séptima, meditacion profunda de toda la vida de Nuestro Divino Maestro Jesucristo, y peticiones repetidas de su gracia, para seguirle é imitarle. Octava, consideracion del estado mejor y virtudes más heróicas, en que se puede seguir á Jesucristo. Nona, contemplacion pro-

funda de toda la Pasion de Jesucristo, Nuestro Señor, y súplicas de su gracia, para imitarla. Décima, contemplacion de los misterios gloriosos y de todas las prerogativas del amor divino, para alcanzarle y encenderse en sus llamas. Quién habrá que se actúe y ejercite en todo esto que no consiga la gracia de Dios y la santidad? Y como todo esto se ejercita y actúa, que eso quiere decir Ejercicios en los Ejercicios de San Ignacio, con todas las reglas necesarias para actuarse bien y con perfeccion; de ahí es, que son indefectibles todas las reglas, que en dichos Ejercicios da el Santo.

Últimamente, todos estos Ejercicios son santidad actual, pues todos son actos espirituales y santos; y como la santidad actual trae consigo la habitual, porque esta es el premio que Dios da en esta vida por aquellos méritos, de ahí es, que con dichos Ejercicios se consigue indefectiblemente la santidad, así actual como habitual; así lo muestran sus admirables efectos en todos los que los hacen. Ojalá hubiera muchos, que hiciesen estos Ejercicios enteros y segun todas las reglas, que da el santo en las cuatro semanas; pues sin duda, se multiplicára el número de los santos en la Iglesia de Dios. Ojalá todos los

-XXXIII-

que hacen siquiera la primera semana de dichos Ejercicios, que es hoy lo que más se practica, fueran permanentes en actuar lo que en estos Ejercicios se les enseña; pues la continuación en ellos los hiciera santos. Ojalá hubiera muchos maestros muy peritos en este arte, que despues de haber experimentado en sí la fuerza y eficacia de estos Ejercicios, entendiesn y penetrasen bien todas sus reglas, para dirigir por ellas á muchas almas para que se lograran muchas ventajas en la santidad de estas. Y esto es lo único que por ahora deseo y pretendo con esta corta explicacion, que consagro particularmente á todós mis Hermanos, los Hijos de S. Ignacio, Nuestro Padre.

A. M. D. G.

ARTE DE LA SANTIDAD,
CONTENIDO EN LOS EJERCICIOS,
QUE ESCRIBIÓ
S. IGNACIO DE LOYOLA

EN LA CUEVA DE MANRESA, Y EXPLICADO SEGUN
SU MÉTODO, REGLAS Y ARTIFICIOS PARA SU
MAYOR INTELIGENCIA.

CAPITULO I.

Dase razon de la Obra.

Luego que nuestro glorioso padre S. Ignacio se convirtió á Dios, partió á visitar en su templo á Nuestra Señora de Monserrate, donde hecha una muy dolorosa y muy humilde confesion general de toda su vida pasada, consagró á Maria, Señora nuestra, las armas de su milicia antecedente, colgando por anatema ante sus aras la espada, que habia ceñido; y pasando toda la noche en oracion ante esta Soberana Señora, hizo las primeras excubias, ó centinela de la milicia espiritual, que comenzaba. Partiöse luego á la Cueva de Manresa, donde hizo tan asombrosa penitencia, que admirados los moradores de aquellas vecindades, venian á verle como un cadaver vivo,

ó un milagro de la penitencia, y pedirle desde la puerta su bendicion, como escribe en la Vida del Santo, el P. Andres Lucas.

Correspondió el Cielo á tan extremada penitencia y aspereza, generosamente, porque llovió sobre su bendita alma tanta copia de dulzuras, y sobre su entendimiento tanta abundancia de luces é ilustraciones soberanas, que como dice la Iglesia (Lec I. in festo S. Ignatii.) aunque se perdieran todas las Escrituras y libros, que enseñan nuestra Santa Fé Católica, no dudaria este nuevo soldado de Cristo de mantenerla, hasta dar la vida por ella, sólo en virtud de las ilustraciones que habia tenido del Cielo en este primer año de su conversion: *Claris adeo illustrationibus a Deo recreatus, ut postea dicere solitus sit: si Sacrae Litterae non extarent, se tamen pro fide mori paratum ex iis solum, quae sibi Manresae patefecerat Dominus.*

Aquí fué donde no contento el Cielo con bajar á ilustrarlo en la tierra, se lo llevó por ocho dias en un admirable rapto, á llenarlo de nuevos resplandores en la Gloria. Aquí fué donde le mostró Dios, segun escriben varios autores nuestros, toda la idea de la nueva Religion que habia de fundar, y nueva Compañía de soldados,

que habia de levantar en la tierra, para auxilio de la Iglesia Militante, contra todos sus enemigos y en especial contra los nuevos herejes que levantaba el Infierno, para opugnar á la Iglesia Católica. Aquí fué donde le declaró las Constituciones todas, que despues escribió, para gobierno y direccion de la Compañía y Escuadron nuevo, que levantaba, y con las cuales instruidos todos los jesuitas, que exactamente las observan, han hecho tanta guerra al Infierno, y conquistado innumerables almas para el Cielo.

Aquí en este lugar, y en este primer año de su conversion fué donde escribió aquel libro de sus Ejercicios, que la Iglesia llama admirable: *Quo tempore homo litterarum plane rudis, admirabilem illum composuit Exercitiorum librum*, en que se contienen todas las Constituciones de la Compañía, como en suma ó epitome; pues quien cotejare uno y otro, hallará que ó este libro de los Ejercicios, es todas las Constituciones compendiadas, ó que las Constituciones son los Ejercicios extensos y difusos. Este libro es el que aprobó el Oráculo infalible del Vicario de Cristo, y el que comprueba todo el mundo, con los muchos frutos que ha cogido de él: *Sedis Apostolicae judicio, et omnium utilita-*

te comprobatum, dice la Iglesia (Ibidem.). Y fué providencia divina el disponer que un librito tan pequeño, tuviese la sublime aprobacion de el que es Cabeza de toda la Iglesia, para que asi se hiciese más recomendable; pues cuando los libritos pequeños, y áun las obras grandes de muchos tomos, se hacen apreciables solo con la aprobacion de los Obispos y Ordinarios; este librito dispuso Dios que lograse, cual no tengo noticia de otro de su tamaño, la aprobacion y recomendacion del mismo Sumo Pontifice, para que asi se difundiese más el copioso fruto, que con el se coge en las almas.

Este libro es el que Maria, Señora nuestra, le enseñó y dictó á nuestro glorioso Padre en la Cueva de Manresa, como lo reveló la misma Señora por medio del Arcángel San Gabriel á una sierva suya, segun escribe el Venerable Padre Luis de la Puente en la vida del extático Padre Baltasar Alvarez al capítulo 43; donde se puede ver, por ser muy ponderosas las palabras, con que dicho Padre Alvarez lo refiere. Mas porque lo que hace más recomendable este libro, es el ser enseñanza y doctrina de Maria, Señora nuestra, quiero yo probarlo aquí con algunas razones. La primera es, porque este libro lo escri-

bió el Santo, cuando apenas salia de ser soldado y no habia estudiado letras algunas; pues aunque despues las estudió en la Universidad de Paris y fué insigne Doctor de Teología en dicha Universidad, como dice la Iglesia hablando del Santo y sus primeros compañeros: *Qui omnes artium Magisteriis et Theologiae gradibus insignes erant* (Lec. V.). Quando escribió el libro de sus Ejercicios, fué el primer año de su conversion, en que no tenia letras algunas: *Quo tempore homo litterarum plane rudis admirabilem illum composuit Exercitiorum librum*. Y como entónces muy pocos libros espirituales podia haber leído, se reconoce que este lo escribió sólo por las ilustraciones divinas, con que Dios lo enriqueció en aquel primer año. Quien leyere con atencion dicho libro, hallará que contiene doctrinas altisimas de las tres Teologías, Escolástica, Moral y Mística. De la Teología Escolástica, porque en las últimas reglas para conformarse en todo con el sentir de la Iglesia Católica, toca puntos altisimos de la Gracia Auxiliante y de la concordia de la misma gracia con la libertad criada, que son las controversias más célebres, que hoy se riñen en las escuelas. De la Teología Moral, porque en la

primera semana, tratando del exámen de la conciencia, toca puntos tan altos de todo el Moral, que llega áun á distinguir entre los actos internos lo que es pecado venial, y lo que es pecado mortal. Lo cual admiró tanto á los hombres doctos, que vieron al principio este libro, que le persiguieron por ello, aunque ninguno se atrevió á borrarle, ni enmendarle palabra alguna de las escritas, como refiere el Eximio Doctor, Padre Suarez (Suarez t. 4. Relig. n. 10. lib. 9. c. 5. n. 13.) quien añade estas palabras: *Hic multa, ad moralem doctrinam de peccatis pertinentia, valde utilia et cum summa brevitate proponuntur, tam clare et distincte ut magnam rei comprehensionem indicent, etc.* De la Teologia Mística trata todo el libro, dando tantas y tales reglas para alcanzarla desde su principio hasta su cumbre, que las aprobó la Iglesia, y todos las admiran. Todo lo cual muestra que un hombre soldado y sin letras algunas no pudo haber escrito cosas tan altas y de tan elevada sabiduría, sino es por ilustracion divina, conseguida por medio de Maria, Señora nuestra, que es la Madre de la Sabiduria.

La segunda razon con que se prueba que esta Soberana Señora fué la autora y maestra de

estos Ejercicios, es por lo que ella misma dice en el cap. 8 v. 15 de los Proverbios: *Per me legum conditores justa decernunt*, que todos los que forman y establecen leyes justas y ordenadas al bien de los hombres, lo hacen por medio de esta Señora ó con intervencion suya, como dice ántes en el v. 12. *Ego habito in consilio, et eruditus intersum cogitationibus* (Apud Corn. hic v. 12.): esto es, como explica Vatablo: *Ego sum omnis consilii, omnis honestatis, omnis virtutis praeses, immo doctrix et dictatrix*; (Corn. Prov. 8. v. 12. prope medium.) Pues si así interviene esta Señora en todas las leyes, que se forman justas, y si así enseña y dicta todas las reglas, que se dan para la virtud: *doctrix et dictatrix*; cuánto más habrá intervenido, enseñado y dictado las reglas, método y orden de estos Ejercicios, que tanto dirigen á toda virtud, perfeccion y santidad, como dicen los Sumos Pontifices y clama todo el mundo? Óigase lo que dice el sabio Alápide, sobre este punto, pues parece descifró con menudencia todo lo que vamos probando: *Beata Virgo praeest sanctis cogitationibus et consiliis de vita emendanda*, esto es lo que contiene la primera Semana de los Ejercicios de S. Ignacio; *de capessendo sancto vitae statu esto*

contiene la segunda Semana; *de amplectendis consiliis evangelicis*, esto contiene la segunda y la tercera Semana, *de ineunda perfectionis via* esto contiene la cuarta Semana, *de consecandis heroicis virtutum actibus*, esto contienen todos los Ejercicios, y en especial las reglas de la buena eleccion; y prosigue el mismo Alápide probando con muchas experiencias propias suyas, que la Virgen Santísima es la autora de estos buenos pensamientos. Pues si esta Señora es la que enseña todos estos pensamientos, aun á personas particulares, cuánto más sería ella misma, la que los dirigió todos en N. P. S. Ignacio, y la que le dictó el órden y método de estos Ejercicios, en que se contienen como en arte todos estos pensamientos santos con el órden y artificio, que se requiere para su mayor eficacia? Y así de esto se prueba ser verdadera la revelacion que arriba dijimos.

La tercera y más eficaz razon con que se prueba nuestro intento, es, porque es oráculo divino, que Dios da aun en esta vida el ciento por uno de lo que se deja por su amor: *Nemo est qui reliquerit domum aut fratres.... propter me et propter evangelium, qui non accipiat centies tantum nunc in tempore hoc* (Marci 10. v. 29. 30.);

esto es, como explica S. Jerónimo, que por las cosas temporales, que se dejan por Dios, se reciben en esta vida los dones espirituales, que son cien veces mayores y mejores que los temporales que se dejaron por Dios; *Qui carnalia pro Salvatore dimiserit, spiritualia recipiet, quae comparatione et merito sui ita erunt, quasi si parvo numero centenarius numerus comparetur.* Pues como S. Ignacio dejó por Dios la milicia temporal, y consagró sus armas á Maria, Señora nuestra, colgando su espada ante su altar; es consiguiente el que Dios lo formase soldado y capitán de su milicia espiritual, y que la Virgen Santísima en correspondencia de la espada, que le consagró, le diese las armas espirituales de este libro de los Ejercicios (así los llama el mismo Santo, 4. part. const. c. 8.), con que tantas victorias habia de conseguir de todos sus enemigos, Mundo, Demonio y Carne, tantas almas habia de conquistar para el Cielo; y aquí se puede aplicar lo que dice el Espiritu Santo en el cap. 6. de los Proverb. v. 20.: *Conserva fili mi, praecepta patris tui, et ne dimittas legem matris tuae.* Donde junta al padre y á la madre, porque Cristo y Maria concurren á la santidad, y milicia espiritual de San Ignacio; Cristo como

autor, y María Santísima como intercesora: Cristo dándole la Capitanía y mando de su escuadron y Compañía de Jesus: *Praecepta patris tui*, y María, Señora nuestra, dándole las armas de los Ejercicios con que habia de combatir; *Legem matris tuae*. Y así se probabiliza en gran manera, no solo por revelacion, sino tambien por razon, que María, Señora nuestra, fué la autora y maestra de estos Ejercicios, que se los enseñó y dictó al Santo para mucho bien del mundo. Lo cual es de grande recomendacion, para que se lea y estudie se entienda y practique este libro de los Ejercicios, que escribió San Ignacio.

CAPÍTULO II.

Prosíguese la misma materia.

Este es el libro, que el Pontífice Paulo III. no sólo lo aprueba en su Bula *Pastoralis Officii*, sino lo llama lleno de piedad y de santidad, y sumamente útil para el provecho de las almas: *Exercitia pietate ac sanctitate plena, et ad spiritualem profectum fidelium valde utilia*. Y añade que están dispuestos con un orden muy adecuado para mover los ánimos de los fieles á todo género de piedad: *et in ordinem ad pie*

movendos animos aptissimum redacta. Y últimamente exhorta con grande encarecimiento á todos los fieles cristianos, que se hallaren en cualquier parte del mundo, á que hagan estos Ejercicios, y quieran ser instruidos con ellos: *Hortantes plurimum in Domino omnes et singulos, utriusque sexus, Christi Fideles ubilibet constitutos, ut tam piis documentis et Exercitiis uti, et illis instrui devote velint.* Este libro es el que el Pontífice Paulo V. en su Bula *Romanus Pontifex*, y el Pontífice Alejandro VII. en su Bula *Cum sit nobis*, no sólo alaban, sino de nuevo lo enriquecen con indulgencia plenaria, y añaden tener bien conocido cuán importantes y oportunos son estos ejercicios, no sólo para dirigir las almas á la virtud, sino tambieu para mantenerlas y conservarlas en el servicio de Dios: *Nos qui probe scimus quantopere conducant Exercitia hujusmodi dirigendis in viam Domini, et confirmandis in illa Christi fidelium mentibus.* Este es el libro, que el Pontífice Clemente XII. por las Letras Apostólicas expedidas por la Sagrada Congregacion del Concilio Tridentino en 30 de Agosto de 1732, declara que trae copiosísimos frutos á los fieles, y exhorta, en especial á los eclesiásticos, á que ha-

gan dichos Ejercicios para lograr estos frutos: *Qui sane uberrimus ex praedictis spiritualibus exercitiis percipitur*. Las cuales todas son sumas recomendaciones de dicho libro, cuando son tantos los Sumos Pontífices, que lo engrandecen.

Este es el libro, en que estampó todo el espíritu que bebió del Cielo, para hacerse Santo, S. Ignacio de Loyola, y con el cual ganó á todos sus primeros compañeros, hombres eminentes en sabiduría y santidad. Con este se hicieron santos S. Francisco Javier, S. Francisco de Borja, S. Juan Francisco Régis y todos los demás santos de la Compañía de Jesus, que estan canonizados, y otros muchos cuyas canonizaciones se estan tratando en Roma. Con este se hicieron santos S. Carlos Borromeo, que practicaba dos veces al año estos Ejercicios, S. Francisco de Sales, que traia consigo este librito, y decia que este solo contenia más doctrina que otras librerias dilatadas. Con este se hicieron santas Sta. Teresa de Jesus y Sta. Maria Magdalena de Pazzis, que no solo los hacia sino disponia, que los hicieran sus novicias, instruyéndolas para ellos. Este libro últimamente es de quien decia un insigne varon del Órden de S. Bernardo, que era el noviciado que Dios habia dado á todo el mun-

do para que subiese á la santidad, como lo refiere el Eximio Suarez: *Gravissimus e Divi Bernardi sacra familia vir, libellum hunc novitiatum toti generi humano institutum dixit* (Suarez supra c. 5. n. 2.).

Y porque no nos dilatemos más, este es el libro, de quien se han originado innumerables libros, pues son sin número los autores, principalmente jesuitas, que han escrito otros libros de ejercicios, dilatando y extendiendo toda la doctrina, que S. Ignacio de Loyola da en su primer libro de Ejercicios, de quien podemos decir, que es como la fuente de Mardoqueo, que habiendo comenzado en arroyo pequeño, creció á ser rio, y despues se convirtió en un sol que llenó de claridad todo el mundo: *Fons parvus crevit in fluvium et in lucem solemque conversus est* (Esther 10. v. 6.). Pues este librito, que fué tan pequeño en su origen, se ha multiplicado en innumerables libros, que han llenado de luz y de claridad á todo el mundo.

Pero es verdad que, siendo todo esto así, le sucede á este libro lo que le acontece al rio Nilo, que fecundando con sus siete abundantísimos rios y bocas todo el universo, tiene su origen muy escondido, pues son muy pocos los

que lo reconocen y registran. Así tambien este librito original, que escribió S. Ignacio, ha sido principio de innumerables libros de ejercicios, que se han escrito y esparcido por todo el mundo, para fecundarle de virtud y santidad. Pero como todos los autores de dichos libros le ponen en la frente el sobreescrito absoluto de **EJERCICIOS DE S. IGNACIO**, juzgan muchos, de los que son del vulgo, y áun no pocos de los que no son vulgo, que cuantos libros y cuantos cuadernos hay con dicho rötulo y con meditaciones de los Novisimos y otras prácticas devotas, son los Ejercicios que escribió S. Ignacio, siendo cosas muy diversas las que contiene el libro original, que escribió el Santo y le dictó la Virgen Santísima, y los libros que han escrito otros autores. Porque estos sólo contienen las meditaciones de los Novisimos, de que estan llenos todos los libros espirituales; ó contienen algunas meditaciones extensas, de las que el Santo pone sucintas; ó tienen algunas reglas de las que el Santo da, invertidas y mudadas de sus lugares, segun el espíritu de cada autor, y segun las luces, que tuvieron, al hacer los Ejercicios de S. Ignacio. Pero el Libro original que escribió el Santo, es muy diverso, porque es el arte de la santidad,

que contiene todas las reglas y medios necesarios para ella, puestos por su orden y método sumamente conveniente, para llevar al hombre desde el principio hasta el fin de la perfeccion, como dice el Pontífice Paulo III. *Documenta in ordinem ad pie movendos fidelium animos aptissimum redacta.*

Este es, pues, el fin y el intento de esta obra; dar á conocer el arte de la santidad, y declarar el método y orden con que procede; el cual la Iglesia llama admirable: *Admirabilem illum librum.* Paulo III. llama aptísimo: *in ordinem aptissimum.* El Eximio Suarez llama prudentísimo y á todas luces divino: *Prudentissimum, ac plane divinum.* El P. Ignacio Diertins llama orden celestial. Y así otros gravísimos autores, que han leído, estudiado y penetrado el artificio y disposicion de este libro. Lo cual no acontece á los que ven solo su volúmen pequeño y sus breves cláusulas, porque no se enteran del método admirable, que en si encierran. El libro es pequeño, porque como dice el P. Diertins, este libro no se hizo para *leer*, sino para *hacer*. Es pequeño, porque es arte, y todo arte contiene brevemente las reglas todas, que son necesarias para la perfeccion del artefacto, como se

puede ver en el arte de la lengua Latina, en la Retórica, Náutica y Arquitectura. Es breve, por que solo es la semilla, en cuya virtud se contiene todo el árbol, y todas sus hojas, flores y frutos. Últimamente es breve, porque así convenia para su práctica y mejor disposicion. Y si no todos lo entienden, por eso pide que haya maestro diestro, que los haya entendido, penetrado y practicado, como pide el Santo en sus Constituciones, para que pueda declararlos y dirigir al que hace los Ejercicios, que aunque sea muy sabio, debe sujetarse, como discipulo, al que como maestro diestro da los Ejercicios.

Este es, pues, el intento de esta obra, declarar el órden admirable, que contienen las quatro Semanas de los Ejercicios de S. Ignacio, para sacar al hombre de todos sus pecados, si ha estado en ellos; encaminarlo á la virtud é imitacion de Jesucristo; conducirlo á lo heróico de las virtudes; armarlo para padecer mucho por Dios; subirlo á lo más elevado del amor; y últimamente pasarlo á ser diestro maestro de espíritu, que no sólo se salve, sino conduzca otras muchas almas al Cielo, que es cuanto se puede desear en la santidad, y lo que irémos declarando del método de dicho libro de S. Ignacio.

CAPÍTULO III.

De la naturaleza de la libertad humana,
y de la
gran propension que tiene hácia lo malo.

Así como es propiedad de la luz el alumbrar, del fuego el quemar y del agua el humedecer; así es propiedad de lo bueno el comunicarse: *Bonum est diffusivum sui*, dicen los filósofos con Aristóteles; y como Dios es infinitamente bueno: *Deus cujus natura est bonitas*, que dice S. León Magno; es preciso que sea infinitamente comunicable. De donde nace que desde la eternidad en que fué Dios, se comunicó infinitamente; pues el Padre Eterno comunicó necesariamente por el entendimiento su sér y naturaleza al Divino Hijo; y el Padre y el Hijo lo comunicaron por la voluntad al Espiritu Santo. Y no pudo ser infinita bondad sin comunicarse infinitamente en el modo dicho.

Mas como este Dios, que necesariamente se comunicó *ad intra* en el modo dicho, no sólo era necesario en su sér, sino tambien agente libre en su voluntad; quiso libremente comunicarse *ad extra*, dando su sér, en el modo

posible, á las criaturas: y así comunicó la misma personalidad del Verbo Divino á la Humanidad de Jesucristo, Señor nuestro, uniéndola por union física y real con dicha Humanidad: *In quo habitat plenitudo Divinitatis corporaliter*, que dice S. Pablo. Pero no contento con esto, quiso comunicarse dando su sér á todas las demas criaturas, en quienes resplandeciese algun vestigio de la Divinidad; y principalmente criando dos naturalezas racionales y capaces de Dios por participacion, y de verle y gozarle eternamente en la Gloria, participando de la bienaventuranza que tenia y gozaba el mismo Dios. Oh bondad incomprensible la de Dios! Estas dos naturalezas fueron la angélica y la humana, á las cuales crió para hacerlas participantes de su Divino sér, primero por gracia, en la duracion en que habian de usar de su libertad, y despues por la vision clara y amor sumo de este bien infinito en la Gloria.

Pero siendo estas dos naturalezas racionales y libres, quiso Dios que usasen de esta su libertad, y les puso por condicion un breve espacio de vida, en el cual libremente conociesen á su Criador, le adorasen, le alabasen y obedeciesen; y prometió que, si así lo hiciesen, las llevaria

despues á la Gloria para que viesen claramente su Divina esencia y perfecciones, y fuesen eternamente bienaventurados, y como unos Dioses por participacion. Mas ¡oh que lástima y dolor tan imponderable! Ambas á dos naturalezas se perdieron: la una, que fué la angélica, en mucha parte, aunque no en el todo; la otra que fué la humana, se perdió en el todo, pues excepto sola Maria N.^a S.^a, todos los hijos de Adan se hicieron reos de la indignacion divina, por el pecado de su primer padre. Los ángeles se perdieron, como nota admirablemente S. Bernardo, porque le envidiaron á Dios su altísimo sér é independencia de Criador: *Similis ero Altissimo*. Los hombres se perdieron, porque, engañado Adan de la Serpiente, le envidió á Dios su Divina Sabiduría; y no contento con la mucha que Dios le habia infundido, quiso tener una sabiduria semejante á la de Dios: *Eritis sicut Dii scientes*. Todo lo pondera el Melifluo Doctor: *Altitudinem meam primus angelus affectavit: scientiam quoque, quæ mea est, subripere voluit homo: omnes invident mihi etc.* (Serm. 1. De Advent. D. num. 4.). Y habiendo una y otra naturaleza faltado así á la obediencia de su Criador, y quebrantado sus divinos preceptos, ambas se cons-

tituyeron enemigas de Dios y dignas de las penas eternas del Infierno. Mas en este estado ¡oh incomprensibles juicios los de Dios! á los ángeles los precipitó todos, sin perdonar alguno, á los Infiernos. A los hombres quiso remediarlos ¡oh misericordias infinitas las de Dios! y para esto les dió tiempo y los medios necesarios para que pudiesen repararse y conseguir, áun despues de su caída la eterna bienaventuranza, para que los habia criado.

Para esto eran necesarias dos cosas: la una, que no podia poner el hombre; y así la puso Dios. La otra, que debia y podia poner el hombre con los medios, que Dios le diese, como se los dió abundantes, para su reparo. La primera consistia en dar plena y perfecta satisfaccion á la Justicia Divina de la injuria cometida por el hombre, contra un sér tan infinito como el de Dios; y como esta satisfaccion no la podia dar el hombre, la dió y puso solamente el mismo Dios hecho hombre. La segunda consistia en que el hombre, libre y voluntariamente, quisiese servir, obedecer y alabar á su Criador, y valerse de los medios que su infinita Misericordia le habia dado y comprado con su Sangre, para que pudiese conseguir su eterna bienaventuranza.

Mas ¡oh miseria la de la condicion humana! esta única condicion del uso libre de su voluntad, que debe poner el hombre para conocer, adorar y servir á su Criador y sumo Benefactor, no hay forma de recabarla del mismo hombre; y por no resolverse á usar de esta libertad (lo cual precisa é indispensablemente pide Dios) sólo en servicio y agrado de su Criador y legitimo Señor, se van los hombres, áun despues de remediados y rescatados del pecado Original, á los Infiernos.

En esta libre y voluntaria obediencia de la criatura racional á su Criador, consiste el reino de Dios, que pedimos á su Magestad venga á nosotros: *Adveniat regnum tuum*; porque el reinar y dominar Dios en las criaturas insensibles é irracionales no tiene dificultad, porque ninguna es libre ni capaz de resistirsele. El reinar y dominar en la criaturas racionales y libres, de por fuerza y usando Dios de su absoluto poder, tampoco tiene dificultad; pues si Dios quisiera de por fuerza que los hombres libres le sirviesen ¿cómo podian resistir unas criaturas tan mínimas á un Señor tan Omnipotente? Pero la gala y el dominio de Dios pide que las criaturas necesarias le obedezcan y sirvan necesariamente, y que las criaturas libres, libre y voluntariamente le

sirvan y obedezcan, pues es dignísimo de que de todos modos le sirvan, obedezcan y alaben todas sus criaturas. Y esto es lo que intenta y quiere Dios de los hombres: que libre, voluntaria y espontáneamente reciban sus preceptos, los obedezcan y ejecuten, posponiendo cualquier otro respeto á la voluntad y mandato de su Criador.

Para conseguir del hombre esta libre y voluntaria obediencia á sus divinos mandatos, es indécible los medios y modos que ha usado Dios: porque no contento con poner por sí solo la redención y paga del pecado que no podía poner el hombre, se hizo el mismo Dios su maestro y su ejemplar, dándole los abundantísimos ejemplos de su sagrada vida, pasión y predicación, para que estimulado el hombre con ellos, se resolviese á abrazar libremente los ejercicios de la humildad, obediencia, paciencia y demás virtudes, de que dependía su eterna salvación. Bastaba sólo la honra y la gloria que se le seguía al hombre de ser semejante á Dios hombre en estas virtudes, para que con toda voluntad y propensión les abrazase; pues, como altamente pondera S. Bernardo, ya que el ángel se había perdido por ser semejante á Dios, y que el hombre

tambien se habia perdido por ser como Dios, se hizo Dios hombre para que el hombre que tanto anhelaba á la semejanza de Dios, pudiese conseguirla, y por este medio conseguir su eterna salvacion: *Altitudinem meam primus angelus affectavit; scientiam quoque, quae mea est, subripere voluit homo, omnes invident mihi.... ecce venio et talem me ipsum exhibeo, ut quisquis gestierit me imitari, fiat ei aemulatio ista ad bonum* (Serm. De Advent. D. n. 4.). Y este fué uno de los fines altisimos, que tuvo Jesucristo en sus obras, como pondera el apostol S. Pedro: *Vobis relinquens exemplum, ut sequamini vestigia ejus* (I. Petri). Pero el hombre que tanto afectó ser semejante á Dios en la ciencia, por los modos malos que le persuadió la serpiente; no hay forma ni remedio de que quiera ser semejante á Dios en el ejercicio de las virtudes, por los muchos y eficacisimos medios y persuasiones que le hace Dios, así por sus sagradas doctrinas, como por sus soberanos ejemplos. Porque: *Pronus est in malum ab adolescentia sua*; es tanta la inclinacion que tiene á lo malo, desde el pecado de su primer padre Adan, que ser altisimo como Dios, bien quiere; pero ser, como Dios, humildisimo, eso no quiere. Final-

mente, es tanta su inclinacion al mal, que sólo quiere ser como Dios, en el modo que le está mal; pero ni aun ser como Dios, quiere, en el modo que le estuviera muy bien: *Exemplum dedi vobis, ut quemadmodum ego feci, ita et vos faciatis.*

Mas no contento Dios con todos los ejemplos y todas las doctrinas que dió al hombre, para que libremente se resolviese á servirle y amarle; le propone, para mover la voluntad libre, ya premios infinitos que le dará en el Cielo, si lo hace; ya castigos infinitos que le dará en el Infierno, si libremente no le sirve. Ya le pone delante horribles ejemplares de los castigos que ha hecho en esta vida, en los que no han querido servirle; ya le representa á la vista las alabanzas y adoraciones que se dan en el mundo á los Santos, que libre y espontáneamente siguieron sus preceptos é imitaron á Cristo. Ya le persuade á este libre consentimiento con innumerables auxilios interiores que le da, ya con los sermones y exhortaciones que oye, ya con los desengaños que ve, ya con las prosperidades, ya con las adversidades, y finalmente con la muerte que ve cada dia en otros, y que confiesa ha de venir por él; protestándole que será su muerte y

su eternidad feliz ó infeliz, conforme se hubiere él sujetado, ó no, á cumplir voluntariamente los beneplácitos divinos.

Pero, oh fuerza de la inclinacion humana hácia lo malo! Nada de esto basta para hacer que la voluntad libre del hombre se abraze con el bien, y quiera voluntariamente seguir é imitar á Jesucristo: dice que no quiere servir á Dios: *Et dixisti: non serviam*. Cierra los ojos para no ver la luz: *Rebelles ipsi fuerunt lumini*. Y tapa sus oidos como una serpiente obstinada, para no oir ni seguir las palabras divinas: *Secundum similitudinem serpentis surdae et obturantis aures suas*. Y finalmente, se opone á un Dios Omnipotente, para no oir sus voces y obedecer sus preceptos: *Contra Omnipotentem roboratus est*. Notable rebeldía, indecible obstinacion, increíble propension hácia el mal! Y siendo voluntad libre é indiferente para el uno y otro extremo de la voluntad, casi siempre se va á la peor parte, y no bastan tantos tan fuertes ejemplos, tantas razones tan eficaces y tantos motivos tan poderosos, para hacerla inclinar hácia el bien. Y aqui entra la curiosidad y el deseo de saber de dónde proviene esta propension é inclinacion, que tiene la libertad criada, hácia el mal; lo uno,

para investigar sus raíces; y lo otro, para facilitar el remedio eficaz, que puede tener tan grande mal. Lo cual harémos en los capítulos siguientes, que para que no sean dilatados, dividiremos sus materias.

CAPÍTULO IV.

De dónde proviene, y cuáles son las raíces de esta propension que tiene la libertad humana hácia lo malo.

Siendo tanta, como se ha dicho, la propension de la naturaleza humana hácia el mal, y tanta la dificultad de aplicar su libre albedrío hácia el bien, será bien, que inquiramos las raíces y principios de donde proviene, para que despues solicitemos el remedio que se puede aplicar á tan imponderable mal.

La primera y principal causa es el pecado Original y sus efectos; porque aunque este pecado se quita en el alma por el Bautismo, quedan no obstante en ella los efectos que causó, que son la oscuridad en el entendimiento, para no ver las cosas eternas y sobrenaturales; la debilidad en la voluntad, para abraçar esas verdades, áun cuando las muestra la fé; y la rebeldía y fuerza

en los apetitos y pasiones, para contradecir y oponerse á la voluntad, cuando quiere abrazarlas. Todas estas raíces inclinan con grande fuerza la voluntad criada hácia el bien deleitable, debajo del cual se contienen las culpas y los pecados. Y como todas estas quedan en el hombre, aun despues del Bautismo; de ahí es, que el hombre nace muy inclinado hácia el mal. Lo único que puede vencer esta dificultad, é inclinar la voluntad hácia el bien espiritual y eterno, es la razon y consideracion, alumbradas por la fé; pero esta razon y consideracion estan en el hombre tan adormecidas y con tan poca fuerza, en los primeros años de su vida, que toda la propension de la voluntad se ha ido ya hácia el mal. Y de aqui nace aquella propension que vemos en los niños y niñas, desde que nacen, á las galas, los bailes, el juego, etc. y aquella dificultad y repugnancia, que experimentan para la virtud y obras buenas, á que sólo por fuerza y violencia se pueden llevar.

Despues de esta primera propension, se sigue la obscuridad en el entendimiento: porque como en el hombre es primero lo animal que lo racional y espiritual: *Nam prius quod animale, deinde quod spiritale*, que dice S. Pablo; cuan-

do el hombre llega á abrir los ojos para el desengaño, y conocimiento de las culpas, ya se ha tragado muchas de ellas. Y si el pecado de Adan dejó á sus hijos tan ciegos en el entendimiento, que quedan semejantes á los jumentos más estólidos: *Homo cum in honore esset, non intellexit, comparatus est jumentis insipientibus*; ¿cuáles quedarán estos despues de los primeros pecados propios y personales que cometen en la niñez? Aquel árbol de la ciencia, de que comió Adan, fué el árbol de la ignorancia ó del error, con que lo bueno se tiene por malo, y lo malo se tiene por bueno: *Qui dicitis bonum malum, et malum bonum*. Y despues que Adan comió de él, se le abrieron los ojos para ver con más viveza y eficacia lo malo como bueno, y lo bueno como malo: *Apertique sunt oculi eorum*; y de aquí nace la ignorancia que heredaron sus hijos. Y si tan ignorantes quedaron por el pecado de su primer padre, ¿cómo quedarán sus entendimientos despues de lo pecados personales, que ellos cometen en su primera niñez? Oh qué ceguedad! Oh qué oscuridad! Oh qué falta de luz sobrenatural para ver y conocer el bien como bien, y el mal como mal! A lo cual se llega el que si las pasiones y apetitos quedaron rebeldes

con solo el pecado de Adán; ¿cuáles quedarán después de los pecados propios? Y esta es la segunda causa de la propensión, que tiene la libertad criada, hácia el mal, y la dificultad, que siente, para abrazar el bien.

La tercera causa son los malos hábitos y costumbres, que se han adquirido con la repetición de los pecados propios. Y como estos hábitos son como otra nueva naturaleza, que se engendra en ellos: *Consuetudo est altera natura*; siendo esta nueva naturaleza totalmente mala, ¿qué podrá hacer en la naturaleza racional tan flaca, oscurecida y revestida ya de pasiones, apetitos y pecados, sino tirarla con imponderable peso, á que la libertad que tiene la voluntad, se deje llevar de la parte peor, y atropelle por todo lo que le propone Dios, como bueno, y se abraze con lo que Dios le prohíbe y le disuade como malo?

A estos tres ejércitos de ignorancias de pecados cometidos, y de malos hábitos engendrados, se llega otro ejército mayor, que de nuevo los refuerza, y es el de los objetos, que por instantes se entran por los cinco sentidos, y los mueven, ya á la prosecución del bien deleitable, ya á la fuga del mal sensible. Y esta es la cuarta causa

de inclinarse tanto la voluntad al mal; y rehusar con su libre albedrío el bien espiritual.

Estos objetos, principalmente los de la vista, traen tan conjunta la muerte, que, como dice Job, siempre está subiendo de presente por las ventanas de los sentidos á matar al alma: *Ascendit mors per fenestras*. Son tantos los peligros que se nos entran por los sentidos con la incessante repetición de sus objetos, que ni hay lugar, ni tiempo, ni ejercicio, en que no estemos rodeados de estos peligros, como se lamentaba S. Pablo: *Periculis in mari, periculis in terra, periculis in civitate, periculis in solitudine, etc.* Por eso San Pedro de Alcántara guardaba tanto sus ojos, que no veía más que la tierra que pisaba; y si hablaba con alguna muger, no solo cerraba los ojos, sino apretaba los párpados, porque no se entrasen por ellos especies algunas de aquel objeto presente, porque conocía muy bien los peligros que hay en los objetos de la vista. Y por eso S. Antonio Abad, habiendo visto todo el mundo lleno de lazos, exclamó diciendo: Quién se salvará? Porque siendo preciso estar en el mundo, y tocar con los sentidos los objetos que en él se encuentran, se tropieza en cada objeto con un lazo que tira á perder el alma: *Creaturae*

Dei in odium factae sunt, et in tentationem animabus hominum, et in muscipulam pedibus insipientium, dice el Espiritu Santo (Sap. 14. 11).

Y ¿qué será si el demonio con sus astucias aviva las representaciones de estos objetos, y fascinando ó hechizando los mismos sentidos, como dice el Sabio: *Fascinatio nugacitatis transvertit sensum*, hace parecer los objetos más vivos y eficaces de lo que en sí son, como lo hizo en el paraíso: *Pulchrum ad vescendum, aspectuque delectabile?* (Genes. 3. 6.). Cuánto tiran entónces estos objetos la libertad criada, para que se incline á lo que Dios prohíbe ó le disuade?

El quinto ejército, que tira la voluntad hácia lo malo, es el de los escándalos que se ven en todos los mundanos, y llama S. Pablo peligros venidos de los falsos hermanos: *Periculis in falsis fratribus*. Tanto malo como se vé en los hombres con quienes es preciso vivir, tanto escándalo como se encuentra, ya en sus obras, ya en sus palabras, ya en sus trajes, ya en las condiciones, ya en los vicios y ya en las falsísimas esperanzas de su salvacion; todo esto tira la libertad humana hácia el pecado. Y como son escándalos precisos de que esta lleno el mundo: *Vae mundo a scandalis: necesse est ut veniant*

scandala, es preciso que perezcan en ellos millares de almas. Por esto muchos que han querido librarse siquiera de este peligro, se han ido á los desiertos, ó á lo ménos se han acogido al retiro de las Sagradas Religiones. Mas ni áun esto les ha bastado; porque, como allí encuentran tambien con hombres, y estos no desnudos totalmente de sus pasiones, y cada uno con sus diversas complexiones y condiciones; y áun dado que todos sean santos, cada uno con diverso grado de virtud, que basta para la disension: encuentran unos en otros á cada paso peligros, ó ya de impaciencias, ó ya de murmuraciones, ó ya de otras venialidades, que, como son tinieblas y oscurecen la razon, dejan esta sin luz, y la voluntad debilitada para lo bueno; y así todos concurren á que se incline hácia lo malo.

¿Quién al ver tantos millares de enemigos que cercan al alma: *Millia populi circundantis me*, como decia David; no conocerá que por todas partes nos rodea el pecado, como se lamenta S. Pablo: *Et circumstans nos peccatum*; y no conocerá que, con tanto asedio de enemigos, son innumerables los peligros del alma, y los contrarios que tiran la voluntad del hombre, aunque libre, á lo malo, y apartan de todo lo bueno, aun-

que le proponga Dios tantos premios para que le siga, y tantas amenazas le haga para que no le deje? Oh Dios! y qué difícil es emplear la libertad sólo en servicio de Dios, cuando hay de presente tanta inmensidad de enemigos, que la tiran y áun impelen hácia lo malo!

Pues ¿qué, si despues de todo lo dicho se considera el sexto innumerable ejército de demonios, que incesantemente nos dan batería, y nos procuran tirar al mal? Estos son innumerables, pues toda la region del aire está llena de estos, como dicen los Santos Padres, y sagrados intérpretes. Ellos son muy sabios y muy astutos; son invisibles, incansables, muy experimentados; pues han vencido á muchos que habian llegado á grande santidad: estan llenos de odio para con Dios, y de envidia para con los hombres; y con estas propiedades ¿qué no harán para tirar la voluntad libre del hombre hácia el mal? Es verdad que los demonios no tienen jurisdiccion en el entendimiento racional, ni en la voluntad libre del hombre; pero la tienen en los objetos, para apartar del hombre lo que pueda inclinarle al bien. Item, tienen jurisdiccion en las especies que envian los objetos, y pueden invertirlas avivando mucho las malas y amortiguando

las buenas: *Fascinatio enim nugacitatis obscurat bona, et transvertit sensum etc.* Y tambien la tienen en la misma imaginacion, para invertir y confundir las especies ya recibidas, avivando unas, amortiguando otras, haciendo que se olviden las buenas, y que se repitan y enciendan las malas. Harto sienten y lloran esto las almas, que, deseosas de su salvacion, procuran servir á Dios, y se ven, por momentos, combatidas por millares de imaginaciones y sugestiones del demonio, que á todas horas, en todos tiempos y en todos lugares las combaten, y ponen terribles riesgos y peligros de que se deslice su voluntad, aunque libre, en algun consentimiento del pecado. Y sólo con los socorros particulares de Dios pueden vencer tantos millares de enemigos: *Cadent a latere tuo mille, et decem millia a dextris tuis.*

Pues¿ quién no se estremecerá al ver y considerar estos seis ejércitos de innumerables enemigos, que tiran la voluntad humana hácia el mal y hácia el pecado? Y¿ quién extrañará, que, aunque los hombres sean libres y esten indiferentes para lo bueno y para lo malo, tengan tanta propension á lo malo y al pecado, que los más se dejen llevar de ella y se vayan á los infiernos?

Es verdad que Dios no sólo crió al hombre libre, sino que gobierna esta libertad con su divina direccion y preceptos, como declara S. Agustin: *Sic hominem munerans libero arbitrio, ut tamen regeret imperio, teneret exitio* (In lib. Enchyr. c. 25). Propone los premios eternos, si le sirve, y le amenaza con eternos castigos, si le ofende. Pero como todo esto es invisible y futuro, y los bienes de esta vida son presentes y visibles, tiene lugar el demonio de engañar al hombre con persuadirle que despues se arrepentirá, y se librará de los males eternos, y gozará los bienes de la gloria; y con esto se deja llevar el hombre tras los bienes presentes, confiando vanamente que logrará los presentes y los futuros. Y como esto presente lo representa el demonio con mucha viveza: *Per vivacem potentiam*, que dice el mismo S. Agustin, sofocan las espinas el buen grano, que siembra Dios; y los cuidados y solitudes de esta vida, junta con los escándalos de los hombres y sugestiones de los demonios, apagan las luces del cielo, oscurecen los resplandores de la verdad y tiran con suma fuerza la voluntad libre del hombre hácia el pecado, de donde nace la perdicion eterna de innumerables gentes.

Pues qué harán aquí los siervos y amigos de

Dios, que tanto desean la salvacion de las almas y la honra y gloria de Dios? Dejar correr las voluntades de los hombres hácia las culpas y pecados, no lo sufre la piedad ni el zelo de la gloria de Dios. No la piedad, porque los santos miran con grande lástima á los que se han de perder, y tienen sumo sentimiento de considerar tantos millares de almas que se hayan de entregar á los demonios, para que las atormenten. Ni lo sufre el zelo, porque los abrasa el deseo de que estas almas glorifiquen á Dios eternamente en el cielo, y que no se pierda la Sangre de Jesucristo, que tanto hizo y padeció por ellas. Pues ¡qué haran en este caso? Qué? Buscar remedio para inclinar las voluntades humanas hácia lo bueno y hácia la virtud, para que con eso puedan salvarse; y este remedio es el que ahora solicitamos y procuramos declarar.

CAPÍTULO V.

De los remedios con que la voluntad libre del hombre se puede inclinar hácia el bien,
y cómo entre estos
tiene lugar principal el arte.

Para mejor inteligencia de lo que hemos de de-

clarar en este capítulo, es necesario tomar el agua desde su principio, y saber que el demonio, como serpiente astuta, usó de arte y singular artificio para pervertir á nuestro primer padre Adán, de cuya voluntad dependian todas las de sus hijos, y de cuyo primer pecado se originaron nuestras malas inclinaciones y la propension que tiene toda voluntad humana, aunque sea libre, hácia el mal. Porque primeramente no acometió la serpiente á Adán inmediatamente, conociendo que habia de ser más difícil el ser engañado; acometió sí á Eva, que era más engañadiza, como dice S. Pablo: *Adam non est seductus, mulier autem seducta in praevaricatione fuit.* Item, avivó las especies de la fruta prohibida, para que más la apeteciese Eva: *Pulchrum ad vescendum, aspectuque delectabile.* Y entró con artificio á persuadir sus errores á Eva, porque al principio sólo le puso duda: *Cur praecepit vobis Deus?* Despues le desvaneció la pena: *Nequaquam moriemini.* Y últimamente, le propuso motivos de utilidad, y la hizo caer en el pecado, y por su medio derribó tambien á Adán, y con él á todos sus hijos: *Serpens non est ausus virum aggredi, sed mulierem, quam facilius se decepturum sciebat,* dice Cornelio.

Pero contra este arte del demonio usó Dios de otro arte, porque quedase engañado y más afrentado y atormentado el demonio, como dice la Iglesia en uno de sus himnos:

Hoc opus nostrae salutis

Ordo depoposcerat,

Multiformis proditoris

Ars ut artem falleret:

porque de los mismos principios de que se valió el demonio para engañar y perder al hombre, se valió Dios, usando de un arte contra otro arte, para reparar al hombre, y dejar más vencido al demonio:

Et medelam ferret inde,

Hostis unde laeserat;

y, como consta en otra parte: *Ut unde mors oriebatur, inde vita resurgeret, et qui in ligno vincebat, in ligno quoque vinceretur.*

Así, pues, como usó el demonio de arte para vencer al hombre, y Dios usó de otro contra-arte para vencer al demonio, dejando redimido al hombre y satisfechas sus culpas en el árbol de la cruz, porque el demonio pervirtió al hombre en el árbol del Paraíso; así tambien, porque el demonio usa mil artes para tirar hácia el pecado la voluntad del hombre, que es libre, es convenien-

tísimo el que nosotros usemos de otro contra-arte, para tirar é inclinar la voluntad del hombre hácia el bien y hácia la virtud: y si me preguntan qué arte es este; digo que hay dos géneros de artes, uno activo, que es muy eficaz, y otro pasivo, que juzgo ser de singularísima eficacia para el intento; y aquí entramos ya en el arte de los Ejercicios de S. Ignacio, que vamos explicando: pero para darme mejor á entender, quiero declarar los medios que puede haber para mover hácia la virtud la voluntad libre del hombre, aunque tenga muchas inclinaciones hácia el mal, y me explico con este ejemplo.

Para que el hombre pueda trabajar en sus obras naturales, es necesaria la luz; y por eso Cristo nos exhorta á trabajar cuando tenemos luz: *Operamini dum lucem habetis*; porque en siendo de noche, y estando á oscuras, nada se puede hacer: *Quia venit nox, in qua nemo potest operari*. Esta luz, hablando ántes de la material, puede tenerse de tres maneras. La primera, porque la envia solo Dios, sin diligencia ninguna nuestra, como cuando sale el sol, sin que haya para esto influjo alguno nuestro. ¡Qué luz tan clara y tan general esta del sol! Todo lo esclarece, todo lo manifiesta, los montes, los va-

lles, los precipicios, los llanos, lo bueno, lo malo, etc. y con esta luz todo se hace y se hace bien, se huye de los precipicios, se evitan las fieras y serpientes, se busca lo favorable y provechoso etc. En fin, con la luz clara del sol evita el hombre todo lo que le está mal, y busca y abraza todo lo que le está bien. Pero si falta esta luz, ¿qué hará el hombre? ¿dejarse en un total ocio? ¿Quedarse mano sobre mano, inmóvil en el lugar en que le cogió la noche? No, de ningún modo: lo que hace es valerse del arte; y para leer, escribir y hacer otras cosas semejantes, se vale de la luz de una antorcha, que aunque es muy pequeña en comparacion del sol, y no puede alumbrar para todas las obras que alumbraba el sol; al fin alumbraba y sirve, aunque escasamente, para evitar algunos males, y trabajar y adquirir algunos bienes. Esta luz se puede lograr de dos maneras; ó alumbrándonos otro con alguna hacha ó antorcha, y siguiendo nosotros la luz que dá el que nos guía con la antorcha, ó valiéndonos nosotros de artificio para obtener dicha antorcha, con que alumbrarnos y poder leer, escribir, ó hacer otras obras semejantes. En esta antorcha entra nuestro artificio y diligencia, porque nos valemos del arte, ó para ha-

cer la vela, ó para comprarla ó pedirla, ó para buscar el fuego, soplarlo para que levante llama, encenderla, atizarla, etc. De modo que aunque esta luz sea de Dios; ni Dios la dará, si no ponemos nosotros nuestra diligencia y artificio, ni este artificio nos servirá de nada, si Dios no la quiere dar. Pero como Dios está pronto á darla, como causa general, y poniendo nosotros nuestra diligencia, no dejará Dios de darla; puesto uno y otro, estamos ciertos y seguros de que tendremos la luz de la antorcha; y encendida esta, mediante nuestra diligencia y artificio, podremos con ella leer, escribir, hacer varias obras, librarnos de malos pasos, y caminar sin tropezos etc.

Pasemos ahora de la luz material á la luz sobrenatural, sin la cual no podemos hacer ningunas obras sobrenaturales: *Venit nox, in qua nemo potest operari*. Esta luz sobrenatural algunas veces la dá Dios, por sí solo, intensa y muy clara, sin que nosotros pongamos alguna diligencia para ella, como cuando sale el sol material. Entonces ve el alma tan clara y patentemente las verdades sobrenaturales, lo terrible del Infierno, lo inestimable del Cielo, la fealdad del pecado, la vanidad de esta vida etc. que por muy

inclinada que esté su voluntad hácia lo malo y lo terreno, todo lo abomina, lo aborrece, lo hu-ye, y totalmente abraza lo bueno, la virtud, la penitencia, la humildad etc. Esta luz dió á San Pablo: *Circumfulsit eum lux de cælo*. Esta dió á la Magdalena, á S. Mateo y á otros Santos, que luégo que fueron esclarecidos con ella; aunque estaban del todo inclinados á lo malo, lo abominaron, y abrazaron con su voluntad libre sólo lo bueno. Esto mismo suele suceder con otros, cuando Dios les da una clara contemplacion pasiva, aunque sea con ménos estruendo exterior, que el que aconteció en los tres Santos ya referidos. Pero como este medio extraordinario no lo dá Dios siempre, ni á todos, entra la duda de qué se hará cuando no raya esta clarísima luz, ni amanece este resplandeciente sol. ¿Qué medios quedan para mover una voluntad libre, llena de muchas malas inclinaciones hácia el bien y hácia la virtud?

El medio, que queda, es el del arte ó artificio, de que quiere Dios que nos valgamos, como nos valemos de una hacha ó antorcha en la oscuridad de la noche. Este arte es de dos maneras, uno activo, y otro pasivo. El activo es el de la predicacion y exhortacion, con que los

Profetas, los Apóstoles y los Sacerdotes, ministros de Dios, procuran alumbrar con sus sermones á los hombres, declarándoles la fealdad de los vicios, lo hermosura de las virtudes y las demas verdades eternas. Este es el arte de Retórica de que áun en lo natural usan los sabios para persuadir lo que quieren á otros: *Finis est persuadere dictione*. Y en lo sobrenatural ayuda grandemente, si se junta con oracion y espíritu, para que los predicadores persuadan á los hombres, que huyan lo malo y abracen lo bueno.

El segundo arte es el pasivo, y es cuando el hombre tocado de Dios ó alumbrado de los predicadores, desea hacer lo que conviene á su salvacion, y procura buscar confesor para confesar sus pecados, mudar de costumbres, y preguntar á los Sacerdotes y ministros de Dios, lo que preguntaban sus oyentes á S. Juan Bautista: *Quid ergo faciemus?* Qué haremos para librarnos de la ira de Dios, que ha de venir? Estos ejercicios que hace el hombre, cuando está tocado de Dios, pueden ser de dos maneras: una es, haciendo ya unos, ya otros ejercicios sin método ni orden, como confesion, penitencia, etc. La otra es, cuando los hace con método y disposicion bien

ordenada, para que comenzando por las primeras virtudes, pueda pasar á las siguientes, y subir despues á otras superiores. Y así como cuando uno está llamado de Dios y se entra en alguna religion, le van en ella instruyendo y enseñando poco á poco las reglas y método que tiene dicha religion, y primero las virtudes de novicio, despues las de profeso y despues las de proyecto y de perfeccion etc.; así tambien el que comienza á servir á Dios, puede ejercitarse en varias virtudes, sin método ni arte, ó puede comenzar dichas virtudes con arte y método, para principiar por las primeras y pasar despues á las segundas etc.

Y aquí es donde tiene su lugar el libro de los Ejercicios de S. Ignacio, pues es el arte que va enseñando todo el órden y método con que se han de comenzar, proseguir y perfeccionar las virtudes, y con que se han de evitar todos los riesgos y peligros que puede haber en el camino espiritual; y así da todas las reglas necesarias para quitar todas las inclinaciones que tuviere la voluntad libre del hombre hácia lo malo y el pecado, y ponerle otras inclinaciones y propensiones hácia lo bueno y hácia la virtud; de donde se sigue que es medio poderosísimo

para vencerse el hombre en todas sus malas inclinaciones, y para hallar despues y seguir en todo la voluntad de Dios que le crió para este fin, que es todo el intento del dicho libro de los Ejercicios, como dice el mismo S. Ignacio en él. Y todos los que actuaren y practicaren con eficacia todas las reglas de este arte, reconocerán cuánto aprovechan con ellas, como aprovechan en la Gramática, ó en cualquiera otra facultad, todos los que siguen por su orden las reglas que prescribe el arte de cualquiera facultad: *Impossibile est enim, ut qui artem aliquam totis animis addiscunt, non illa quotidie proficiant*, dice S. Juan Climaco en el grado 4 de su Escala.

Y si me pregunta aquí alguno, en qué forma va este arte de los Ejercicios quitando todas las malas inclinaciones que tiene la voluntad libre hácia el pecado, para que despues pase á tener inclinaciones buenas hácia la virtud; respondo á lo primero, que quita las inclinaciones malas, porque va poniendo todos los medios contrarios á ellas, en la forma siguiente.

La primera causa de las inclinaciones malas, que declaramos en el capítulo antecedente, es la ignorancia de los bienes eternos y de las virtudes etc. y esta la quita el arte de los Ejercicios

con la meditacion y consideracion de las verdades eternas, gravedad del pecado, penas del Infierno, etc. pues con estas consideraciones desaparecen los bienes temporales, cuyo amor nos tira al pecado.

La segunda causa son los pecados personales que comete el hombre en su niñez y juventud, con los cuales se ciega de nuevo para inclinarse á nuevos pecados. Y esta la quitan los ejercicios con el exámen general de la conciencia, y terrible vista del mal empleo de la vida pasada, y con la confesion general con la cual se quitan los pecados.

La tercera causa son los malos hábitos y vicios que se engendran de los pecados, los cuales tiran imponderablemente la voluntad libre á nuevos pecados, y no solo facilitan, sino casi arrastran hácia las culpas, como lo lloran los que se convierten á Dios, y lo pinta admirablemente S. Agustin. Y esta la quitan los ejercicios con las penitencias rigurosas que se han de hacer, en dichos Ejercicios, y principalmente con el artificio admirable del exámen particular, que inspiró Dios al Santo, y cuyas reglas y prácticas son eficacisimas para desarraigar los pecados y malas costumbres, y para plantar en el

alma las virtudes y hábitos virtuosos.

La cuarta causa de la inclinacion, que tiene la voluntad hácia el mal, es el mundo y sus malos ejemplos y escándalos, y todo lo que en los objetos, que se encuentran en el mundo, tira los cinco sentidos corporales á que lleven tras sus deleites sensibles la voluntad racional libre. Y esta causa se quita en los Ejercicios, con el artificio del retiro, abstraccion, soledad total y aún oscuridad en la vivienda del ejercitante, que ordena S. Ignacio. Pues si David le pedia á Dios que apartase sus ojos del mundo, para que no viendo sus vanidades, pudiese correr por la senda de la virtud: *Averte oculos meos, ne videant vanitatem; in via tua vivifica me*; apartado el ejercitante de todo lo que es mundo, en los dias de Ejercicios, no se puede negar que tiene, sinó vencido del todo, á lo ménos muy aminorado este enemigo. A que se llega la consideracion de la muerte, juicio, infierno, etc. que señala el Santo en los Ejercicios, las cuales consideraciones hacen despreciar y huir todo el mundo y sus vanisimas vanidades.

La quinta causa es el ejército de los demonios, que continuamente tiran la voluntad hácia el pecado. Y aunque contra estos no hay arte, que

prevalezca, ni medio con que poder huir de ellos; no obstante se dan por medio en los Ejercicios los repetidos coloquios y súplicas que se hacen, ya al Eterno Padre, ya á su Santísimo Hijo, nuestro Redentor, ya á Maria, Señora nuestra, que son poderosísimos para vencer á todos los demonios, nuestros enemigos. A que se llega, el que los demonios no tienen jurisdiccion en la voluntad, como arriba dijimos, sino sólo en los sentidos y en los objetos. Y como en el arte de los Ejercicios se dan las reglas para sujetar y vencer todos los sentidos, y para huir y despreciar los objetos que halagan en el mundo; se dan tambien reglas para vencer el ejército de los demonios.

Así, es el libro de los Ejercicios arte con que se vencen todas las inclinaciones malas que tiene la voluntad hácia el pecado. Pero no para este arte sólo en quitar las inclinaciones malas de la voluntad libre, sino que pasa á infundir en ella inclinaciones hácia la virtud y la santidad. Y así, por medio de este arte de los Ejercicios, la voluntad queda llena de inclinaciones á lo bueno, con lo cual puede con facilidad caminar en la senda de la virtud, y llegar á conseguir una santidad perfecta, que la conduzca hasta

su eterna bienaventuranza.

Las inclinaciones malas las quita el arte de los Ejercicios, con las reglas y medios que da en 'la primera Semana, como queda dicho. Las inclinaciones buenas las da con las reglas y medios, que da en la segunda Semana, y en las siguientes Semanas; porque en la segunda Semana pone por ejemplar á Cristo, declarando su grandeza, sus prerogativas y sus intentos, etc. y este Señor es en sí sumamente amable. Y por consiguiente es un iman que tira fuertemente los corazones; y así conocido y considerado, lleva tras sí con grande inclinacion las voluntades humanas, aunque libres, como dice la Esposa: *Trahe me post te, curremus in odorem unguentorum tuorum.*

Despues da dicho arte las reglas todas necesarias para ejercitar las virtudes mas heróicas, eligiendo el estado mejor; y en cada estado el modo mejor de subir, é imitar las heroicísimas virtudes y acciones de Jesucristo. Y con este continuo ejercicio de virtudes, y de virtudes heróicas, ya se ve cuánta inclinacion se engendra en la voluntad libre hácia lo bueno, y cuánto odio y aborrecimiento de lo malo. De todo lo cual estan llenas las Escrituras, y consta de las experien-

cias: *Iniquitatem odio habui, et abominatus sum, legem autem tuam dilexi... quam dulcia faucibus meis eloquia tua!* De donde proviene, que como á los pecadores por sus malas inclinaciones se les hace casi imposible la virtud, asi á los justos, por sus buenas inclinaciones, se les hace casi imposible el pecado: *Quomodo possum hoc malum facere?*

Como los Ejercicios dan reglas necesarias para quitar las inclinaciones malas, y para adquirir con las virtudes las inclinaciones buenas; sirve este arte, para que la voluntad libre, que estaba muy inclinada á lo malo, se incline á todo lo bueno. Lo cual todo se perfecciona con las reglas, que prosigue dando dicho arte en la tercera y cuarta Semana, para padecer como Cristo y para llegar al amor de Dios y evitar todos los peligros que nos pueden apartar de este camino, como se irá diciendo en sus lugares.

CAPÍTULO VI.

Declárase en general el arte
de estos Ejercicios,
y las partes todas de que se compone.

En cinco partes principales se divide este ar-

te. La primera son las veinte Anotaciones, que pone el Santo ántes de la primera Semana; y las cuatro restantes son las cuatro Semanas de dichos Ejercicios, que son partes principales; porque, aunque todas conducen á la santidad perfecta del hombre, tiene cada una su fin y destino particular, para que por su órden y método vaya el ejercitante subiendo desde el principio hasta el fin de la perfeccion. Dije partes principales, porque la segunda y cuarta Semana se deben subdividir en otras partes peculiares, para que mejor se conozca el artificio que encierran, como se irá diciendo en sus lugares.

La primera parte, que son las veinte anotaciones que pone el Santo al principio, da todas las reglas necesarias, para que se hagan con mucho fruto los Ejercicios. La segunda se contiene en la primera Semana, en que se dan todas las reglas necesarias, para que el pecador conozca sus culpas pasadas y las llore y salga de ellas por la confesion, y para que de tal modo se fortalezca en el temor de Dios, que ni vuelva á las culpas pasadas, ni se deje vencer de sus apetitos, pasiones y malos hábitos; ántes sí los vaya venciendo y desarraigando todos. Esto se contiene en el exámen general, confesion y meditaciones

del pecado y del infierno, que pone el Santo, y en el exámen particular y ejercicios de varias penitencias, de que instruye el Santo al ejercitante, y que en gran manera conducen para no volver á las culpas.

La tercera parte se encierra en la segunda Semana, en que despues de apartado el hombre de todo lo malo, le instruye S. Ignacio en todo lo bueno que debe hacer, para conseguir su salvacion. En esto sigue la doctrina de David, declarada en el salmo 33: *Quis est homo, qui vult vitam, diligit dies videre bonos?* Y luego añade: *Declina a malo, et fac bonum.* Y en otra parte: *Qui ingreditur sine macula, et operatur justitiam.* Para este emplearse en toda obra buena, le pone por ejemplar al maestro de toda santidad, que es Jesucristo; y para que le siga bien, le va induciendo por reglas indefectibles, primero á las virtudes, despues á la perfeccion; y en el admirable tratado de la buena eleccion, le enseña á elegir siempre lo mejor: y últimamente le conduce á lo más alto de la santidad, que es el procurar la salvacion de otros, y emplearse en lo que se emplearon los Apóstoles y discípulos de Jesucristo. Todas estas reglas se contienen en la segunda Semana, en la cual na-

da hay que desear, para llegar, por el ejercicio de las virtudes, á lo más encumbrado de la santidad.

La cuarta parte de este arte es la que se contiene en la tercera Semana de dichos Ejercicios, que toda es de la pasion de Jesucristo; porque siendo necesario á quien quiere servir á Dios, y más si le ha de servir con perfeccion, padecer multitud de injurias, baldones, testimonios y persecuciones de los hombres, que ya por mundanos, ya por ignorantes, ya por instigados del demonio, han de ser lobos que se levanten contra los corderos que siguen al divino Pastor; es preciso instruirlos de todos los medios y modos necesarios para la paciencia, humildad y silencio, con que deben padecer todo esto para imitar en las penas á Jesucristo, á quien han imitado en las virtudes; y para esto son necesarias las dilatadas meditaciones de la pasion de Jesucristo, que con admirable artificio pone S. Ignacio en toda esta tercera Semana. A lo que añade las últimas reglas, que estan en dicha Semana, y cuya razon se dará más abajo, cuando tratemos este punto.

La última Semana encierra la quinta parte de este arte, en que se contiene multitud y variedad

de reglas, que dan la última perfeccion al arte de la santidad; porque despues de instruido el ejercitante, no sólo en el modo de salir de los pecados pasados, sino en el modo de ejercitarse en todo género de virtudes, hasta lo más perfecto de ellas y de padecer cuantas adversidades y penalidades se le pueden ofrecer al que sirve á Dios; pasa S. Ignacio á introducirle en la cuarta y última Semana á la via unitiva y al intenso amor de Dios, que es el último de la perfeccion, y le da las reglas con que puede llegar á este amor y ponerse en la contemplacion activa, que es la que se sujeta á reglas; pues la pasiva no depende del hombre, sino sólo de la uncion del Espiritu santo, como admirablemente nota el Eximio Suarez. Y por eso el Santo no habla de esta contemplacion pasiva, como nota el mismo P. Suarez; porque este libro de los Ejercicios es arte, que da reglas de lo que el hombre puede y debe hacer por su parte para conseguir la santidad: y así lo que hace sólo Dios, y llama san Dionisio: *Divina pati*, no se toca en este arte.

Despues ofrece el Santo al ejercitante la materia, en que ha de emplear sus potencias por el espacio de toda su vida, que es toda la vida

y pasion de Jesucristo hasta su gloriosa Ascension á los cielos. Y últimamente da variedad y multitud de reglas para vencer los engaños y astucias que puede poner el demonio á los que van por ese camino, transfigurándose en ángel de luz; y todas las reglas que necesita el que ha subido hasta esta cumbre, para ser un consumado maestro de espíritu, y poder no solamente atender á su perfeccion y salvacion propia, sino conducir con toda seguridad otras muchas almas al cielo, que es todo lo que se puede desear para la última perfeccion de un arte, como más extensamente verémos despues.

La razon de la grande utilidad, que hay en este arte, consiste en aquel proloquio, repetido de los teólogos: *Faciendi quod est in se, Deus non denegat gratiam*; que Dios no niega su gracia á los que de su parte hacen lo que pueden para recibirla. Esto es cierto; pero la dificultad está en conocer qué es lo que está de su parte y hacerlo, para recibir esta gracia; porque hay muchos que desean servir á Dios y hacer lo que pueden para agradarle, y dicen lo que decian las turbas al Bautista: *Quid ergo faciemus?* Pues qué haremos para salvarnos? Y lo que decia el otro jóven á Jesucristo. *Quid faciendo, vitam aeter-*

nam possidebo? Qué haré para salvarme? Qué haré para agradar á Dios? Qué haré para ser perfecto? Qué haré para adelantarme en las virtudes? Y á cada paso dudan lo que han de hacer de su parte, para granjear y adelantar esa gracia, que Dios da, y no la niega al que hace lo que puede de su parte. Y esto, que estos dudan y preguntan á cada paso, es lo que enseña prácticamente, y con gran menudencia este admirable arte de los Ejercicios de S. Ignacio.

Es, pues, lo que el hombre debe hacer de su parte: lo primero, quitar los impedimentos que el mismo hombre pone á la gracia de Dios; y lo segundo, poner las disposiciones, que más inducen, ó, á lo ménos, conducen á recibir y aumentar esa gracia; y uno y otro enseña este arte. Los impedimentos de la gracia son los pecados, así mortales, como veniales; son los apetitos y pasiones dominantes; son las malas inclinaciones y afectos desordenados á lo terreno. Y todos estos enseña S. Ignacio á quitarlos, con los ejercicios de la primera Semana, en que con gran menudencia y claridad pone todos los medios para quitar estos impedimentos; y son los exámenes general y particular, las meditaciones de la gravedad del pecado y de su multitud, la

meditacion del infierno y penas merecidas por los pecados, los coloquios y peticiones que pone al fin de cada meditacion, las repeticiones de estas, las reglas de la penitencia, y las adiciones necesarias para que todo esto se haga bien hecho: y es muy dificil se practiquen y pongan en ejecucion tantas y tan menudas reglas, sin que el hombre aparte de si todos los impedimentos de la gracia, para poderla recibir.

Lo segundo, que debe el hombre hacer de su parte, es poner los medios que inducen, y los que á lo ménos, conducen para recibir esta gracia, que Dios á nadie niega por su parte. Estos son el ejercicio de las virtudes, la imitacion de Jesucristo, la consideracion de sus admirables ejemplos, y las peticiones y súplicas á Dios, y el determinar tiempos y horas fijas en que todo se vaya haciendo, lo cual todo va enseñando con admirable órden y disposicion este arte. Item, conduce mucho el valerse de la razon propia, para que, ayudado de la gracia, considere la diversidad de los estados, y cuál de ellos sea más perfecto, y conozca cuál sea lo mejor entre todas las cosas que se han de hacer y en que se ha de emplear la vida, para cumplir con el fin con que Dios nos la dió; y para esto son las reglas

de la buena eleccion, que pone S. Ignacio en la segunda Semana, en que con gran menudencia declara las cosas en que se ha de hacer la buena eleccion, los tiempos en que se puede hacer, y los medios todos de peticiones, súplicas á Dios y consideraciones, que conducen grandemente al acierto y eleccion de lo mejor, asi en el estado, como en cada accion particular, y en la reforma del estado propio de cada uno, si ya no puede mudarlo, etc.

Y como todos estos medios se practiquen con el órden que el Santo enseña, hace el hombre quanto puede de su parte, para que le socorra Dios con sus luces, y le dé las gracias todas que necesita para lograr el fin para que le crió. Y así como el estar enfermo estorba para hacer penitencia, y conduce para esta el estar sano; y como tambien estorba para tener la oracion el tener dañada la cabeza ó ser de corto entendimiento; y al contrario el buen entendimiento y el tener la cabeza sana conducen para la meditacion y consideracion: y así como los negocios y multitud de ocupaciones mundanas estorba para escuchar y atender á las voces é inspiraciones divinas; y al contrario, el retiro, la soledad y abstraccion de ocupaciones terrenas conducen para oír las

doctrinas del Espiritu Santo: *Ducam eam in solitudinem, et loquar ad cor ejus*: así tambien los pecados, las pasiones y apetitos estorban para servir á Dios; y el ejercicio de las virtudes y aplicacion á practicarlas conducen para la santidad y su perfeccion. Y como para todo esto da la regla S. Ignacio en el libro de sus Ejercicios, de ahí es que este libro es el arte de la santidad.

De lo cual se infiere la diferencia manifiesta que hay entre este libro y los demas que escribieron los otros Doctores místicos y Santos Padres; pues todos estos hablan en general de la fealdad de los pecados y vicios para huirlos, y de la hermosura de las virtudes para abrazarlas; pero S. Ignacio reduce todas estas doctrinas generales á arte y método, en que por reglas indefectibles se consigue el salir de los pecados y vicios, y ejercitarse en todo género de virtudes, hasta las más perfectas y heróicas. Y así como todos los Santos Padres antiguos escribieron la Teologia en general, explicando los misterios y doctrinas todas de nuestra Santa Fé, pero despues el Angélico Doctor Santo Tomas, siguiendo al Maestro de las Sentencias, redujo la Teologia al método escolástico que hoy gozan las escuelas, en el cual con arte y disposicion admirable de

disputas, pruebas, argumentos y soluciones se apura con todo rigor la verdad hasta manifestarse: así también hizo en lo místico S. Ignacio de Loyola, pues redujo las doctrinas generales de los Santos Padres á método y orden de reglas.

De Enos dice el libro del Génesis que comenzó á invocar el nombre del Señor: *Enos coepit invocare nomen Domini* (Gen. 4. v. 26.) No porque ántes no lo hubiese invocado Adán, Abel, Seth y otros muchos; sino porque redujo á método y orden las oraciones, invocaciones y alabanzas divinas con que todos los demas le pudiesen invocar y alabar, según lo explica Belarmino, Cornelio y otros. A la manera, pues, que Sto. Tomas redujo á método la Teología, y Enos redujo á método y arte las oraciones divinas; así también S. Ignacio redujo las doctrinas místicas y modo de servir á Dios con perfección á reglas indefectibles y método seguro de conseguirlo, y este es el que contiene el libro de sus Ejercicios.

Pero no son necesarias estas pruebas, pues tenemos el oráculo indefectible de la Silla apostólica, que se nos declara por Paulo III, en la Bula con que aprueba dichos Ejercicios. Dice así: *Exercitia sunt quaedam documenta in ordinem*

ad pie movendos fidelium animos (a sancto Ignatio) aptissimum redacta, quae eisdem Christi fidelibus ad spiritualem consolationem et profectum magnopere utilia et salubria esse, non solum fama, sed etiam experimento compertum est, en que declara que este libro es el arte de la santidad. Pues si el arte no es más que unos documentos reducidos á método y órden para conseguir un fin, como se puede ver en el arte de la lengua latina, en la Náutica y en cualquier otro; siendo estos Ejercicios «documentos reducidos á método perfectísimo para mover los ánimos de los cristianos á la piedad, al provecho y al consuelo espiritual»; ¿que otra cosa vienen á ser sino un arte, y arte perfectísimo de la santidad?

De aquí es que este libro, ni es, ni podia ser grande, porque no se hizo para leer, como advierte admirablemente el P. Ignacio Diertins, sino para hacer. Es arte, y, como tal, ha de dar sucintamente las reglas necesarias para conseguir el fin de la santidad. Es arte, que señala todos los medios convenientes para conseguir la perfeccion; y así, cuanto más breve y sucinto, es mas perfecto. Es verdad, que no todos lo pueden entender, porque la brevedad de sus reglas

y de sus cláusulas necesitan de maestro que las explique, y de hombre de espíritu ó de letras que las penetre; y así, el que no las entendiere, no culpe la brevedad que era precisa para el artificio.

Y si preguntamos la causa porque no se llama arte, y se nombran Ejercicios, diré ser la causa, el que el arte no consiste tanto en las reglas escritas, como en el ejercicio y actuacion de ellas; y este es el principal que pretende el Santo, y el que es necesario, así para el provecho espiritual, como para la inteligencia de las mismas reglas y su artificio, que no se pueden penetrar bien, miéntras no se practican. Y esta es la causa verdadera de que tantos deseen ser santos y salvarse, y tan pocos lo consigan; porque son pocos los que se ejercitan y actúan en la práctica de las virtudes, que es lo que hacen los Santos. Óigase al admirable maestro de espíritu, y Seráfico Doctor S. Buenaventura, en el principio de sus opúsculos: *Ut in virtute conserveris, oportet te habere exercitia spiritualia, quibus animum tuum occupes: quia nisi sint, non poteris in virtutibus perseverare.* Todo consiste en los ejercicios espirituales, pues sin ellos, no se puede conseguir la perfeccion y santidad,

y con ellos indefectiblemente se alcanza. Y como en este libro de S. Ignacio las reglas indefectibles de conseguir la santidad desde su principio hasta su última perfeccion, y una de ellas es la práctica y ejercicio; por eso no lo nombra Arte, aunque lo es, sino Ejercicios Espirituales, porque la actuacion de estos es la que más conduce á la santidad.

CAPITULO VII.

Del artificio que contienen las primeras veinte Anotaciones que pone S. Ignacio al principio de sus Ejercicios.

El principal medio, ó como instrumento, para la santidad, es la consideracion y meditacion; pues, como dice Jeremias, por falta de esta hay tan pocos santos en la tierra: *Desolatione desolata est terra, quia nullus est qui recogitet corde*: ni piensan ni quieren pensar, ni ménos quieren pensar muchas veces, *recogitet*, en las cosas eternas y celestiales, y por eso hay tan pocos santos en la tierra. La santidad consiste en abrazar el verdadero bien, y en huir del verdadero mal; como despues del pecado original todo está confuso y se tiene el bien por mal y el

mal por bien, ni se puede abrazar el bien verdadero, ni huir del verdadero mal, si no se discierne y se conoce; y como este conocimiento y discrecion proviene de la meditacion y consideracion; por eso es tan importante y necesaria esta meditacion y consideracion para la perfeccion y santidad. Ninguno deja el bien presente, sino sólo por la esperanza de otro bien mayor futuro; y como los justos y santos tienen la esperanza de los bienes eternos, por eso desprecian los bienes y gustos temporales: *Quicumque habet hanc spem sanctificet se ipsum*, dice S. Pablo. Pero como los bienes futuros y eternos no se pueden conocer, sino por medio de la meditacion y consideracion; es preciso se valga de estas el que quisiere lograr aquellos.

Para caminar al Cielo, es necesaria la luz sobrenatural. Y esta se tiene, ó porque Dios la infunde liberalmente, ó porque con su gracia la solicita el hombre con la racion y consideracion propia, como dice S. Ignacio en la segunda Anotacion: « Quier por la racion propia, quier sea en quanto el entendimiento es ilucidado por la virtud divina. » La luz infundida de Dios es más eficaz, como se ve en S. Pablo, la Magdalena, etc; pero es ménos permanente.

La luz adquirida por la meditacion y consideracion, no tiene siempre tanta eficacia; pero tiene mucha más permanencia, pues con la gracia de Dios podemos ayudarnos de la leccion, meditacion y consideracion, siempre que queremos, para conservarnos en servicio de Dios: *Ego feci in coelis ut oriretur lumen indeficiens.*

Y así es medio efficacísimo para comenzar la virtud y subir á la perfeccion. Llégase á esto que al principio de la meditacion se hace la oracion preparatoria, que es pedir á Dios luz para tener la oracion, y al fin se hacen los coloquios y peticiones á Dios, que tantas veces enseña S. Ignacio en todos sus Ejercicios. Y como esta peticion y clamores á Dios son la llave de los tesoros divinos, pues tantas veces nos dice Jesucristo: *Petite et accipietis*: pedid y recibireis; de ahí nace la suma importancia de esta oracion y meditacion, para perseverar en la virtud y subir á la perfeccion.

Otro medio, sumamente importante para esto mismo, es el del magisterio espiritual; porque quiere Dios que los hombres sean enseñados por otros hombres; pues aunque su divina Magestad y Sabiduria lo puede hacer todo, no obstante, acomodándose al modo regular y or-

dinario, dispone que los hombres se humillen, siendo enseñados y dirigidos por otros hombres. Por eso envió á San Pablo, para que fuese enseñado de Ananias: *Surge, et ingredere in civitatem, et ibi dicetur tibi quid te oporteat facere* (Act. IX, v. 7.). Por eso envió á los Apóstoles, para que enseñasen á todos los demás hombres: *Docete omnes gentes*. Y aun entre los ángeles, quiere que las de la infima jerarquía reciban de los ángeles de la jerarquía media lo que han de decir á los hombres, y sean iluminados de las de esta segunda jerarquía. Y que las de jerarquía segunda ó media sean iluminados de los ángeles de la primera jerarquía, y reciban de ellas los avisos de la voluntad de Dios; porque siempre quiere su divina providencia que se guarde este orden jerárquico de iluminar, enseñar y dirigir los superiores á los inferiores.

Llégase á esto, el que, en comenzando á servir á Dios de veras, se ofrecen tantas dificultades, dudas, tentaciones y tropiezos, para continuar en lo comenzado, que si no hay un Moises que dirija y saque á los cautivos de Faraon, y los encamine á la tierra de promision, se hace dificilísimo el salir de aquellas prisiones, y ca-

minar á aquella felicidad. Miétras los hombres no se ejercitan en obras espirituales, y se están metidos, ó en el cautiverio del demonio con el pecado, ó en el del mundo con sus varias y penosas ocupaciones, ó en el de la carne con sus vicios, apetitos y pasiones; *In pace sunt omnia, quae possidet*, están en su misera esclavitud, tratados como tristes esclavos, de sus malditos amos, mundo, demonio y carne, que los sujetan y tratan como los Egipcios á los Israelitas. Pero en queriendo salir de este cautiverio, por medio de los Ejercicios espirituales, comienzan á alborotarse estos Faraones y procuran agravarles sus cadenas y trabajos, y no permitirles caminar hácia la libertad de los hijos de Dios. Luégo comienza el hombre á ser agitado de diversos espíritus, y á sentir muchas y varias tentaciones, unas groseras y toscas de dificultad, trabajos, vergüenza, temor y otros impedimentos, como dice S. Ignacio en la Anotacion nueve de las que vamos hablando, otras más sùtiles debajo de especie de bien, como dice el mismo Santo en la Anotacion décima. Entra en temores del infierno, en horror del pecado, en deseos de la virtud, etc. y siente en el alma diversos movimientos de espíritu que le estremecen todo y le precisan á que

huya de lo malo y busque á Dios. Por esto dice el mismo Santo en la nota sexta, «que si al que hace los Ejercicios no le vienen algunas mociones espirituales, ni es agitado de varios espíritus, le debe preguntar mucho el que los da, si hace los Ejercicios á sus tiempos, y cómo los hace; y si practica con diligencia las adiciones, etc.; porque es imposible ejercitarse con diligencia en todos estos Ejercicios espirituales, sin sentir en el alma varios movimientos, ó de consolacion, ó de desolacion, ó de tédio, ó de ánimo, etc.; porque estos son efectos precisos de quien quiere salir de la esclavitud del demonio, y caminar de veras á la perfeccion. Mas si los ejercicios no se hacen, qué mucho que no se sientan en el ánimo estos movimientos? Pues como aqui se hable con personas que de veras hacen estos ejercicios, es necesario que sientan estos movimientos; y para su direccion es preciso que haya maestro espiritual y guia diestra que dirija al ejercitante, para que no encalle en alguna de estas dificultades, y pierda el fruto que desea é intenta con los mismos Ejercicios.

A todo esto ocurre S. Ignacio con las veinte Anotaciones que pone antes de los Ejercicios, en las cuales instruye y da las reglas necesarias,

así para la oracion, como para el acierto del que da los Ejercicios y del que se actúa en ellos. Enseña en primer lugar, qué sean Ejercicios espirituales, y que por estos se entiende todo modo de examinar la conciencia, de meditar, de contemplar y de orar, etc. Item, en la Anotacion tercera declara cómo en la oracion se ejercitan los actos del entendimiento, discurrendo, y los de la voluntad, afectando, etc. y el mayor respeto y reverencia que se debe tener en ella, cuando se habla con Dios Nuestro Señor y sus Santos. Item, en la anotacion undécima declara cuán conveniente es el que, mientras uno se ejercita en la primera Semana, para buscar por medio de la oracion el conocimiento, dolor y lágrimas por sus pecados, no sepa lo que ha de meditar en la segunda Semana, para que así pueda tener mayor efecto la oracion. Item, en la Anotacion duodécima muestra, que la oracion debe ser por una hora, sin acortarla, ni aminorarla, como suele acontecer por astucias del demonio. Y en la Anotacion décima tercia manifiesta cuán difícil es cumplir la hora entera de oracion en tiempo de desolacion y sequedades del ánimo; y lo que debe hacer el ejercitante, no sólo para resistir, sino para vencer del todo al demonio; y

así, da otras varias reglas para la oracion, que se pueden ver en dichas Añotaciones, como se lean con atencion.

Al que dá los Ejercicios le instruye de todo lo que debe saber y advertir para su acierto. En la Añotacion segunda enseña, que los puntos, que diere, sean breves, porque el ejercitante pueda trabajar con su propio entendimiento en buscar las verdades que desea: porque no el mucho saber harta y satisface el alma, mas el sentir y gustar de las cosas eternas. En la Añotacion sexta declara lo que debe hacer, si en el ejercitante no reconoce movimientos ó agitaciones de varios espíritus, y cómo le debe preguntar mucho, si hace los Ejercicios á sus tiempos destinados, si pone en ejecucion las adiciones y demas reglas dadas para fruto de los Ejercicios. En la Añotacion séptima hasta la décima, le enseña el modo, con que se ha de haber con el ejercitante, si lo reconoce desolado y tentado, y como debe mostrársele blando y suave, dándole ánimo y fuerzas para adelante, y descubriéndole las astucias de nuestro enemigo, y disponiéndole para la consolacion venidera; y cómo se ha de haber con el que es tentado, ó grosera y abiertamente,

ó debajo de especie de bien; y qué reglas debe practicar para con el uno y para con el otro. En la Anotacion décima cuarta, le previene mucho de lo que debe hacer con el ejercitante, á quien reconoce muy consolado y con mucho fervor; y cómo debe impedirle el que haga votos inconsiderados y que sean sobre su condicion y fuerzas, por el estorbo que puede hallar en cumplir lo que quisiese prometer. Y así le dá otras muchas instrucciones, con que pueda diestramente manejar su magisterio espiritual.

Al discipulo que se actúa en los Ejercicios, le muestra en la Anotacion 5^a, quanto le aprovecha entrar en ellos con grande ánimo y liberalidad con su Criador y Señor, ofreciéndole todo su querer y libertad, etc. En la Anotacion 16^a le enseña lo que debe hacer para que el Criador obre más ciertamente en su ánima, y es poner todas sus fuerzas en vencer cualquier inclinacion vehemente que tenga á algun oficio ó beneficio, para que quedando en total equilibrio, pueda más facilmente buscar en todas sus obras sólo lo que sea servicio, honra y gloria de la Divina Majestad. En la 18^a, distingue la diversidad de personas que pueden

hacer los Ejercicios, porque no todos se pueden dar á toda clase de gentes. Lo primero, porque es necesario reconocer la capacidad, complexion, salud y fuerzas que tuviere cada uno, para, conforme á eso, darle, ó todos los Ejercicios, ó sólo parte de ellos, conforme más conveniente fuere para su provecho. Lo segundo, porque se ha de reconocer el ánimo y disposición, que trae el ejercitante, de servir á Dios con toda perfeccion y en todo género de virtudes, ó, si solo quiere llegar hasta cierto grado de contentar á su ánimo, manteniéndose sólo en temor de Dios y sin cometer pecados mortales, pero sin aspirar á más perfeccion. Es notable esta Anotacion diez y ocho, y la siguiente diez y nueve, y contienen mucha doctrina y enseñanza acerca de las personas que hacen los Ejercicios.

Por esta causa enseña el P. Suarez que los Ejercicios se han de dar á tres géneros de personas: á muchos, á pocos y á poquísimos: se darán á muchos los Ejercicios de la primera Semana, pues todos se pueden aprovechar del santo temor de Dios, para lo cual se dan reglas en la primera Semana. Se darán á pocos los Ejercicios de la segunda Semana, porque son pocos los

que se animan á subir á la perfeccion por el ejercicio de todas las virtudes, que se enseñan en la segunda Semana. Se darán á poquisimos los de la tercera y cuarta Semana, porque son poquisimos los que se animan á trasformarse del todo en Cristo y subir hasta la cumbre de la perfeccion, que es el último término á donde llevan al ejercitante estas dichas Semanas, cuyo artificio se conocerá por este mismo orden con que proceden. Esta doctrina se puede ver tambien en la séptima parte de nuestras Constituciones, donde largamente la enseña el mismo Santo.

Últimamente en la Anotacion veinte, que es la última, instruye el Santo, así al que dá, como al que recibe los Ejercicios, de todos los medios necesarios para que se consiga plenísimo el fructo dichos Ejercicios. Lo primero, en que se den todos los Ejercicios al que en todo lo posible desea aprovecharse, siendo hombre desembarazado y que tenga los demas requisitos arriba dichos. Lo segundo, en que se den dichos Ejercicios por el mismo orden, que proceden, esto es, como estan dispuestos por el Santo, en los cuales por via ordenada tanto más se aprovechará, cuanto más se arreglare á ellos. Porque si se muda de meditaciones, si se invierte el orden, si se

falta á las reglas y adiciones de cada Semana, ó si se añade ó quita de lo que el Santo tiene dispuesto; falta totalmente al artificio de este arte, y se mudan las reglas indefectibles, por donde se ha de conseguir el intento de estos Ejercicios. Y así, no será mucho que no se consiga el fruto y el efecto que de estos Ejercicios se siguen. Ni serán estos los Ejercicios de S. Ignacio, en que son tan ciertas é indefectibles las reglas de toda santidad y perfeccion, que aplicadas y observadas por via ordenada, no se puede dejar de conseguir la mudanza de vida, como la imitacion de Cristo y lo más subido de la perfeccion, como enseña la experiencia, y lo advierten los que conocen el admirable artificio de estos Ejercicios.

Pero para que más facilmente se conozca este artificio, pondremos aquí en compendio, por modo de diálogo, el artificio que encierran estas veinte Anotaciones.

§ ÚNICO.

Para más claridad se pone toda la doctrina referida en forma de diálogo.

1. Pregunto. Qué son Ejercicios?

Respondo. Son todo modo de orar, medi-

tar, etc. y disponer el alma, para quitar todas las afecciones desordenadas; y despues de quitadas, buscar y hallar el modo y el empleo de la vida, que debe cada uno tener para cumplir con el fin para que Dios le crió, y conseguir la eterna salvacion de su alma.

P. En qué forma se han de tener los Ejercicios ?

R. En la forma que se aprenden las demas ciencias y artes, y es, habiendo discipulo, que aprenda y se ejercite, y maestro ó director, que enseñe ó dirija.

P. Y porqué ha de ser en esta forma ?

R. Lo primero, porque si el discipulo nada sabe de este arte, es preciso que haya, quien le instruya y dirija. Lo segundo, porque son muchas las dificultades que se ofrecen en el camino espiritual, y grandes las tentaciones y astucias del demonio, para impedir la prosecucion en la virtud; y así, es muy conveniente que haya quien las dé á conocer, y declare los medios para vencerlas.

P. Con qué potencias ó actos se hacen estos Ejercicios ?

R. Principalmente con el entendimiento y la voluntad, ejercitando sus actos, ya en la

consideracion, ya en las peticiones á Dios, etc. en que se requiere más reverencia, cuando se habla inmediatamente con Dios.

2. P. Qué ha de hacer el maestro ó director, para que se logre el fruto de los Ejercicios?

R. Instruir y dar los puntos sobre que ha de meditar y considerar el discípulo.

P. Han de ser estos puntos dilatados ó breves?

R. Han de ser muy breves, y refiriendo fielmente la historia sobre que se meditare.

P. Y porqué han de ser breves?

R. Porque no el mucho saber ú oír es lo que aprovecha al alma, sino el interno gusto, trabajando en sus propias potencias, para hallar las verdades eternas.

P. Qué hará el maestro, si ve que el discípulo no siente en el alma movimientos, ni agitaciones algunas del bueno ó del mal espíritu?

R. Preguntarle si hace fielmente los Ejercicios todos, y observa las adiciones, etc.; porque si esto no se hace, ¿qué mucho que no se sientan movimientos algunos en el alma?

P. Y si ve que tiene movimientos pero de tristeza, tedio, desesperacion etc. ¿qué hará el maestro?

R. Haberse con él, blando y suave, descu-

brirle las tentaciones del demonio, y animarle á proseguir dichos Ejercicios con la esperanza de los bienes eternos.

P. Y si le ve muy fervoroso y con ardientes deseos de hacer muchas obras grandes de virtud qué hará el maestro?

R. Prevenir y atajar el que entónces no haga votos ni promesas que sean sobre sus fuerzas, y que despues no pueda cumplir.

P. Y será bien que el maestro dirija é incline al ejercitante, más á un estado que á otro, ó más á un modo de vida que á otro?

R. No; porque lo mas conveniente es dejar que Dios obre en el alma, y que buscando esta solamente la gloria y honra de Dios; su Divina Majestad se le comunique y la alumbre inmediatamente, del modo y género de vida en que quiere servirse de ella.

3. P. Y el discípulo ó ejercitante qué reglas debe observar para que sea mayor el fruto de sus Ejercicios?

R. Muchas y muy convenientes, y sin las cuales no se conseguirá este fin.

P. Cuáles son estas?

R. La primera, entrar en los Ejercicios con grande ánimo y liberalidad con su Criador,

ofreciéndole toda su persona, toda su libertad y todos sus bienes para que todo lo emplee en su divino servicio: la segunda, aplicar todas sus fuerzas á vencer cualquiera inclinacion ó propension desordenada que en sí mismo sintiere á tal estado ó á tal empleo y modo de vida, ordenando sus Ejercicios é instando en oraciones y peticiones á Dios para inclinarse á lo contrario, deseando sólo lo que fuere agrado de Dios; porque si no vence estas inclinaciones desordenadas, no hará Dios en su alma todas las labores que quiere: la tercera, ser constante en observar las reglas y distribucion que se dá en los Ejercicios, principalmente llenando las horas de meditacion y procurando que no se acorte nada de ellas: y porque es difícil esta constancia en tiempo de desolacion y sequedad, ha de procurar entónces, no solo llenar la hora de oracion, sino estar aun algun más tiempo en ella, para mejor vencer al demonio y las tentaciones con que le procura apartar de la oracion.

P. Hay otras cosas que debe observar el que hace los ejercicios?

R. Si, y muchas y muy menudas, que se contienen así en estas Anotaciones, como en las cua-

tro Semanas de dichos Ejercicios; pero siendo muchas, se dejan á la práctica y sólo se advierte aquí, que así el hacer los Ejercicios, como el darlos y dirigir en ellos, necesitan mucho estudio y aplicación, para que se actúen con destreza, porque sin estos no se conseguirá el fruto de dichos ejercicios.

4. P. A quiénes se han de dar los Ejercicios, y si se podrán dar enteros á todo género de personas?

R. Se pueden dar á todos los que desean aprovechar á sus almas y lograr el fin para que Dios los crió; pero no se pueden dar enteros á todo género de personas, pues es necesario reconocer la edad, capacidad, empleos y estados de cada uno, y los intentos que tuvieren, ó sólo de salvar sus almas, ó de servir á Dios en todo género de perfección, imitando á Jesucristo en todo género de virtudes y perfección evangélica.

P. Pues cómo se hará esta distinción de personas á quienes se hayan de dar los Ejercicios?

R. Los de la primera Semana se pueden dar á todo género de personas, que puedan retirarse por ocho días á emplearlos solamente en estos ejercicios, para concebir el santo temor

y mantenerse en su gracia, defendiéndose de todo pecado mortal para lograr su eterna salvacion. Pero á personas muy ocupadas en empleos públicos, que no pueden lograr el retiro de ocho dias, se les podrán dar algunos de estos Ejercicios, como los exámenes de conciencia, general y particular, y los modos de meditar sobre los mandamientos de la ley de Dios, y sobre los siete pecados capitales, etc.; que bastarán para contenerlos en el santo temor de Dios, aún en medio de sus ocupaciones precisas y públicas.

5. P. Y á quiénes se podrán dar los Ejercicios de la segunda Semana?

R. A los que fueren de más capacidad y de ménos embarazos precisos, y estuvieren totalmente resueltos á imitar á Jesucristo en las virtudes, y escoger el estado que más conveniente fuere para mejor servir á Dios. Y si tienen ya estado determinado, se darán dichos Ejercicios de la segunda Semana á los que desearan y procuraren reformarse y perfeccionarse en el estado que ya tienen, para emplear en él toda su vida en el servicio de Dios y bien eterno de sus almas.

6. P. Y los Ejercicios de la tercera y cuarta

Semana á quiénes se darán?

R. A los que estuvieren del todo animados á servir á Dios con toda perfeccion, y, estando resueltos á buscar sólo lo que fuere mayor gloria de Dios y bien de sus almas, determinaren emplear toda su vida sólo en lo que fuere del mayor servicio de Dios.

7. P. Con qué orden y método se han de dar los Ejercicios?

R. Con el mismo orden y disposicion que los compuso S. Ignacio; porque en esto consiste el artificio de ellos, y el método altísimo que dice el Pontifice Paulo III. que conduce *ad pie movendos fidelium animos*, para mover los ánimos de los fieles á servir á Dios; y el que el mismo Santo en la Anotacion veinte y última dice que se ha de observar por el mismo orden que proceden, en los cuales por via ordenada, tanto más se aprovechará, cuanto más se arreglare á ellos, etc. Y así como en toda arte se debe proceder segun sus reglas, y conforme al método con que están dispuestas; porque de no, no se seguirá el artefacto ó el intento que se desea: así tambien en este arte de santidad, que ilustrado de Dios dispuso S. Ignacio, no se conseguirá el artefacto ó santidad que se intenta; si el que dá

los Ejercicios no entiende ni estudia las reglas que ha de mostrar, ni el que se ejercita las aplica y se actúa en ellas, conforme lo dispuesto por el Santo: y esta falta de aplicacion es la causa de no verse en algunos, que hacen los Ejercicios, el fruto que se experimenta en otros; porque sus reglas son indefectibles: y quien las practica todas por su parte; sin duda subirá á la santidad cuando Dios por la suya está pronto á dar su gracia, y á ninguno la niega, si se dispone á recibirla.

De todo lo dicho se manifiesta, que este libro de los Ejercicios es arte de la santidad, cuando tantas reglas contiene, áun en sus preliminares y primeras veinte Anotaciones que pone el Santo, y que es necesario estudiarlas bien y practicarlas todas con cuidado, para que se consiga la santidad que con estos Ejercicios se intenta.

CAPITULO VII

Del artificio, admirable disposicion y armonía de la primera Semana de los Ejercicios.

Cuatro cosas se requieren para que el hombre, aunque esté sumergido en un abismo de culpas

y vicios, pueda salir de todos ellos, y encaminarse por la senda de la virtud hasta lo más alto de la perfeccion. La primera es, desandar lo andado, y purificar su alma de todas las culpas, vicios y engaños en que ha vivido. La segunda encaminarse por nueva senda hácia el Cielo con el ejercicio de las virtudes; y en esta hay tres pasos que dar: uno, el ejercitarse en obras buenas; otro, el elegir el estado que más le ha de ayudar para caminar por las virtudes; y el tercero, si ya tiene estado que no pueda mudar, como de religion, sacerdocio ó matrimonio, ver el modo con que ha de mejorar su vida en dicho estado que ya tiene, y perseverar sirviendo á Dios hasta la muerte. La tercera vencer los enemigos y contrarios, que le han de salir al encuentro para impedirle tan grande empresa, á fin de que no llegue á conseguir la perfeccion, y con ella, la paz y serenidad. Y la cuarta, continuar en dicha perfeccion, creciendo más y más en ella hasta la muerte, para conseguir las altas coronas que le esperan en el Cielo, segun la sentencia de los Proverbios: *Justorum autem semita, quasi lux splendens, procedit, et crescit usque ad perfectam diem* (Prov. 4, 18.).

Todas las cuatro comprendió admirable-

mente David: *Declina a malo et fac bonum, inquire pacem et persequere eam* (Ps. 33. v. 15.). En el *declina a malo* está la primera parte de desandar lo andado y deshacer la mala vida pasada; en el *fac bonum* está la segunda de emprender nueva senda, encaminándose por las virtudes al Cielo, según lo de Zacarias: *Ad dirigendos pedes nostros in viam pacis.* (Luc. 1. v. 79); en el *inquire pacem* está la tercera de pelear con todos los contrarios y enemigos, que han de procurar impedir el paso en esta senda, para que no se logre esta paz; en el *persequere eam*, está la cuarta, de continuar creciendo en la perfección hasta la muerte, para conseguir en esta vida mucha paz: *Orietur in diebus ejus abundantia pacis* (Ps. 71. v. 7.), y en la otra mucha gloria.

Todas estas cuatro cosas comprende maravillosamente nuestro P. S. Ignacio en el prodigioso libro de sus Ejercicios, que divide en cuatro partes ó Semanas, con tal orden y armonía dispuestas, que por reglas indefectibles conduce al hombre desde el abismo de las culpas hasta la cumbre de la perfección: *Exercitia sunt quedam documenta, in ordinem ad pie movendos fidelium animos aptissimum redacta*, que dice el Pontífice Paulo III en la Bula con que los

aprueba. En la primera Semana dá todas las reglas necesarias, para que el hombre purifique su alma de todas las manchas y culpas que puede haber contraído; en la segunda dá todas las reglas necesarias, para que el hombre comience y continúe, en todo género de virtudes; en la tercera dá los medios necesarios, para que venza todo género de enemigos. En la cuarta lo sube á la perfeccion, y le ofrece todos los medios necesarios, para continuar en ella por toda su vida, y áun para poder conducir á otros muchos hasta la gloria.

Este es el órden del artificio maravilloso, con que procede este gran maestro de espíritu en sus Ejercicios espirituales: y, como hombre escogido de Dios para la salvacion de innumerables almas, tiene esta carta de marear, ó esta instruccion prodigiosa con reglas tan indefectibles, que todos los que se atarearen á ellas, sin duda llegarán con toda seguridad al puerto de la gloria, como lo han experimentado innumerables, y hasta hoy lo experimentan todos los que exactamente hacen dichos Ejercicios: *Documenta et Exercitia ejusmodi... pietate ac sanctitate plena et ad aedificationem et spiritualem profectum fidelium valde utilia et salubria esse et fore*

comperimus, que dice el mismo Paulo III; todo lo cual se irá explicando con más extension por partes; porque mejor se conozca y se admire la armonía y artificio prodigioso de dichos Ejercicios. Y viniendo á la primera Semana, dividiremos su disposicion y armonía en varias partes, para que más fácilmente se comprenda.

§. 1.

Del fin é intento de esta primera Semana y su prévia introduccion.

El fin de esta primera Semana de los Ejercicios es apartarse de todo lo malo, como decia David: *Declina a malo* (Psal. 33. v. 15); ó como decia S. Agustin: *Commissa plangere, et plangenda non committere*, llorar las culpas ya cometidas, y fortalecerse para no volverlas á cometer. Para purificar el alma, de todas las culpas y manchas, ya contraídas en la vida pasada, es necesario, lo primero, quitar de ella todas las culpas mortales y veniales, que ántes con gran facilidad cometia: *Quoniam repleta est malis anima mea*; lo segundo, quitar las muchas penas, ó eternas ó temporales, que por esas culpas tenia merecidas; lo tercero, los malos

hábitos y costumbres viciosas, que de esos pecados y demas desórdenes, han quedado en el alma. Lo cuarto, las pasiones y apetitos desenfrenados, que eran las raíces y principios de donde nacian todos esos males de que se habia llenado el alma. Lo quinto, la oscuridad y ceguedad del entendimiento, con la cual no veia el hombre los males de que estaba lleno, y lo habian reducido á una suma miseria: *Comprehenderunt me iniquitates meae, et non potui ut viderem....ad nihilum redactus sum, et nescivi.* (Ps. 39. v. 13, et ps. 72, v. 22.), siendo esta ceguedad lamentable el último de los malos efectos, que deja en el alma el pecado: *Es miser et miserabilis..... et cæcus* (Apoc. 3. v. 17.). Y mientras todos estos males no se quitan y arrancan del alma, no puede esta ver las luces del Cielo, saber prácticamente cómo ha de servir á Dios, y encaminarse á su salvacion.

Para quitar, pues, todos estos males, y dejar al alma limpia y purificada de todos ellos, da segurisimas é indefectibles reglas S. Ignacio en esta primera Semana, cuyo título dice así: «Ejercicios espirituales, para vencer á si mismo, y ordenar su vida sin determinarse por afeccion

alguna que desordenada sea»: en que muestra, que, para ordenar en adelante la vida al servicio de Dios, es necesario vencerse á si mismo; y como miéntras hay culpas y pasiones no vencidas, no se ha vencido el hombre á si mismo, ni podrá, durante estas, encaminarse sin afeccion que desordenada sea, por eso da primero las reglas todas necesarias para vencerse el hombre y quitar de si las culpas y afecciones desordenadas, para «despues de quitadas, buscar y hallar la voluntad Divina en la disposicion de su vida para la salud del ánima», como dice el mismo Santo en la primera Anotacion de las veinte que pone al principio.

Da principio á esta primera Semana con una advertencia muy útil y provechosa, así para el que da como para el que recibe los Ejercicios; pues el maestro y el discípulo se ayudarán y aprovecharán grandemente con la mutua confianza que deben tener entre sí mismos, descubriendo el discípulo todo su interior al maestro, sin celarle, ni pecados, ni pasiones, ni movimientos algunos interiores, y fiándole toda su conciencia para que la dirija, confiando que en nada le quiere engañar; lo cual ha de hacer también el maestro para con el

discípulo, no imaginando el uno del otro que le quiera engañar en algo, ni que proceda con él con doblez y sin la debida sinceridad. Pero como no son los hombres omniscios, y pueden errar en algunas cosas sin querer, entra la mútua confianza de inquirir el uno y el otro sentido verdadero de su proposicion en cuya inteligencia duda, ó para que le explique el sentido si es verdadero, ó se lo corrija si acaso va, sin culpa, errado.

Esta mutua correspondencia es de suma importancia, como advierte el P. Suarez arriba citado (Num. 10 cap. 5). Y el directorio de los Ejercicios previene (cap. 2. 4. 6.), que aunque el hombre que se ejercita sea docto, prudente y muy ejercitado en escuelas, y áun en cosas espirituales; se entregue todo á la direccion del que da los Ejercicios, para que mejor pueda aprovecharse de ellos, haciendo lo que dice S. Pablo: *Stultus fiat, ut sit sapiens* (1. Cor. 1. 13), hágase como niño, para dejarse gobernar; ó como dice S. Pedro: *Sicut modo geniti infantes rationabiles sine dolo lac concupiscite; ut in eo crescatis in salutem* (1. Petr. 22). Que desee y reciba la doctrina sin doblez ni sospecha, sino con confianza, reverencia y prontitud, para aprove-

chase grandemente en la santidad; pues Dios le premiará grandemente la humildad y confianza con que se sujeta al director, no fiando por entónces de su propia sabiduría y prudencia.

Despues de esta advertencia, pone el Santo la consideracion del fin para que fuimos criados. Esta no es meditacion propia de sólo esta Semana, sino el principio y fundamento de toda virtud y santidad. Y así, es el nivel que se ha de llevar á la vista en todas las cuatro Semanas de los Ejercicios, y la sonda con que se ha de reconocer muchas veces la profundidad del océano de la perfeccion. Y por esto no llama el Santo á esta consideracion primer ejercicio de esta Semana, sino despues á la meditacion de los pecados la llama ejercicio primero; porque esta meditacion de los pecados es el primer ejercicio de la primera Semana, mas la consideracion del fin para que fuimos criados, es el principio de la santidad, y es el fundamento de todas cuatro Semanas.

Por esta misma causa no divide el Santo esta consideracion en puntos, ni le pone preludios ni coloquios, como hace en las demas; pero esto no quita el que se pueda dividir, y darse en la misma forma que las demas meditaciones. Ella

sola, bien considerada, ha hecho á muchos, santos, como lo ha mostrado la experiencia; y lo será cualquiera que penetrare la importancia de este fin y el intento de esta meditacion, que es penetrar bien esta verdad católica: que Dios es *Alpha et Omega, Principium et finis* (Apoc. 22. v. 13); y que asi como por ser principio, dependen de él todas las cosas criadas, asi por ser último fin, se deben todas dirigir á él; y que asi como nada tiene sér, si no se lo dá Dios como primer principio, asi todas las cosas nada sirven, ó son como nada, si no se encaminán á Dios como á último fin. De lo cuál se infiere por legitima consecuencia, que todos nuestros pensamientos, palabras y obras las debemos dirigir sólo á Dios y á su mayor gloria, y que las que asi no dirigimos, van erradas y perdidas; lo cual mueve á que lloremos las que hemos hecho por otros fines, v.g. de nuestra honra, nuestra conveniencia y nuestro gusto, etc. y á que en adelante enmendemos este yerro, dirigiendo todas nuestras cosas sólo á Dios y su gloria, que es nuestro último fin.

Dividese esta meditacion en tres partes: la primera trata del fin para que fué el hombre criado en este mundo, que es alabar, hacer re-

verencia y servir á Dios Nuestro Señor, y mediante esto, salvar en el otro mundo su alma. De cuánta importancia sea la eterna salvacion, fácilmente lo conocerá cualquiera que no viviere como bruto; y cuán oportuno sea alabar, reverenciar y servir á Dios en esta vida para ser santos, fácilmente lo mostrará la evidencia; pues cualquiera que se empleare en conocer y reverenciar á Dios, en obedecer todos sus divinos mandatos, y en alabarle por todas sus obras y perfecciones, no dejará de ser santo. La segunda parte trata del fin para que fueron criadas todas las demas cosas sobre la haz de la tierra, que fué, para que todas ayudasen al hombre á servir á Dios y alabarle en esta vida y conseguir despues de ella su eterna salvacion. De donde se infiere, como dice el Santo, que en tanto debemos usar de las criaturas, en cuanto nos ayudan á servir á Dios; y en tanto nos debemos apartar y huir de ellas, en cuanto nos desayuden y aparten del servir reverenciar y alabar á Dios. La tercera parte trata de la diferencia que hay entre las criaturas y el uso de ellas: porque unas y su uso son ciertamente buenas y las debemos abrazar, otras y su uso son ciertamente malas y las

debemos huir, otras son indiferentes, como la pobreza ó riqueza, salud ó enfermedades, vida larga ó corta, etc.; y de estas debemos escoger y admitir sólo las que más condujeran á nuestro último fin, y apartar de nosotros las que nos estorbaren el fin de servir á Dios y salvarnos. Altísima y profundísima es esta meditación, y que ha hecho, como arriba decíamos, á muchos, santos; y cualquiera que la considerare con un poco de luz del cielo, se determinará á emplear toda su vida sólo en lo que fuere servicio de Dios. Y así, es el principio y fundamento de toda santidad, y como tal, la pone S. Ignacio ántes de entrar en la primera Semana de los Ejercicios.

§. II.

De los exámenes y meditaciones de la primera Semana.

Comienza el Santo la primera Semana de sus Ejercicios por el examen particular. Este es un medio propio y peculiar, que inspiró Dios á N. P. S. Ignacio para mucho fruto y provecho de las almas; pues aunque en los Santos Padres y Doctores místicos se hable mucho del examen

de conciencia, hablan sólo del exámen general y sus virtudes; pero no hablan del exámen que se hace de un vicio solo para arrancarlo, ó de sola una virtud para plantarla, porque este medio lo inspiró Dios á S. Ignacio, como dice el P. Suarez arriba citado (C. VI. num. 5.); bien que lo insinúa S. Basilio en una de sus reglas, como dice el mismo P. Suarez.

Este medio importantísimo para sacar las raíces de los pecados, arrancar los vicios, vencer las pasiones y apetitos que quedan en el alma aún despues que el hombre se confiesa, y aún despues que hace una confesion general de toda su vida, y por cuya causa vuelve á reincidir en las mismas culpas que habia llorado; es el medio primero que enseña el Santo en sus Ejercicios, dando menudisimas y muy adecuadas reglas para que se haga con perfeccion, como se puede ver en el mismo libro de los Ejercicios. Y comienza por aquí, porque este exámen ha de servir desde el primer dia para la puntualidad que se ha de tener en las distribuciones, y quitar los defectos y negligencias sobre los mismos Ejercicios, como lo dice el Santo en la cuarta y última nota de esta primera Semana. Item, comienza, porque este es el instrumento principal con que

se ha de lograr el fruto de esta primera Semana, que es, no sólo limpiar el alma de las culpas cometidas, como se hace por la confesion, sino arrancar las raices y principios de esas culpas para que no se vuelvan á cometer, y así pueda el alma quedar del todo purificada, que es el intento de esta primera Semana, segun lo de S. Agustin: *Commissa plangere, et plangenda non committere.*

Despues de este exámen particular, pone el exámen general, y declara qué es pecado, y distingue lo que es pecado mortal y lo que es venial, áun en los actos internos, con tan admirable doctrina, que dice el Padre Suarez en el tratado ya citado, que en este exámen se contienen: *Multa ad moralem doctrinam de peccatis pertinentia, valde utilia et cum summa brevitare proposita, tam clare et distincte, ut magnam rei comprehensionem indicent* (C. V num. 13): que se contienen muchas doctrinas pertenecientes á la materia de *peccatis*, con grande utilidad, brevedad y admirable comprension. Y alli refiere, que admiró tanto á los hombres más doctos este exámen, que arguyeron al Santo de cómo se habia atrevido, siendo hombre sin letras, á distinguir una co-

sa tan difícil, como es el pecado mortal y venial, en los actos internos: y que el Santo respondió: *Verane sint aut falsa, quæ scripsi, vestri iudicii est: ego enim meum non interpono. Si vera sunt, probate; si falsa, rejicite.* Si son verdaderas, ó nó, las cosas que he escrito, juzgado vosotros. Si son verdaderas, aprobadlas; si son falsas, borradlas. *Nemo autem ausus est quidquam eorum improbare* (id. n. 3.): y ninguno se atrevió á improbar ni una cláusula de las que el Santo habia escrito.

Declara despues, acerca de qué cosas se ha de hacer el exámen general, expresando en el tercer punto del modo de hacer el exámen, que poco despues añade, que ha de ser acerca de los pensamientos, palabras y obras. Despues pone el modo de hacer el dicho exámen general por cinco puntos admirables, que, practicados fielmente, traerán grandes virtudes al ejercitante, y á cualquiera alma que cuotidianamente hiciere dicho exámen por los cinco puntos que pone el Santo. Y declarado todo esto, enseña á hacer la confesion general, dando las reglas para ella, y declarando las grandes utilidades que de ella se seguirán, y expresando el tiempo en que se ha de hacer, que es

al fin de la primera Semana de Ejercicios. Donde se debe notar con particularidad lo que pone en el tercer punto de esta confesion general y es, que dispone mejor para recibir la sagrada comunion; la cual comunion, añade el Santo, conduce mucho para huir los pecados, conservar la gracia de Dios, y proseguir aumentándola: *quae maxime confert, et ad fugam peccati, et ad gratiae receptae conservacionem et augmentum*; lo cual se debe advertir, para persuadir la frecuente comunion que nos mantiene en la vida espiritual.

Todo esto está con admirable orden y artificio, porque, como todo el intento de esta primera Semana es limpiar el alma de todas las culpas y manchas pasadas, y esto se consigue por medio de una buena confesion; ha de ser este el fruto principal que se ha de coger en el fin de dicha primera Semana. Y asi es necesario que el ejercitante esté bien instruido de todas las reglas y modo de hacer dicho exámen general, y reconocer el estado de su vida pasada para poderla llorar, y purificar su alma por medio de la confesion general de todas las manchas y fealdades ántes cometidas, como dice el mismo Santo en el titulo de dicho exámen general.

Instruido así el ejercitante de todas las reglas necesarias para conocer su mala vida pasada, y de los medios precisos para purificarse de ella y no volver á cometer las mismas culpas, como son el exámen particular, el general, la confesion y la comunión, pasa despues á poner tres eficacisimas meditaciones con que pueda concebir el debido horror, espanto, confusion, dolor y arrepentimiento de toda su mala vida pasada, y los ánimos y esfuerzos necesarios para el fin y el verdadero propósito de no volver á ella y mejorarse en adelante de costumbres: y como se hagan dichas meditaciones con todas las reglas que el Santo pone de los preámbulos, oracion preparatoria, y meditacion de puntos, y coloquios con que acaba; es imposible que deje de seguir el efecto que se desea, de purificar el alma; pues *Faciendi quod est in se, Deus non denegat gratiam*, Dios está pronto para socorrer con su gracia á quien por su parte hace lo que puede para alcanzarla: y es cierto que ningunas cosas puede hacer el hombre para este fin más oportunas, que practicar las reglas y medios que el Santo pone en estas tres meditaciones.

En la primera, declara la gravedad y malicia del pecado mortal, aunque sea uno tan sólo.

En la segunda da á conocer la multitud, fealdad y abominacion en que se halla un alma que ha cometido muchos. En la tercera explica las penas y castigos eternos, con que Dios castiga los pecados mortales: y es imposible, que todo esto se considere, pidiendo ántes la luz á Dios para conocerlo, y hablando con Dios al fin, pidiendo misericordia, etc.; sin que el alma llore amargamente sus culpas pasadas, y procure salir de todas ellas, y enmendar su vida en adelante, que es todo lo que se intenta en esta primera Semana.

La primera meditacion, que el Santo llama primer ejercicio de esta Semana, es considerar el primer pecado, que es el de los ángeles; el segundo, el de Adan; y el tercero, el de cada hombre particular, aunque sea un pecado solo. Enseña largamente cómo se ha de hacer la oracion preparatoria, pidiendo á Dios gracia para saber orar; la composicion de lugar, considerandose el hombre como desterrado en este mundo entre brutos animales, y el alma como encarcelada en este cuerpo corruptible; y la peticion, que será pedir á Dios vergüenza y confusion de mí mismo, viendo cuántos han sido condenados por un solo pecado mortal, y cuántas veces yo lo

merecia por mis muchos pecados. Despues enseña, cómo se han de ir aplicando las tres potencias del alma, memoria, entendimiento y voluntad, sobre los tres puntos que trae: el primero sobre el pecado de los ángeles, el segundo sobre el pecado de Adan y Eva, y el tercero sobre el pecado particular que cada uno ha cometido, y por el cual, aunque sea un pecado solo, se han condenado no pocos; ponderando cuán justamente han sido así condenados por un pecado mortal solo, por ser contra la infinita bondad de Dios, como dice en el fin del tercer punto. Y últimamente acaba con un coloquio, hablando con Cristo crucificado, y viendo lo que Dios hizo por redimirme del pecado y lo que yo debo hacer para salir de él, para agradecerle á Dios este beneficio, etc.; y es imposible que se practiquen todas estas reglas y medios que da el Santo, sin que el hombre se llene de horror y espanto del pecado, y sin que ponga todos los medios necesarios para huir de él.

El segundo ejercicio ó meditacion de esta Semana, que pone el Santo, es la consideracion de la multitud de los pecados, ó del proceso de ellos, como el Santo dice en el primer punto, en que, despues de conocida la gravedad y ma-

licia del pecado por sí mismo, ó *quasi in abstracto*, entra admirablemente el volver los ojos hácia su propia vida, y reconocer cuántos son los pecados que en ella ha cometido, y en qué estado se halla su pobre alma; porque si un pecado mortal solo causa tales efectos, como se han considerado en el primer ejercicio, ¿qué será, si son muchos y diversos los que el hombre ha cometido? Y es imposible que esto se conozca, sin que el hombre se conmueva grandemente, y advierta el malísimo estado en que se halla, y la suma necesidad que tiene de llorar lo pasado y mudar de vida.

Para esto pone el Santo los tres preámbulos, y enseña que lo que aquí se ha de pedir á Dios, es intenso dolor y abundantes lágrimas de mis pecados. Pone despues cinco admirables puntos, que bien considerados y por su órden, no pueden dejar de tener el efecto que se desea. En el primer punto da los medios de conocer los pecados que se han cometido, procurando recorrer la vida pasada, mirando de año en año lo que ha hecho, y ayudándose para la memoria de los lugares en que ha estado, las personas con quienes ha tratado, y los oficios en que se ha ocupado. En el segundo punto

pondera la fealdad y malicia, que tiene por sí mismo cada pecado. En el tercero, enseña á conocer la gravedad y malicia de dichos pecados, por la bajeza de la persona que los cometió. En el cuarto da á conocer la misma malicia, por la grandeza de Dios contra quien se cometieron. En el quinto pone los efectos de esta meditacion; porque, « vista, dice en el 4º punto, toda mi corrupcion y fealdad, y á mi mismo como una llaga ó postema de donde han salido tantos pecados y tantas maldades y ponzoña tan torpísima, » se siguen inmediatamente las admiraciones, exclamaciones y crecidos afectos de cómo las criaturas me han sufrido, cómo los ángeles y los santos me han tolerado, cómo la tierra no se ha abierto y no se han criado nuevos infiernos para castigarme en ellos; y últimamente se sigue lo que el Santo pone en los preámbulos y en el coloquio, que es pedir á Dios intenso dolor y abundantes lágrimas, pedirle misericordia y darle gracias porque me ha esperado hasta ahora, y proponer en adelante la enmienda.

Esta meditacion sola, como se haga segun las reglas todas que da el Santo, es suficiente para convertir al mayor pecador; y así no se debe

omitir, sino tener gran cuidado con que se haga y que sea segun los puntos y palabras que el Santo pone. Para ello ayuda grandemente el primer modo de orar, que pone el Santo entre los tres que señala en la cuarta Semana, y es sobre los diez mandamientos, los siete pecados capitales, las tres potencias del alma y los cinco sentidos corporales: lo cual todo si se hiciere, como el Santo lo expresa; indefectiblemente se seguirá el efecto de convertirse el pecador. Sólo advierto que en esta Semana se pone esta meditacion, para conocer y llorar los pecados pasados; y en la última se pone este modo de orar, para perfeccionarse en la guarda de los mandamientos, en la fuga de los pecados y en el uso de los sentidos, y para adquirir las virtudes contrarias á los pecados, y para imitar á Jesucristo y á su Madre santísima, en el uso de los sentidos etc.

El tercer ejercicio es repeticion de este segundo, con nuevos coloquios á María, Señora nuestra, y á su Hijo santísimo y al Eterno Padre, para mejor conseguir el conocimiento interno de mis pecados, el aborrecimiento de mis malas operaciones y desengaños del mundo y de todas sus vanidades y maldades, para

huir de ellas. Todo lo cual expresa el Santo en el primer coloquio á nuestra Señora. Y aquí se debe advertir el gran cuidado que pone el Santo en recurrir con nuestras súplicas á María, Señora nuestra, así en esta meditacion, como en otras muchas de las que pone en sus Ejercicios, donde se puede ver y reconocer la devocion que el Santo tenia con María, Señora nuestra, y cómo nos enseña á todos á recurrir á su patrocinio, así para salir de nuestra mala vida, como para continuar en la vida santa y para llegar á la perfeccion del amor de Dios, etc., como todo se puede advertir en el discurso de dichos Ejercicios.

El cuarto ejercicio de esta Semana es nueva repeticion de este mismo tercero ejercicio, discurrendo asiduamente por las cosas contempladas en los dos ejercicios pasados, y haciendo los mismos coloquios.

De lo cual todo se conoce cuán importante es este ejercicio de la multitud ó proceso de los pecados, pues tantas veces lo pone el Santo, añadiendo nuevos coloquios y razonamientos con Dios y con la Virgen Santisima, tan llenos de tantos motivos eficacisimos. Y es la razon, porque de este ejercicio depende todo el fruto de la

primera Semana, que consiste en llorar la vida pasada, y salir de los vicios y culpas cometidas. Porque, ó el hombre conoce toda su mala vida pasada, ó no la conoce. Si no la conoce, no la podrá mudar; y esta es la causa, porque los hombres se mantienen en sus pecados, porque no los conocen: *Ad nihilum redactus sum, et nescivi* (Ps. 72. v. 22). *Comprehenderunt me iniquitates meae, et non potui, ut viderem* (Ps. 39. v. 13).

Si la conoce, es imposible que deje de llenarse de congoja y amargura: *Recogitabo tibi omnes annos meos in amaritudine animae meae.* (Isai. 38. v. 15); imposible que deje de aborrecerla y aborrecerse á sí mismo por ella: *Taedet animam meam vitae meae; dimittam adversum me eloquium meum* (Job. 10); es imposible que deje de volverse á Dios y pedirle misericordia: *Dicam Deo: noli me condemnare* (Ibid.); es imposible que deje de convertirse á mejor vida: *Cogitavi vias meas et converti pedes meos in testimonia tua* (Ps. 118. v. 59). Y como en esta meditacion es donde se conoce la vida pasada y la fealdad de ella y de todas las culpas cometidas, mediante los puntos, repeticiones, coloquios y súplicas á Dios que pone el Santo y

de que instruye al ejercitante; es imposible que si estos se hacen con toda la exaccion que pone el Santo, deje el ejercitante de ver su vida pasada, llorarla y salir de ella mediante la confesion, que es el intento de esta primera Semana.

El quinto ejercicio que pone S. Ignacio en esta primera Semana, es el del Infierno. Porque conocidas las muchas y gravisimas culpas cometidas, y hasta ahora ignoradas, se conoce tambien la multitud de penas que tenia el hombre merecidas. Y como estas penas son de Infierno y eternas, le dan á conocer el infelicisimo estado en que ha vivido; y haciendo cotejo de los muchos que se han condenado por menos culpas que él, se sigue el temor de las penas para salir de las culpas, y para no volver á ellas, y el hacimiento de gracias á Dios, porque no le ha quitado la vida, y el asombro de la piedad y misericordia de Dios, que hasta ahora le ha esperado. Todo lo cual pone el Santo en varias partes de esta meditacion. Y este conocimiento de la bondad de Dios, que tanto tiempo ha esperado, es la primera semilla, que se echa en el alma para pasar á la segunda Semana, y desear servir y amar á tan piadoso y

benéfico Dios. No pone el Santo otras meditaciones de la muerte, juicio, etc.; aunque da opcion para que el director ó maestro de espíritu, pueda añadirlas, si así convinieren, para más mover al ejercitante á lágrimas, dolor y compuncion de su mala vida pasada.

De todo lo dicho hasta aquí se reconoce el maravilloso artificio y admirable método, con que procede el Santo en este arte de santidad: porque conocido el altísimo fin para que fuimos criados; y conocida la gravedad y malicia suma del pecado mortal, aunque sea uno solo; vista despues la multitud y fealdad de tantas culpas cometidas por espacio de toda la vida; y consideradas las penas eternas que en el Infierno corresponden á todas y á cada una de las culpas mortales, es imposible moralmente, que el hombre que las hubiere considerado despacio, y hubiere pedido á Dios luz para conocerlas, y hecho los demas coloquios que pone el Santo, no llore amargamente la vida pasada, y procure salir de ella, mediante la confesion y demas medios que da el Santo, y que no proponga en adelante enmendarla, y caminar por nuevas sendas, que es todo lo que se intenta.

§. III

De las diez adiciones y cuatro notas últimas que pone el Santo al fin de la primera Semana.

O el ejercitante cumple exactamente con las distribuciones y ejercicios señalados por San Ignacio, haciendo las meditaciones á sus horas con todos los preámbulos, peticiones, coloquios y circunstancias, que el Santo pone en este su arte, ó no los hace de este modo. Si no las hace así, quéjese de sí mismo, si no halla el fruto que en estos ejercicios se desea. Porque si no cumple con todo lo que el Santo ordena; ó no hace ejercicios, ó no hace los de S. Ignacio, que son los que tienen la eficacia. Si las hace exactamente, no dejará de coger el fruto, que se desea. Pero pudiera suceder el que se hallase sin jugo de devocion, sin luz en el entendimiento, y con sequedad y desolacion en la voluntad. Para prevenir esto, y para que mejor se hagan los Ejercicios, añade el Santo, al fin de esta primera Semana, otras diez adiciones y cuatro notas importantísimas, para que mejor se tengan las horas de oracion, y más fácilmente se consiga de Nuestro Señor la luz que se desea. Y co-

mo Dios no niega su gracia á quien hace lo que está de su parte; no dejará de darla á quien observare puntualmente todas las instrucciones, que da el Santo en dichas adiciones, y se pueden ver en el libro de los Ejercicios.

En la décima adición enseña el Santo las penitencias que se han de hacer en tiempo de los ejercicios, no solamente las internas, que son el dolor de los pecados: sino tambien las exteriores, que son el fruto de las internas: porque si el dolor es verdadero é intenso, luégo prorumpen en las penitencias y mortificaciones, con que satisface á Dios, y con que sujeta su carne y sus sentidos, que fueron la causa de sus pecados, para que no le precipiten en nuevas culpas. Declara los tres modos que hay de penitencias corporales, y los tres fines porque se deben hacer, que son: por satisfacer á Dios, por vencerse el hombre á si mismo, sujetando su carne á la razon, y por alcanzar de Dios algun don particular, como grande contricion de los pecados, abundancia de lágrimas con que llorarlos, imitacion y compasion de Jesucristo en su pasion, ó la solucion de alguna duda que nos trae perplejos y afligidos. Item, enseña que si con todo esto no se consiguen las luces

del cielo, que deseamos, se debe mudar y variar las penitencias exteriores, que se hicieren; porque á unos conviene hacer más penitencia, y á otros ménos, etc.. Y en estas mutaciones y variedad de penitencias, suele Dios dar á conocer lo que nos conviene. Y últimamente dice que todo esto se sujete al director ó padre de espíritu, para que ni se exceda, ni se disminuya de lo que conviene, engañándonos el amor propio. Son admirables y clarísimas estas reglas que da el Santo, y quien no se atare á ellas, no se queje, si quedare á oscuras en medio de tanta luz; ni culpe las reglas indefectibles de este arte, si por no observarlas, se queda ignorante de esta altísima ciencia de los Santos.

Donde se debe notar la admirable sabiduría de S. Ignacio en los motivos que pone para la penitencia exterior; porque el segundo motivo que expresa en la primera de dichas cuatro notas, dice que se ha de hacer dicha penitencia para que el hombre se venza á sí mismo. Y por aquí se conocerá cuán necesaria es dicha penitencia en el tiempo de los Ejercicios; pues en el título primero de la primera Semana dice que son: *Exercitia quaedam spiritualia, per quae homo dirigitur, ut vincere se ipsum possit....*

Que estos Ejercicios se ordenan á que el hombre tenga reglas, con que vencerse á sí mismo. Y como el medio ó instrumento, con que se ha de vencer á sí mismo, es la penitencia, segun lo que pone en esta primera nota, en que trata de la penitencia, y tambien en la cuarta regla de las que pone al fin de la tercera Semana, para la templanza en el comer etc.; se reconoce cuán necesaria sea la penitencia, no sólo para satisfacer á Dios por los pecados pasados, como pone el Santo en el primer motivo, sino tambien, para vencerse el hombre en adelante, y no volver á los pecados.

Lo cual expresa más el Santo en las palabras que añade en dicha nota: «Para que la sensualidad obedezca á la razon, y todas las partes inferiores esten más sujetas á las superiores». Todo el daño de nuestros pecados nos proviene de la rebelion de la carne y sus apetitos; y mientras estos no se vencen con la penitencia, fácilmente se vuelve á caer en los mismos: y de aquí proviene, el que confesándose tantas veces los hombres, y diciendo que les pesa y se duelen de sus pecados, no obstante, á poco tiempo, vuelven á los mismos pecados. Y es el caso, que aunque el dolor sea verdadero, y la confesion

buena; como la carne y sus apetitos se quedan sin freno, ni sujecion á la razon, fácilmente la vuelven á precipitar en nuevas culpas. Y así, para no volver al vómito, como dice S. Pedro, y á las culpas ya confesadas y lloradas, pone el Santo el remedio, que es el de la penitencia, y no poca penitencia; aunque, porque no pase á indiscreta, ha de ser sujeta al confesor ó director. Este es el remedio, que usaron todos los santos, para perseverar en gracia y amistad de Dios, y no volver á las culpas una vez confesadas y lloradas, y esto es lo que enseña el apostol S. Pablo, que la penitencia es la que da firmeza y estabilidad al alma, para que se mantenga en la gracia de Dios: *Quae enim secundum Deum tristitia est, poenitentiam in salutem stabilem operatur* (Cor. 2. c. 7. v. 10). Donde se debe notar aquel *stabilem*, que Hugo cardenal interpreta: *in salutem aeternam* (Hugo, *ibid.*). Pues la experiencia enseña que todos los que, despues de confesados, hacen la penitencia suficiente para sujetar la carne y sus apetitos, perseveran en la gracia y amistad de Dios. Y esto es lo que enseña con alta sabiduria S. Ignacio en estas sus brevisimas palabras, arriba expresadas. Últimamente en la nota cuarta y última de

la primera Semana dice el Santo, que el exámen particular se ha de traer para quitar los defectos y negligencias sobre estos Ejercicios y adiciones; de donde se conoce, con cuánta razon y artificio comenzó el Santo esta primera Semana, enseñando el modo de hacer el exámen particular, como arriba dijimos.

Pero para que mejor se conozca todo el artificio y armonia de esta primera Semana, lo referiremos aqui en compendio por modo de diálogo, como lo hicimos arriba en las Anotaciones, para mejor dar á conocer este arte, que es nuestro intento.

§. IV.

Pónese la misma doctrina por modo de diálogo, para mayor claridad.

Pregunto. Qué es lo primero que debe hacer el hombre, que de veras quiere volverse á Dios y conseguir su eterna salvacion?

Respondo. Lo primero, que debe hacer, es purificar su alma de todas las manchas que la afean, y quitar de si todas las causas y ocasiones que la apartan de Dios y la llevan al infierno:
Declina a malo.

P. Qué manchas y qué causas son estas que ha de quitar de sí?

R. Las culpas mortales; y las veniales, en cuanto pueda; los vicios y malas costumbres contraídas por los pecados; las pasiones y apetitos desenfrenados; la ignorancia y oscuridad que tiene el entendimiento para conocer su mal estado, y lo que pierde, si no lo enmienda.

P. Y con qué medios quitará todo esto?

R. Con unos generales y otros particulares.

P. Cuáles son los generales?

R. Apartarse por algunos dias del bullicio del mundo y multitud de negocios temporales, y tratar seriamente del negocio de todos los siglos, que es su propia y eterna salvacion.

P. Y qué se ha de hacer en este retiro?

R. Observar puntualmente todos los ejercicios y reglas que señala S. Ignacio para conseguir este fin.

P. Cuáles son estos?

R. Abstraccion de los amigos, parientes y todos los que nos pueden impedir el trato con Dios; silencio, leccion espiritual, meditacion y consideracion de las verdades eternas; súplicas á Dios, á Jesucristo, Nuestro Redentor, y á su Sma. Madre, Nuestra Señora, para que

nos concedan luz, y otorguen las peticiones y gracias particulares, que les rogamos.

P. Y cuáles son los medios particulares?

R. Conforme al particular desorden que se quisiere quitar.

P. Cómo se quitarán los pecados, mortales ó veniales, ya cometidos en la vida pasada?

R. Con un exámen exacto de la conciencia, recorriendo con la diligencia posible todos los pensamientos, palabras y obras, segun los lugares en que hemos vivido, personas con quienes hemos tratado, y ocupaciones ó negocios en que nos hemos empleado.

P. Y con qué más?

R. Con una confesion general de todas las culpas conocidas, que sea humilde, llena de confusion y dolor, y con firme resolucion de no volver á cometer aquellas culpas: y despues de ésta confesion en que se lava y purifica el alma de todas las culpas pasadas; con recibir la Sagrada comunión, para fortalecerse contra todos sus enemigos con éste pan del cielo.

P. Y cómo conseguiremos que esta confesion sea llena de dolor y confusion?

R. Procurando conocer la gravedad, malicia y multitud de esos pecados y abominaciones eje-

cutadas en la vida pasada, y los castigos imponderables y eternos que por ellas nos esperan; y conocer tambien la majestad y grandeza de Dios, á quien con esas culpas hemos ofendido.

P. Cómo conoceremos la gravedad y malicia del pecado, para dolernos de él?

R. Actuando con diligencia la primera meditacion ó ejercicio, que pone S. Ignacio en la primera Semana de su librito. Digo actuando, porque se deben hacer con diligencia los preámbulos, que en ella pone, y las adiciones que añade al fin de dicha Semana, discurriendo sobre los puntos que el dicho ejercicio trae, y ejecutando con fervor el último coloquio, que se ha de hacer con Cristo crucificado, con las circunstancias que el Santo lo pone.

P. Y cómo conseguiremos intenso dolor, abundantes lágrimas y crecida confusion de nuestras culpas, para que la confesion sea humilde y muy provechosa?

R. Actuando con gran cuidado la segunda meditacion del proceso y multitud de los pecados, que el Santo pone en dicha Semana, discurriendo sobre los cinco puntos que en ella pone, y ejecutando los preámbulos y coloquios que en ella enseña, y haciendo las dos repe-

ticiones, que pone por tercero y cuarto ejercicio de esta meditacion, y los admirables tres coloquios, que pone, á Nuestra Señora, á su Santísimo Hijo y al Eterno Padre; pues es imposible que todo lo que enseña el Santo en esta meditacion y sus dos repeticiones, se ejecute exactamente, sin que se consiga gran confusion y conocimiento de toda la vida pasada, para lloverla amargamente y enmendarla.

P. Y cómo alcanzaremos gran temor de volver á estas mismas culpas, y firme propósito de poner todos los medios posibles para no volver á ellas?

R. Procurando con sollicitud meditar las penas del Infierno, que pone el Santo en el quinto ejercicio, demandando, como dice el Santo en el segundio prelude, interno sentimiento de las penas de los condenados, para que si nos olvidáremos, por nuestras culpas, del amor que debemos á Dios; á lo ménos, el temor de caer en las penas del Infierno nos ayude para no volver á los pecados: meditando los cinco puntos que en esta meditacion señala, y haciendo el último coloquio que allí pone, y con las admirables circunstancias que lo enseña: item, meditando los demas novisimos de muerte, jui-

cio particular, y universal, que dice el Santo se podrán añadir, para más fijar el amor de Dios y propósito de no volver á las culpas, aunque el mismo Santo no pone con extension dichas meditaciones, porque en la meditacion del Infierno, que pone extensa, se contienen todas.

P. Y cómo conocerémos á Dios, á quien hemos ofendido?

R. Haciendo con solicitud lo que el Santo dice en el tercero y cuarto punto del segundo ejercicio del proceso y multitud de los pecados, esto es, mirando nuestra bajeza por comparacion con todas las criaturas, para sacar de aquí la grandeza de Dios, á quien hemos ofendido; y comparando el sér infinito de Dios y sus perfectisimos atributos, con lo que en mí hay contrario á ellos, como su Sabiduria á mi ignorancia, su Bondad á mi malicia, etc. Si todo esto se ejercita con diligencia, no es posible deje de conseguirse gran dolor, gran confusion y grande arrepentimiento de toda la vida pasada, para que por medio de una buena confesion general se pueda purificar el alma de todas las manchas y fealdades contraidas.

P. Y cómo quitaremos los vicios y malas costumbres adquiridas con los pecados pasados,

y arraigados con su mucha repetición, pues aunque los pecados todos se quiten por la confesión, no se quitan por ésta los malos hábitos, que nos tiran de nuevo á las culpas?

R. Estos se quitan primeramente con el exámen particular, medio sumamente oportuno para este intento, y que le dió Dios á S. Ignacio, para que nada faltase á las reglas de este arte de santidad: pues peleando con cada vicio en particular, sin duda alguna se irán venciendo todos. Item, se quitan los vicios ó malos hábitos con dicho exámen, por la conexión y liga que tienen unos con otros: pues así como de unos se pasa fácilmente á los otros; así, vencido del todo uno, se disminuyen grandemente los otros, principalmente si es cabeza y raíz de ellos; como vencido Lucifer, fueron vencidos todos los ángeles apóstatas, y vencido Goliath, que era el mayor de los Filisteos, se venció todo su ejército. Item, se quitan todos los dichos malos hábitos por los actos contrarios, que se ejercitan en dicho exámen particular y en las demás meditaciones, discursos y coloquios con Dios, que se hacen en todo el discurso de estos Ejercicios.

P. Y las penas merecidas por todas las culpas

pasadas, con qué se quitarán, para que quede del todo purificada el alma?

R. Lo primero, con las penitencias, que deben ser grandes y rigurosas, segun lo que el Santo enseña en el fin de esta Semana; aunque para que no pasen á indiscretas, han de ser dirigidas todas por dictámen del confesor ó director de los Ejercicios: lo segundo, se quitan por la misma molestia que traen á la sensualidad todos estos ejercicios santos, que todos son contrarios á nuestras inclinaciones; y asi, son satisfactorios y meritorios delante de Dios, como dice el mismo Santo en la Anotacion veinte de las que están ántes de la primera Semana: item, se quitan con la indulgencia plenaria que está concedida por Alejandro VII. á los que hacen estos Ejercicios, y que cayendo sobre tantas y tan buenas disposiciones de contricion, confusion y llanto de los pecados, etc., ha de ser más general en su efecto.

P. Y la oscuridad ó ceguedad del entendimiento, que comenzó por la ignorancia de las culpas, y se aumentó con las mismas tinieblas de los pecados con qué se quitarán?

R. Con las meditaciones y consideraciones dilatadas que se hacen en estos dias. Pues si to-

do pecador es ignorante, como dice Santo Tomas: *Omnis peccans est ignorans*, y por eso comete las culpas, porque ni conoce su malicia, ni las penas á que se sujeta por ellas, ni la grandeza y majestad á quien ofende; es preciso, que actuándose en todo lo contrario, esto es, en conocer la malicia y gravedad del pecado, la fealdad y multitud de las culpas, y la grandeza de Dios que es el ofendido, quede el entendimiento muy ilustrado y muy purificado de todas sus ignorancias y ceguedades; pues, si *initium salutis est notitia peccati*, como se dice con fundamento; aumentada esta noticia con la repetida consideracion, y lo que es más, con las súplicas y peticiones á Dios; es preciso que se purifique el entendimiento, en gran manera, de todas sus ignorancias, errores y ceguedades.

Por todo lo dicho se conocerá facilmente el artificio, órden y disposicion admirable que se encierra en esta primera Semana de los Ejercicios de S. Ignacio, para conseguir su fin, que es purificar el alma de todo lo malo que en la vida pasada ha contraido: *Declina a malo*. Este artificio es el que algunos no comprenden, y el que aqui hemos intentado dar á conocer.

CAPÍTULO IX.

De la admirable armonía y artificio de la segunda Semana de estos Ejercicios.

El fin para que Dios crió al hombre, no es sólo para que no le ofenda ni le injurie, sino para que le conozca, le sirva, le alabe y le ame, y mediante esto, le vea despues y le goce eternamente en el Cielo. De aquí es, que para cumplir con este fin, no basta sólo haber salido de la mala vida pasada y de las culpas ántes comitadas, por medio de una buena confesion y penitencia; sino que es necesario pasar despues á emplear la vida en ejercicios buenos y santos, con que servir y agradar á Dios. No es este fin sólo para no cometer lo que Dios prohíbe, sino para hacer positivamente todo lo que nos manda. David dice que algunos reciben en vano sus almas: *Qui non accepit in vano animam suam;* y estos son los que quieren emplear su vida sólo en sus gustos y utilidades, aunque de aquí se sigan muchas ofensas á Dios: otros que quisieran no ofender á Dios, pero quisieran juntamente vivir á gusto de todos sus apetitos, sin ejercitarse en obras virtuosas y del agrado de

Dios; y con esto es difficilísimo conservar la gracia de Dios. De donde nace que se confiesan de las culpas cometidas, pero en breve vuelven de nuevo á cometerlas, porque sin virtudes no puede ser constante la gracia, como arriba decia S. Pablo: *Tristitia secundum Deum operatur penitentiam in salutem stabilem* (Cor. 2. c. 7. v. 10), y como decia S. Buenaventura, á quien arriba citamos: *Ut in virtute perseveres, habe exercitia spiritualia, quia, nisi sint, non poteris in virtute perseverare*. Y de aqui es que se condenan tantas almas, aun de los que se confiesan, porque no haciendo despues buenas obras, fácilmente vuelven á los pecados: *Omnis arbor, quae non fecit bonum, excidetur et in ignem mittetur*, dice Jesucristo. De no hacer frutos buenos, se sigue el hacerlos malos, y por consiguiente la eterna condenacion: *Excidetur et in ignem mittetur*.

Por esto, pues, el gran director de las almas San Ignacio de Loyola, despues de haber dado al pecador todas las reglas necesarias para salir de toda su mala vida pasada, en la primera Semana de sus Ejercicios; pasa con admirable artificio, en la segunda Semana, á darle todas las reglas necesarias, para que se encamine por el

ejercicio de las virtudes hasta la última perfeccion de ellas, enseñándole los modos y medios con que pueda ir las alcanzando todas, desde sus primeros fundamentos hasta la última perfeccion como irémos deciarando.

Contiene esta Semana todas las reglas necesarias para comenzar, proseguir y perfeccionar todas las virtudes, empleando toda la nueva vida sólo en servicio de Dios, y bien eterno no sólo de su ánima propia, sino tambien de las de los prójimos. Dividirémosla en tres partes: la primera, en que enseña el Santo el modo de comenzar el ejercicio de las virtudes y subir hasta la perfeccion de ellas, cada uno en su estado; la segunda, en que declara cuál de los estados es el mejor, y en qué se puede hallar más gloria de Dios y bien de las almas: pero como, aunque unos estados sean mejores que otros, no todos son igualmente convenientes para cada uno, sino esto es respectivo, y unos estados convienen á unos, y otros estados á otros; para que no se yerre en materia de tanta importancia, y de que de ordinario depende la eterna salvacion; entra la tercera parte de esta Semana, en que el Santo da las reglas necesarias para acertar en la eleccion del estado más conveniente para cada uno,

y así, más perfecto y proporcionado para el fin de emplear la vida en servicio de Dios. Y porque el ejercitante puede ya tener elegido estado, para que nada falte á este arte, da también el Santo las reglas de como podrá mejorarse en su estado ya elegido, y ordenarse en él, de modo que la vida se emplee en servicio de Dios, que es el fin para que fuimos criados.

§. I.

De la primera parte de esta segunda Semana, que contiene las reglas necesarias para que el ejercitante se anime al ejercicio de las virtudes, y pueda llegar á la perfección de ellas, según su estado.

El que ha perdido un camino, luego que lo conoce, lo siente y lo llora; y arrepentido de su engaño procura luego desandar todo lo que ha andado, y volver al camino seguro, por donde pueda llegar á su destino. Y con el temor de volverlo á perder, busca quien le guie y encamine con seguridad hasta su último término. Esto mismo pasa en lo espiritual. Crió Dios al hombre para el altísimo fin de su eterna bienaventuranza; pero él, engañado de su ignorancia

y de su amor propio, á quien acompañan los tres capitales enemigos, el mundo con sus apariencias, el demonio con sus fraudes, y la carne con sus halagos, se descamina de la senda derecha y corre por los precipicios de su eterna condenacion, y lo que peor es, juzgando que llegará al cielo, cuando á toda prisa corre al Infierno: *Est via, quae videtur homini bona, novissima autem ejus deducunt ad mortem*, que dice el Espiritu Santo (Prov. 14. v. 12.).

Si acaso abre los ojos con las voces que Dios le da, ó conoce su yerro con la consideracion en la primera Semana de los Ejercicios; lo siente, lo llora y procura desandar lo andado, con los medios y modos que hemos visto en lo que queda explicado de la primera Semana. Vuélvese al camino del cielo, y temeroso de ser de nuevo engañado, busca luego quien le guie y conduzca por senda derecha y segura á su eterna bienaventuranza. Aquí entra N. P. S. Ignacio de Loyola con el arte de sus Ejercicios, y le muestra la senda segura del cielo, y le pone delante de los ojos una guia segura é indefectible que le conduzca, no sólo hasta la gloria, sino hasta el más alto trono de la gloria. Éste es Jesucristo, que es el único camino, el

único conductor y el único verdadero amigo que guía al hombre al término ya dicho: *Ego sum via, veritas et vita. Qui sequitur me non ambulat in tenebris* (Joann. XIV, v. 16 et VIII v. 12.)

Para esto comienza el Santo la segunda Semana de su arte, animando al ejercitante á que siga á Jesucristo que es el fin propio de esta segunda Semana. Y para esto le pone delante la comparacion de un rey temporal, lleno de prendas y dotes del cielo, que llama y convida á todos sus súbditos, para que le sigan en una conquista que emprende, y les es á ellos mismos de suma importancia. Pone los puntos necesarios para que se conciba lo que sucederia en tal llamamiento hecho por un rey, y tal rey, en la tierra. Y de aqui pasa á la ventajosisima comparacion del rey celestial que es Jesucristo, que no sólo tiene prendas dadas de Dios, sino tiene en si la misma divinidad: y pone todos los puntos necesarios para que se anime el ejercitante á seguir á este gran rey é imitarle en toda su santisima vida.

En lo cual se deben advertir tres cosas: la primera, los medios que pone el Santo para que se consiga este fin de seguir á Cristo; el prime-

ro, de pedir gracia á nuestro Señor, para que no seamos sordos á su llamamiento, sino pres-
tos y diligentes; el segundo, la comparacion del
rey temporal, que tanta fuerza hace en los
hombres del mundo; el tercero, mandar que
lean los evangelios, las vidas de los santos que
tanto siguieron á Cristo, y el libro de *Imitatio-
ne Christi*. Lo cual todo anima grandemente á
seguir el llamamiento de este divino rey. La
segunda cosa que se debe notar, son las tres
clases de hombres que expresa el Santo, así en
el llamamiento del rey temporal, como en el
del rey divino. Unos, que no le quieren seguir,
y cuán dignos son de ser vituperados por todo
el mundo. Otros, que le quieren seguir porque
son hombres de razon y juicio, y se ofrecen
del todo al trabajo. Otros que se aventajan mu-
cho más, queriendo seguir á Cristo con toda
perfeccion, esmerándose en hacer «oblaciones
de mayor estima y mayor momento» diciendo
que quieren seguirle en todas injurias, vitupera-
ciones y pobreza actual y espiritual, etc. La ter-
cera cosa que se debe notar es, que esta medi-
tacion de la conquista del reino de Cristo no es
meditacion de la segunda Semana, sino sólo el
preámbulo ó introduccion para ella; porque só-

lo enseña quién es el que nos ha de guiar que es Jesucristo, cuya vida y virtudes debemos imitar para caminar seguros al cielo. Y después comienza á proponernos la misma vida de Jesucristo, comenzando desde su Santísima Encarnacion (que es la que llama primera meditacion de la segunda Semana), en que se van declarando las virtudes y ejercicios en que nos hemos de emplear, para continuar siguiendo sus pasos hasta conseguir nuestra eterna salvacion.

Comienza, pues, con la meditacion primera de la Encarnacion del Hijo de Dios, en la cual pone largamente los tres preludios, tres puntos y un coloquio, y da á conocer las virtudes que hemos de imitar, y el modo que hemos de observar en todas las meditaciones de esta Semana. Aquí insinuaré sólo algunas de las cosas que podemos advertir de lo que el Santo expresa, para que sigamos el mismo método en las demas, sin dilatarnos mucho en cada una.

Primeramente, en el tercer preámbulo dice el Santo que se ha de «demandar conocimiento interno del Señor que por mi se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga». Y ¿quién habrá, que conozca vivamente quién es este Se-

ñor Dios y Hombre, que no le ame ardientemente y le siga con gran fervor? Lo segundo, muestra la infinita caridad de Dios, con que quiso remediar á los hombres, haciéndose hombre. Lo tercio, manifiesta la suma ceguedad de los hombres, que sólo estaban empleados en herir matar, jurar, blasfemar, etc. para morir y bajar á los infiernos. Lo cuarto, muestra la suma distancia del solio real ó trono de la divina Magestad, cotejada con la redondez de la tierra en que viven las gentes. Lo quinto, indica los auxilios y avisos que Dios envia á los hombres, significados en la embajada que envió con el ángel S. Gabriel á nuestra Señora. Lo sexto, muestra la prontitud y obediencia con que se deben oír estas voces divinas, como oyó María, Señora nuestra, las que de parte de Dios le dijo S. Gabriel. Lo séptimo, muestra los empleos en que debe ocuparse el hombre, si quiere oír las voces de Dios, que son el retiro, la leccion, oracion y soledad, que eran los que tenia Nuestra Señora en su casa y aposento de Nazaret, cuando entró á saludarla el Ángel. Lo octavo, enseña la humillacion y hacimiento de gracias que tuvo Maria Señora nuestra, como pone el Santo en el tercer punto. Y últimamente, dice que se ha de ha-

blar con las tres Divinas Personas, ó con el Verbo Eterno Encarnado, ó con María Señora nuestra, pidiéndole entre otras cosas, segun los sentimientos que tuviere el ejercitante, gracia para más seguir é imitar á Nuestro Señor así nuevamente Encarnado, como pone el Santo en el último coloquio.

Véase, pues, aquí cuántas virtudes son las que expresa S. Ignacio en esta primera meditacion de la Encarnacion, y cuántos medios da para que se imite en ellas á Jesucristo, y cómo pone delante la grandeza y caridad de Dios, la pequeñez de la tierra, la malicia y ceguedad suma de los hombres, la devocion, retiro, humildad y gratitud de María, Señora nuestra, los avisos y luces que da Dios por medio de sus ángeles, y el aprecio que se hace en el cielo de los pobrecitos, que viven retirados, humildes y devotos. Y últimamente manda pedir con encarecimiento á Dios, al Verbo Encarnado y á María Señora nuestra, la perfecta imitacion de Jesucristo. ¿Quién habrá, pues, que ponga todos estos medios, principalmente despues de purificado de sus culpas y ceguedades, como se ha hecho en la primera Semana, que no se anime á emprender estas virtudes y ejercitarse en todas ellas

para perseverar en la gracia de Dios?

Aquí nota dos cosas: La primera, que aunque una de las virtudes es la penitencia, ésta ya se supone enseñada desde la primera Semana; y fuera de esto, enseña el Santo más abajo en la nota cuarta de esta segunda Semana, que se debe continuar dicha penitencia, aunque con alguna moderacion. La segunda cosa que noto, es el estilo que usa el Santo en esta segunda Semana, de reflectir sobre cada punto sobre sí mismo para sacar provecho de lo que se medita, como se puede ver en el primero, segundo y tercer punto de esta meditacion y de las siguientes. Sobre lo cual advierto que hay dos modos de sacar fruto y provecho de lo que se medita. El primero por emanacion, el segundo por reflexion. Pues así como de un árbol se pueden coger los frutos de dos maneras, una porque ellos mismos se caen del árbol, otra porque de industria y con instrumentos se cogen y se tiran; así tambien de la oracion, unas veces se cae el fruto por sí mismo, cuando de la verdad conocida con el entendimiento queda la voluntad resuelta á hacer la obra virtuosa, lo cual llama Santa Teresa regarse las flores con lluvia del cielo, que sin trabajo nuestro

fecunda el alma: otras se coge el fruto con la industria y reflexion, procurando conocer en los puntos meditados aquello que podemos imitar en ellos; lo cual llama Santa Teresa regar las flores con agua conducida por propia industria, ó sacada del pozo con gran trabajo. Y por eso San Ignacio en la primera Semana no usa de estas reflexiones; pero en la segunda, en cada punto dice que se ha de reflectir sobre sí mismo para sacar algun provecho.

Despues de esta primera meditacion, pone el Santo la segunda del Nacimiento, en que despues de los preludios, pone tres puntos, y dice que el coloquio sea el mismo que en la meditacion antecedente. Toda esta meditacion está llena de piedad, ternura y devocion, y contiene el cúmulo de virtudes que puede imitar el ejercitante, principalmente la pobreza, humildad, mortificacion, obediencia, etc.: la pobreza, en la que tuvieron S. José y la Virgen en el portal: la obediencia, en la que tuvieron al mandato de un emperador gentil: la mortificacion, en las molestias toleradas en el camino de Nazaret á Belen: la humildad, en el abatimiento del pesebre y en las palabras con que el ejercitante se ha de reconocer á sí

mismo, segun las que pone el Santo, que son estas: «Haciéndome yo un pobrecito y esclavito indigno, mirándolos á Jesus, Maria y José, contemplándolos y sirviéndolos en sus necesidades, como si presente me hallase, con todo acatamiento y reverencia posible.» El coloquio, así en esta como en la meditacion antecedente, es hablando con aquellas tres Soberanas Personas, pidiendo gracia para más seguir é imitar á Nuestro Señor, así nuevamente nacido. ¿Quién contemplará todo esto en esta forma, que no quede muy enriquecido de todas las virtudes, que son las que se buscan en esta segunda Semana?

Por tercera contemplacion pone el Santo la repeticion de la primera y segunda meditacion: por cuarta, otra nueva repeticion: y por quinta, el traer los sentidos sobre ambas contemplaciones de la Encarnacion y del Nacimiento. Este traer de los sentidos enseña en varias partes el Santo, y es como una contemplacion incoada, en que, con gran sosiego del alma, va aplicando los sentidos para ver y oír las personas y palabras que intervienen en la materia contemplada, y oler y gustar la infinita suavidad y dulzura de dichas personas y de sus virtudes, y tocar como

abrazando y besando los lugares donde las tales personas pisan ó estan, etc. Lo cual todo si se contempla en la forma que el Santo lo enseña en este su arte; fácilmente se conocerá la multitud de virtudes que aquí se reconocen, se desean y se adquieren con tales ejemplos puestos á la vista: y cuánto conducen al provecho del ejercitante, para lograr el fin de esta segunda Semana.

Estas dos meditaciones las pone el Santo extensas, porque han de ser la norma y el método que ha de observar el ejercitante en las meditaciones siguientes, que pone el Santo muy breves. Añade, despues de dichas dos meditaciones, cinco notas, que contienen las reglas necesarias para que se hagan con más provecho dichas meditaciones; y que se deben leer y practicar exactamente, para que se consiga el fin de esta segunda Semana; así como al fin de la primera Semana pone diez adiciones y cuatro notas, que son las reglas, que conducen para que sea copioso el fruto que se intenta en dicha primera Semana. Pasa despues el Santo á poner las meditaciones del segundo y tercer dia, para los cuales señala la presentacion del Niño Dios en el templo, y, segun pone en la primera nota de las que tiene más abajo, la Circuncision, Adoracion

de los Reyes, y Huida á Egipto, como en desierto etc. en que se contienen muchas y heróicas virtudes, como la obediencia, en la Presentacion en el templo; la pureza y castidad, en la sangre de la Circuncision; la prudencia, en la Huida á Egipto; la tolerancia de los trabajos y conformidad con la voluntad de Dios, en sus disposiciones, etc. Y como cada paso de Cristo es un ejemplar de todas las virtudes, son muchas las que en cada uno aprende el ejercitante que va meditando la vida de Cristo, en la forma que el Santo pone.

El tercer dia pone la meditacion de la obediencia que el Niño Jesus tenia á sus padres en Nazaret, y la detencion en el templo, por hacer la voluntad de su Eterno Padre. Y aquí pára S. Ignacio estas meditaciones, porque entra á dar en su arte otras nuevas reglas, para que el ejercitante suba á más alta perfeccion y pase á la eleccion de estado, como luégo diremos. La razon que tiene el Santo para parar en esta meditacion de la obediencia de Cristo á sus padres, y de la detencion en el templo, es porque hasta aquí se comprende toda la vida privada y personal de la santidad, en que el hombre llega á la perfeccion; ahora sea la perfec-

cion cristiana en la obediencia á todos sus divinos mandatos, como la que Cristo tuvo á sus padres; ahora sea la perfeccion evangélica, contenida en aquel haber dejado Cristo hasta sus padres, por quedarse en el templo á entender sólo en lo que era voluntad y servicio de su Eterno Padre, como ya diremos.

§. II.

Segunda parte de esta segunda Semana, que contiene las reglas necesarias para pasar de la virtud privada y personal á la virtud que se extiende y comunica á otros; ó sea, de la virtud retirada y escondida, á la virtud apostólica y empleada en el bien de los prójimos, siguiendo el ejemplo de Cristo, Nuestro Señor.

Como el fuego no puede menos de quemar, ni la luz puede dejar de alumbrar; así el bien no puede dejar de comunicarse, si llega á su perfeccion, porque esta es su propiedad. Y por esto, Dios, ademas de comunicarse infinitamente *ad intra*, se comunica *ad extra*, porque es bien sumo y perfectísimo. Y como la virtud es bien y el mejor de los bienes criados; si llega á su perfeccion en lo privado y personal, luégo pasa á di-

fundirse y comunicarse á los prójimos. Y como S. Ignacio ha dado hasta aquí las reglas necesarias, para que el ejercitante, no sólo se ejercite en las virtudes, siguiendo las de Cristo, Señor nuestro, sino llegue á la perfeccion de ellas, ahora sea en la perfeccion cristiana, que consiste en la guarda total de los mandamientos, ahora sea en la perfeccion evangélica, que consiste en dejar todo lo criado, por vacar solamente á lo que es servicio de Dios, imitando á Jesucristo, que fué tan obediente á sus padres en Nazaret y que dejó hasta sus mismos padres, por quedarse en el templo vacando á solo lo que era gusto de Dios: *Quia in his, quae Patris mei sunt, oportet me esse* (Luc. 2. v. 49); pasa el Santo con admirable órden y disposicion, á dar las reglas y método, con que el ejercitante pueda pasar seguro, ó á elegir el estado más alto que es el de la vida apostólica imitando, la vida de Jesucristo y de los apóstoles; ó á elegir el estado para sí más conveniente, y que más le ayudará para perseverar en la vida virtuosa y santa, y conseguir su último fin; ó para mejorarse y perfeccionarse en su propio estado, si ya lo tiene elegido. Es asombroso este tratado de la buena eleccion, que el Santo tiene en sus Ejercicios, y

en el que con brevisimas palabras da todas las reglas necesarias para el acierto en materia de tanta importancia, y de la cual depende de ordinario la paz en esta vida, y la bienaventuranza en la otra, como iremos explicando.

Llega, pues, el Santo al tercero dia de la segunda Semana con la meditacion de la detencion de Cristo en el templo, y de la obediencia á sus Padres con que vivió en Nazaret hasta que salió á su predicacion: *Et erat subditus illis.* (Ibidem v. 15). Y aquí pára estas meditaciones y entra á dar las reglas con que se conozcan los estados mejores, y el más perfecto de todos, que es la vida apostólica. Y así, pone el «preámbulo para considerar estados» esto es, para investigar y demandar en qué vida ó estado de nosotros se quiere servir su Divina Majestad: y para que no se yerre en materia tan importante, pone la regla general de las intenciones diversas y opuestas que llevan Jesucristo y Lucifer en sus persuasiones, para que, conocidas estas, sigamos las de Jesucristo y procuremos servir á Dios con toda perfeccion, en cualquier estado que Dios nos diere á elegir como más conveniente, para que en él consigamos nuestro último fin.

Para esto pone en el cuarto dia de esta segunda Semana la célebre meditacion de las dos banderas, una de Jesucristo y otra de Lucifer, la cual, segun sienten muchos, no fué meditacion, sino vision que tuvo el Santo, en que acomodándose Dios á su genio y empleo que tenia de soldado, le dió tan alta y provechosa doctrina: de la cual vision sacó el Santo toda la idea de la religion que fundó, intitulándola la Compañía de Jesus, para formar un ejército que ganase muchas almas para Dios. Esta meditacion es benemérita de todas las Sagradas Religiones; pues á la fuerza de su doctrina han dejado muchos el siglo, y entrándose en Religiones, para servir en ellas con toda perfeccion á Dios.

En esta meditacion son muchas las cosas que el Santo enseña: primeramente, así como al principio de esta segunda Semana nos propuso á Cristo como Rey, para animarnos á seguirle con el ejercicio de las virtudes; así tambien al principio de las elecciones nos propone á Cristo como Capitan, para animarnos á seguirle en las virtudes más heróicas, y en el estado más perfecto: segundo, en la meditacion del Reino de Cristo nos convida á la batallã, pero como de

lèjos, y como quien dispone el ejército para ir á la conquista; en esta meditacion de las dos Banderas pone ya los ejércitos de los enemigos, para darse la batalla, mostrando quiénes son aquellos con quienes hemos de pelear, cuáles las armas, cuáles los intentos y disposiciones de cada Capitan, y por dónde nos hemos de encaminar, para conseguir la victoria: tercero, manifiesta cuál es el estado más perfecto, que es el de imitar á Cristo en ganarle muchas almas, y traérselas á su servicio, como lo hicieron los Apóstoles; pues si es bueno el ser traídos á la bandera de Cristo, y estar en su ejército, es todavía mucho mejor, estar en dicho ejército, y ser en él capitan valeroso, que haga grandes hazañas, imitando las de su General, y que le gane muchas almas.

Muestra, ademas de lo dicho, cómo son necesarias en cualquier estado, la pobreza, el abatimiento y la humildad, para conseguir por estos medios todas las demas virtudes, con que se sigue perfectamente á Cristo. Y que al contrario, son nocivos en cualquier estado el apetito de riquezas, el de puestos y honras, y la soberbia á que induce Lucifer, para llevar despues á todos los demas vicios, que tan opuestos son á Cristo.

Porque, aunque la pobreza actual no sea conveniente en cualquier estado, como en los casados y padres de familia, en los reyes, en los jueces etc.; á todos conviene la pobreza espiritual, de que habla el Santo en el tercer punto: y consiste en no querer los bienes temporales, sino lo que basta para el estado propio; y si Dios los diere en abundancia, hacer lo que dice David: *Divitiae si affluent, nolite cor apponere* (Ps. 61 v. 11), no pegar á ellos el corazon, y emplearlos sólo en lo que fuere del servicio de Dios: ¿Quién hay, que pueda excusarse de esta pobreza espiritual, cuando tan conveniente es para conseguir el fin de la creacion; y más cuando el apetito y ánsia de las riquezas es doctrina propia de Lucifer, como dice el Santo? La otra pobreza actual y de profesion, ni es precisa en todos los estados, ni es necesaria para la perfeccion, pues pueden ser muy perfectos en su estado los que tienen riquezas, si no tienen el corazon pegado á ellas, y las emplean sólo en servicio de Dios. Y esta pobreza puede ser suma, como el Santo repite varias veces en este ejercicio; aunque la pobreza actual es más conveniente para la semejanza con Cristo, y para la vida apostólica, empleada únicamente en servir á Dios y traer á

otros muchos que le sirvan, que es el empleo y estado más alto y más perfecto, que hay en la iglesia de Dios, como enseñan los teólogos con Sto. Tomas.

Lo mismo se dice acerca de los oprobios, menosprecios y humildad, que persuade Jesucristo á sus soldados; pues estos convienen á todos en cualquier estado, que tuvieren, segun las reglas que da el Santo más abajo, tratando de las tres maneras que hay de humildad, pues á cualquiera conviene, en cualquiera estado que tuviere, estar dispuestos á padecer menosprecios, oprobios, etc. ántes que ofender á Dios ni con pecado mortal, ni con pecado venial deliberado; aunque es más perfecto el estado en que todo esto se abraza, así por imitar á Cristo, como para estar más expeditos para emplearse sólo en cuidar de la salvacion propia y ajena. Aquí convenia preguntar porqué el Santo no nombró entre estos grados de perfeccion la castidad, ni la obediencia. Pero por no dilatarnos, puede, el que quisiere, ver estas razones en el P. Suarez, que las trata con gran sabiduria en el lugar citado (Tom. 4. De Relig. tr. 10. l. 9. c. 5. n. 29).

Acaba el Santo esta meditacion con tres coloquios, uno á Marja Santisima, pidiéndole nos

alcance gracia de su Santísimo Hijo, para ser recibidos y perseverar debajo de la bandera de Jesucristo; lo cual deben notar mucho todas las personas virtuosas, y con singularidad todos los de la Compañía de Jesus, para que sepan que el ser traídos y el perseverar en la Compañía de Jesus, depende de la intercesion de Maria, Nuestra Señora. Otro coloquio es á Jesucristo, para que nos alcance esto mismo, de su Eterno Padre. Y el tercero, al mismo Eterno Padre, para que nos lo conceda; y hágase aquí la reflexion de que en esta, y en todas las demas meditaciones de la segunda Semana usa el Santo de estos tres coloquios á Maria, Señora nuestra, á su Divino Hijo y al Eterno Padre, con lo cual da suma eficacia á las meditaciones de esta Semana, para conseguir las virtudes, con las cuales se defiende el hombre, así de los pecados, como de los vicios, segun lo de S. Pablo: *Spiritu ambulate, et desideria carnis non perficietis* (Gal. 5. v. 16). Pues, ¿quién habrá, que prevenga bien estos puntos, dispuestos por el Santo, y medite con atencion todo su contenido, y despues pida con eficacia á la Madre Divina, á su Santísimo Hijo y al Eterno Padre lo que desea, que no lo consiga? *Petite*

et accipietis (Joann. 16. v. 24.). Y si lo consigue, se echará de ver la eficacia de este prodigioso arte.

Despues de esta meditacion de las dos banderas, pone el Santo con admirable órden y disposicion, la meditacion siguiente de las tres clases de hombres que hay: unos, que quieren la salvacion, pero no quieren poner medios ningunos para conseguirla, los cuales van muy errados; otros, que quieren poner los medios, pero quieren poner sólo los que son de su gusto, y no los que son convenientes, los cuales se exponen à mil riesgos; otros, que ponen todos los medios que son necesarios para conseguir la salvacion ó la perfeccion, los cuales la consiguen, porque aplicados los medios se consigue el fin. Y como aqui va dando el Santo las reglas para el acierto y la eleccion de estado, de que suele depender la eterna salvacion; habiendo S. Ignacio dado à conocer en la meditacion antecedente cuál es el estado mejor, que es el de imitar en todo à Cristo: pone en esta meditacion de las tres clases de hombres el modo de aplicar los medios necesarios para que se consiga la mayor perfeccion que se desea. Es admirable esta meditacion, y se puede explicar con otros ejemplos, como el de tres

enfermos, que todos quieren sanar: pero el primero, no quiere hacer remedios ningunos; el segundo quiere poner remedios, pero sólo los que fueren dulces y de su agrado; y el tercero quiere hacer todos los remedios que fueren convenientes para conseguir la salud, ahora sean dulces, ahora amargos, porque en nada repara con tal que consiga la salud. Es tambien generalisima esta meditacion, porque no sólo sirve para la eleccion de estado, sino para otras muchas cosas, que se pueden elegir en servicio de Dios. Algunos Santos han hecho voto de elegir, en todo, lo que juzgaren ser más perfecto; pero este medio es muy alto y propio de espíritus gigantes. Las reglas que aquí da el Santo, son prudentisimas y llenas de sabiduria, y que convienen á todos, y en cualquier materia en que se quiera acertar en la eleccion; pues siguiendo esta doctrina, siempre se encontrará el acierto.

Pasa despues el Santo á poner otras varias meditaciones, siguiendo la vida ejemplar de Cristo, Señor nuestro, desde que salió de Nazaret á ser bautizado en el rio Jordan, hasta la entrada que hizo el dia de Ramos en Jerusalem, siguiendo sus santisimos pasos, por todos los tres años de su predicacion, á-saber, el llama-

miento de los Apóstoles, el sermón de las Bienaventuranzas, resurrección de Lazaro, etc. Las cuales parecen brevisimas, pero no son sino tan dilatadas como las primeras que pone de la Encarnación y Nacimiento; porque en aquellas últimas sólo pone la materia sobre que se ha de meditar; pero en cuanto á la forma, dice el mismo Santo en la contemplación del día quinto, y en la segunda nota de las que pone ántes del preámbulo para considerar estados, que en todas se ha de seguir el mismo orden que en las primeras, haciendo los tres preámbulos acostumbrados, dividiendo los puntos, y actuando las repeticiones y el traer de los cinco sentidos, y acabando con los tres coloquios, en la misma forma que pone en la meditación del Nacimiento y de la Encarnación.

Lo cual todo si se hace como el Santo lo dice, se conocerá cuan dilatada será cada meditación, y cuánto artificio y eficacia encierra para conseguir la perfecta imitación de Jesucristo, que es la que se intenta en esta segunda Semana.

Todas estas meditaciones de la predicación de Jesucristo, y llamamiento de los Apóstoles, etc. muestran claramente, que el estado mejor

y más perfecto es aquel, en que el hombre, no solamente es santo para sí, sino también para otros; ni se contenta sólo con seguir á Cristo hasta conseguir la perfección propia, sino que también solicita intensamente la ajena: ni sólo quiere estar en la bandera de Cristo, sino ser soldado valeroso, que le conquiste y traiga otras muchas almas. Y como todo esto se ha de conseguir por medio de la imitación de Jesucristo, y principalmente por medio de una profundísima humildad á imitación de la de Jesucristo; por eso pone el Santo en este tratado del conocimiento de los estados, según lo dice en el preámbulo, todas las reglas necesarias para conocer dichos estados, y enterarse de cuáles son los mejores, para elegir entre ellos el que fuere de más servicio de Dios, y bien eterno de su alma propia, según lo que en esto quisiere el hombre aprovecharse, como dice el mismo Santo en la primera nota de las tres que pone al fin de este tratado.

Acaba, pues, el Santo en este tratado de la consideración de estado, con tres notas; y en la tercera explica admirablemente los tres grados que hay de humildad: el primero, que es necesario para la eterna salvación, y lo debe tener

cuálquiera que en su estado, sea el que fuere, quisiere servir perfectamente á Dios, y consiste en que el hombre de tal suerte se humille y obedezca á Dios, que por todo el mundo entero no cometa un pecado mortal: el segundo es de humildad más perfecta, en que el hombre, estando igualmente indiferente á riqueza ó pobreza, honor ó deshonor, etc. sólo mire, en todo esto, lo que fuere más servicio de Dios y provecho de su alma. Y con esto se halla determinado á perder cuanto hay en el mundo, y áun la vida propia, ántes que cometer un pecado venial. El tercero es de humildad perfectísima, en que el hombre, por más imitar á Jesucristo, elige más pobreza con Cristo pobre, oprobios con Cristo lleno de ellos, etc. porque así se parece más á Jesucristo. Son admirables estos tres grados de humildad, que pone el Santo, é incluyen alta sabiduría, como lo conocerá cualquiera que profundizare en la consideracion de ellos. Estos, dice el Santo, que se han de considerar muchas veces, ántes de entrar en las elecciones, porque estos dan mejor á conocer la doctrina toda de Jesucristo, y cuáles sean los mejores estados, para más servir á Dios, y conseguir con ventajas la salvacion.

§. III.

De la tercera parte de esta segunda Semana, y las admirables reglas, que contiene, para el acierto en la eleccion de estado y de cualquier otra cosa que se quiera elegir con provecho espiritual del alma.

Siendo, pues, el fin de esta Semana, la perfecta imitacion de Jesucristo, procede en ella con admirable órden N. P. S. Ignacio. Primero pone las meditaciones que conducen para imitar á Jesucristo por todas las virtudes, hasta conseguir la perfeccion en ellas, ó en la guarda de los mandamientos, ó en la observancia de los consejos, como arriba decíamos. Pero como no basta el comenzar, sino que es necesario continuar en esta perfeccion hasta la muerte; pasa el Santo á dar á conocer la perfeccion de los estados en que esto se puede conseguir, y declara que el estado que más siguiere la doctrina de Jesucristo, y más imitare sus ejemplos, es el mejor y más alto estado: y así, es más perfecto estado, el que se emplea no sólo en cuidar de su propia salvacion, sino tambien en solicitar la agena, como se ve en las meditaciones que pone de

la predicacion de Jesucristo y sus apóstoles, etc. Mas como no es lo mismo ser el estado más perfecto que ser el más conveniente, porque no á todos conviene la vida apostólica, y á unos conviene un estado y á otros conviene otro; para que no se yerre en materia de tanta importancia, de la cual suele depender la eterna salvacion, pasa el Santo con admirable método y disposicion á dar las reglas y medios certisimos con que se conseguirá el acierto, asi en la eleccion de estado, como en la eleccion de cualquier otra cosa, que conduzca al servicio de Dios y al bien eterno del alma.

Para esto pone primero su preámbulo, en que declara que siendo el hombre criado para el fin de servir á Dios y salvarse, debe ordenar todas sus determinaciones en órden sólo á este fin: porque el querer primero las cosas temporales, y despues el servir y alabar á Dios, es desórden grande en que del medio se hace fin, y del fin medio, pues todo el intento del hombre debe ser el servir y alabar á Dios, que es el fin para que fué criado: y de lo temporal sólo ha de tomar lo que le ayudare para este fin, y ha de desechar y repeler todo lo que le desayudare ó impidiere el conseguirlo. !Oh si los hom-

bres se gobernarán por esta regla, cuán ordenado estuviera todo el mundo! Pero como todos los más lo hacen al contrario y todo su cuidado es de las cosas temporales, olvidando lo que es servicio de Dios y salvación de sus almas; por eso son tantos los desórdenes que se lloran en el mundo, así en la elección de los estados como en todos los demás negocios que manejan los hombres; y de aquí proviene la lastimosa perdición de tantos.

Para esto pone el Santo varias meditaciones, en que declara las cosas de que se puede hacer elección, los tiempos que son más oportunos para hacer buena y sana elección, y los modos que se han de observar para que toda elección sea aceptada, conforme al fin para que fuimos criados. ¡Oh qué reglas tan admirables, y qué tratado tan sumamente útil para la salvación y para perseverar en la virtud y adelantarse en toda perfección! Pero ¿cómo las podrán entender y valerse de ellas los principiantes en la virtud si no las leen ni las entienden? Y ¿cómo podrá el maestro ó director de los ejercicios dirigir según ellas y encaminar al ejercitante á la cumbre de la perfección, si no las estudia, las penetra, las maneja y las da á conocer al ejercitante,

y le dirige segun ellas? Lo cual todo no se puede hacer, sin tener bien conocido el método y disposicion de este admirable arte de los ejercicios que es lo que intentamos.

En la primera meditacion pone el Santo cuatro puntos y una nota, en que declara las cosas de que se puede hacer eleccion, expresando las que son de eleccion inmutable, como son el sacerdocio, matrimonio, etc., y las que son de eleccion mutable como el tomar beneficios, officios ó ejercicios etc., y lo que se ha de hacer en unas y en otras ántes de elegir ó si ya á elegido para que se puedan enmendar los yerros que en ella hubieren intervenido, ó perfeccionarse si se han hecho debidamente, para que el hombre pueda adelantarse en todo servicio de Nuestro Señor y hacerse muy agradable á la Divina Magestad, como el Santo pone en la última nota.

Despues señala el Santo los tiempos más oportunos para hacer cualquiera eleccion : y en el primero de los tres que señala, enseña doctrinas de Teología muy elevada (que explica el P. Suarez donde se pueden ver), para entender los diversos modos que tiene Dios de llamar al hombre: Uno, que es: *Per Spiritus Sancti donum, quem optime vocat Ignatius ex divino*

instintu, in quo homo magis agitur, quam se agat; y el otro: *Per virtutes, in quo homo operatur per discursum et dictamen rationis, non quidem sine lumine et auxilio supernaturali, sed illis adjutus* (Tom. 4. De Relig. tr. 10. l. 9. c. 5. n. 44.); en lo cual se reconoce la ilustracion que S. Ignacio tuvo para escribir estos Ejercicios, pues tocó en ellos puntos teológicos tan altos y tan difíciles, cuando todavía no habia estudiado letras algunas en las universidades. En el segundo y tercer tiempo que señala para hacer buena eleccion, toca tambien otros puntos bien difíciles, y que necesitan de no poca sabiduria y destreza en el maestro que ha de dar los Ejercicios, y combinacion de lo que aquí enseña el Santo con las reglas de discrecion de varios espíritus, que pone en el fin de la cuarta Semana de sus Ejercicios. Pero, porque fuera cosa larga explicar todo esto en este lugar, remito al que quisiere entenderlo al P. Suarez en el tratado arriba citado, y al P. Ignacio Dier-tins en el Comento de los Ejercicios (Tratado de estos tres tiempos en que se hace buena eleccion); porque estos sabios maestros explican admirablemente estos puntos. Pues á mi me basta sólo dar algun indicio del alto artificio, que

encierra este Arte de santidad.

Pasa despues el Santo á señalar dos medios diversos de hacer eleccion acertada; y en el primero pone seis puntos, de los cuales los tres primeros emplea en dirigir al ejercitante á la total indiferencia en que se debe hallar acerca de las cosas temporales, mirando en ellas sólo el fin de la eterna salvacion, para tomarlas ó dejarlas segun dañaren ó ayudaren para este altísimo fin; y el medio efficacísimo para pedir á Dios que dirija, así el entendimiento en el acierto de sus discursos, como la voluntad en el movimiento de sus determinaciones en lo que ha de elegir.

En los tres puntos siguientes enseña el modo de elegir que puede haber más racional y más conforme á las reglas de la prudencia; y es, primeramente, valiéndose de su propio entendimiento, pensar las comodidades y utilidades que se pueden seguir de la una parte que se quiere elegir, y así mismo las incomodidades y detrimientos que de esa misma parte se pueden originar; luego pasar á discurrir las comodidades y los detrimientos que pudieran seguirse de lo otra parte que quisiera elegirse; y cotejando despues lo uno con lo otro, esto es, las comodidades y utilidades de la una parte elegible con las

comodidades y utilidades de la otra parte, y despues los detrimentos de la una y de la otra; ver y pensar con la razon y el entendimiento, cuáles prevalecen y son de mayor momento: entónces determinar la parte que se ha de elegir, y atropellando con cualquier apetito que sea humano, y guiándose por sólo el fin de la gloria de Dios y la propia salvacion, determinar una de las dos partes, y pasar luégo prontamente á ofrecerla á Dios y pedirle que dé gracia para llevarla á debida ejecucion. ¡Admirable modo de elegir, que si lo usaran todos los hombres, estaba remediado el mundo! Pero son poquisimos los que lo usan, y de estos pocos puede ser el que hiciere los Ejercicios de S. Ignacio, valiéndose de estas clarisimas y firmisimas reglas que da el Santo para el acierto. De este modo de elegir usó el mismo S. Ignacio, como se dice en su vida, para todas las demas cosas que determinó en el Instituto de la Compañía; y aunque muchas causaron notable extrañeza en el mundo por ser nuevas; la esperiencia y el tiempo de doscientos años ha mostrado su acierto, en las utilidades que de este Instituto se han seguido en la Iglesia de Dios.

El segundo modo de elegir, que enseña el

Santo contiene cuatro reglas y una nota, en que se ponen vários motivos eficacisimos para el acierto en la eleccion; pues lo primero, enseña que el deseo de esta eleccion nazca de sólo el amor de Dios y deseo de la propia salvacion, sin que se mezcle afecto ninguno grande ó pequeño que sea de motivo temporal ó sensual; sino mirando únicamente lo que fuere servicio de Dios. Esto dice el Santo en la primera regla, y conforme á esto es la doctrina particular que enseña en la segunda. En la tercera y cuarta pone los motivos altos de lo que quisiéramos haber elegido, si nos hallásemos en el articulo de la muerte y en el tribunal de Jesucristo, para elegir ahora lo que entónces quisiéramos haber elegido. ¡Admirables consejos estos que da S. Ignacio, y si nos valiéramos de ellos cuánto acierto tuviéramos en lo que elegimos! Y como el hombre debe mirar principalisimamente la paz y quietud de su alma, y su eterna salvacion en que le va el ser feliz ó infeliz para siempre; enseña el Santo en la última nota, que se haga la eleccion y despues se ofrezca á Dios y se le pida gracia para su perfecta observancia, segun lo que enseñó en el último punto del modo de elegir, antecedente. Doctrina toda admirable,

y quien se valiere de ella conocerá al tiempo de morir, con cuánta utilidad del mundo la enseñó S. Ignacio, y se la inspiró Dios en sus Ejercicios.

Todo lo dicho sirve, así para elegir estado que sea el más conveniente para el fin de la eterna salvacion, como para elegir en cualquiera otra materia lo que fuere más concerniente á la eterna salvacion. Pero porque el que hace los Ejercicios puede tener ya elegido estado el cual no pueda ya mudar, como el sacerdocio, matrimonio, etc.; para que nada falte á las reglas de este admirable arte, y pueda subir el hombre por la imitacion de Cristo á la perfeccion de todas las virtudes y logro de toda su vida; pasa últimamente el Santo á dar las reglas que podrá observar el que ya tiene elegido estado, para vivir en él perfectamente y conforme al fin para que fué criado por Dios.

Y en suma, se reducen las varias reglas que aquí da el Santo, á que el que ya está en estado inmutable piense y rumie en varios ratos de tiempo lo que le conviene hacer en su estado, para lograr su eterna salvacion; v. gr. cuánta familia debe tener en su estado para que la pueda gobernar santamente, minorando la que no fue-

re muy precisa; y de qué modo podrá gobernarla, para que toda viva ajustada á las leyes de Dios: item qué buenos ejemplos y qué consejos santos debe darles á todos sus domésticos para este mismo fin: item, cómo debe distribuir los bienes y rentas que tuviere; qué parte es necesaria para los gastos decentes de su casa; qué cantidad podrá dar de limosna á las pobres, y cuánta podrá emplear en otras obras pias que sean del agrado de Dios, etc.; no mirando en todo esto más que el bien eterno de su alma, y á la cuenta que ha de dar á Dios de todo lo que pertenece á su persona y á todos sus domésticos. Y concluye el Santo esta doctrina con una sentencia digna de que todos, y en especial los religiosos, la tengan grabada en lo intimo de sus pechos: que cada uno se persuada, que tanto se aprovechará en todas las cosas espirituales, cuanto saliese de su propio amor, querer é interese. ¡Oh sentencia dignisima de escribirse con letras de oro ante los ojos de todos los que quisieren asegurar y aumentar los bienes eternos de su alma!

El directorio de los Ejercicios dice (Cap. 4.), que todos los operarios de la Compañía Jesus, debian tener muy prontas y estudiadas las re-

glas que aquí da el Santo, para dirigir según ellas á los padres de familias y personas constituidas en dignidad; porque de la observancia de éstas se lograrían grandes frutos en la Iglesia de Dios, y en las ciudades y familias.

Aquí acaba el Santo la segunda Semana, en que no hay nada que desear para el fin de ella, que es el ejercicio de las virtudes hasta su más alta perfección. Pero porque se conozca mejor el artificio de esta segunda Semana, lo repetiremos en forma de diálogo, como hicimos en la antecedente.

§. IV.

Pónese la misma doctrina por modo de diálogo.

Pregunto. Qué debe hacer el hombre que ya ha salido de su mala vida pasada por medio de la confesión, y penitencia, etc., para no volver á las culpas pasadas, y poderse mantener en la gracia y amistad de Dios adquirida?

R. Emplearse en obras buenas y virtuosas que lo aparten de las malas y pecaminosas, porque este es el remedio que dan David y S. Pablo para conservarse en la gracia y amistad de

Dios. David pregunta: *In quo corrigit adolescentior viam suam?* Y responde: *In custodiendo sermones tuos* (Ps. 118. v. 9). S. Pablo dice: *Spiritu ambulate et desideria carnis non perficietis* (Gal. 5. v. 16). Y en otra parte: *Si spiritu facta carnis mortificaveritis, vivetis* (Rom. 8. v. 13).

P. Y cómo podremos ejercitar estas virtudes?

R. Siguiendo é imitando á Jesucristo, que es ejemplar de todas ellas.

P. Y de qué medios nos valdrémos para esta imitacion?

R. De conocer la alteza de este Señor, Dios y hombre, oir sus llamamientos y seguir sus ejemplos.

P. Y cómo imprimirémos todo esto en nuestras almas para animarnos á seguir á Jesucristo?

R. Meditando despacio los misterios de su santísima vida, pidiendo á Dios luz para conocerlos, y rogando repetidas veces á María Señora nuestra, nos alcance de su Santísimo hijo esta meditacion; y á su Divino Hijo nos la alcance de su Eterno Padre, pidiendo al mismo Eterno Padre nos la conceda por los méritos de su Hijo y de Maria Santísima.

P. Y en qué virtudes imitarémos á Jesucristo?

R. En la humildad, en la pobreza, en la mortificación, en la perfecta obediencia y en todas las demás que admirablemente resplandecen en su santísima vida.

P. Y hasta qué grado llegaremos en el ejercicio de estas virtudes?

R. Hasta la perfección de ellas, en la cual distinguiremos la perfección cristiana y la evangélica. Si queremos conseguir la perfección cristiana, nos animaremos á ejercitar todas las virtudes, hasta conseguir la perfecta observancia de todos los mandamientos de Dios y de los que están en su lugar, como Cristo fué obediente á su Eterno Padre y á sus padres temporales María Santísima y Señor S. José. Si Dios nos llama y queremos subir á la perfección evangélica, pasaremos á dejar el mundo y todos sus bienes, por emplearnos únicamente en lo que fuere honra y gloria de Dios, como lo hizo Cristo cuando se quedó en el templo, dejando hasta sus propios padres, por vacar únicamente á lo que era voluntad de su Eterno Padre.

P. Y qué medio habrá para continuar en estas virtudes perfectas y perseverar en ellas hasta la muerte, para dar gloria á Dios y conseguir nosotros la eterna bienaventuranza que es-

tá prometida por ellas á los que las practicaren?

R. Procurar, el que no lo tuviere, elegir el estado mejor y más proporcionado para que podamos continuar en él sirviendo á Dios hasta la muerte.

P. Y cuál es el estado mejor para esto?

R. Es aquel en que se sigue más su doctrina, que es contraria á la de Lucifer.

P.Cuál es la de Lucifer, y cuál es la de Jesucristo, que es contraria á la de Lucifer?

R. La de Lucifer, es buscar riquezas, honores y estimacion, que llevan al hombre á la soberbia, y de ésta lo precipitan en todos los vicios. La de Jesucristo es buscar lo contrario, esto es, la pobreza, ó espiritual ó actual, y los deseos de abatimientos y desprecios, los cuales llevan al hombre á la humildad, y con esta consiguen todas las virtudes.

P. Pues todos acaso podrán ser pobres y abatidos?

R. En el efecto y con la pobreza actual, no: porque en muchos estados conviene el tener bienes y autoridad, para el buen gobierno y la direccion de las familias, etc. En el afecto y pobreza espiritual, si: porque cualquiera puede contentarse con sólo los bienes necesarios para su

estado, sin anhelar á riquezas: y si el Señor las diese, puede no pegar á ellas el corazón ni emplearlas en vanidades, sino sólo en lo que fuere para servicio de Dios. Y cualquiera puede también conservar exteriormente la autoridad que pide su estado ó su empleo; pero en lo interior, humillarse en su ánimo á todos, procurando conocer la nada de su sér y los defectos de sus obras.

P. Con que en siguiendo esta pobreza y abatimiento espiritual, se seguirá la doctrina de Jesucristo y se continuará en la perfección?

R. No hay que dudar.

P. Y de qué medios nos valdrémos para seguir esta doctrina?

R. El primero, de aplicarnos á su ejercicio, pues no quiere el fin el que no quiere los medios, como no quiere la sanidad el enfermo que ningunos remedios quiere aplicar. El segundo, meditar la importancia de este negocio, pues nos va la vida eterna en seguir á Jesucristo. El tercero, pedirlo con instancia á María Santísima, á su Santísimo Hijo y al Eterno Padre, porque quien pide, alcanza.

P. Y esta pobreza y abatimientos espirituales son los mejores y los que traen al que

los practica la más profunda humildad?

R. No, porque mucho mejores son la pobreza actual y el ejercicio de los abatimientos y humillaciones, aunque estos no son convenientes á todos: porque con ello se imita más á Jesucristo.

P. Y quien está expedito y no tiene embarazo alguno para seguir más á Jesucristo en la pobreza y humillaciones; ¿qué hará para conseguir esta mayor imitación?

R. Pedirle á Jesucristo, á su Santísima Madre y á su Eterno Padre, que lo elija y escoja para ella, si así fuere de su agrado; pues cosas tan altas no se consiguen sin mucha y fervorosa oracion.

P. Y cuál es el estado más alto que se puede elegir?

R. El que se emplea en solicitar no sólo la salvacion y perfeccion de su alma propia, sino tambien de las de los prójimos.

P. Y por qué?

R. Porque este fué el empleo todo de Jesucristo y el de sus Apóstoles, que son los Príncipes del cielo: y cuanto más se imita á Jesucristo y á sus Apóstoles, tanto mayor es la perfeccion.

P. Este estado no es conveniente para todos,

pues no pueden emplearse en esto, ni las mujeres, ni los ermitaños, ni los que carecen de letras y sabiduría; pues ¿cómo podrán estos elegir el estado más perfecto?

R. El más perfecto estado para estos es el más conveniente á sus personas.

P. Y ¿cómo conocerán estos, si todavía no han elegido estado, cuál es el más perfecto para ellos?

R. Considerándolo despacio y teniendo presente el fin para que fueron criados y la importancia de la eterna salvacion, y procurando apartar de sí todos los afectos desordenados, para que, por sola la razon ayudada de la ilustracion divina que con ahinco se debe implorar, puedan elegir lo que más conduce á negocio de tanta importancia, como es el de la eterna salvacion.

P. Y de qué otros medios se podrán ayudar, para tener acierto en cosa que tanto importa?

R. El primero, de pesar bien las utilidades y los detrimentos que se les pueden seguir de lo que eligieren, para que en la balanza de la razon se dé el principal lugar á lo que fuere de mayor peso. El segundo, considerar lo que quisiera haber elegido en el articulo de la muerte y cuando se vea en el tribunal de Jesucristo,

pues con estos consejeros nada se errará. El tercero, pedirlo con humildad y con instancia á Dios, que siempre oye las oraciones de los humildes y de los que desean servirle con todo el corazón.

P. Y si el ejercitante tiene ya elegido estado que no puede mudar, como el del sacerdocio, matrimonio, etc.; ¿qué regla seguirá para continuar en la imitación de Jesucristo y perseverar aumentando la perfección de las virtudes hasta la muerte?

R. Considerar despacio el modo mejor de dirigir todas las ocupaciones de su estado, sólo á gloria de Dios y al bien eterno de su ánima, apartando de sí ó de toda su familia, si la tiene, todo lo que fuere pecado ú ocasión de él, y ordenando y disponiendo en su estado, todo lo que condujere sólo al servicio de Dios y á la eterna salvación, así suya, como la de todos los suyos.

Todo esto es práctico y reglas indefectibles y muy menudas que si se ejecutan, se conseguirá sin duda una plenísima perfección en todas las virtudes, é imitación de Jesucristo, que es el intento de esta segunda Semana de los Ejercicios de S. Ignacio.

CAPÍTULO X.

De la disposicion y método admirable de la tercera
Semana de los Ejercicios.

Aunque comunmente dividen los santos y doctores místicos la vida espiritual en tres vias, purgativa, iluminativa y unitiva; dividió N. P. S. Ignacio en cuatro Semanas distintas su arte de santidad, ó Libro de los Ejercicios. Y habiéndonos en la segunda Semana propuesto por ejemplar de todas las virtudes á Jesucristo, Señor nuestro, con las meditaciones de su santísima vida, desde la Encarnacion hasta su entrada en Jerusalem el día de Ramos, pasa en la tercera Semana á ponernos, con admirable método, ante los ojos toda su Santísima Pasion, desde la Cena última hasta su sepulcro, dando prodigiosas reglas, con que se pueda sacar copiosísimo fruto de esta tercera Semana.

Las razones que tuvo S. Ignacio para esta division y para proponer en una Semana entera la Pasion de Jesucristo, son admirables. Y quiero proponerlas aquí con alguna extension, para que se conozca el artificio con que procede S. Ignacio en este su arte de la santidad.

§. 1.
Decláranse las razones porque S. Ignacio emplea toda la tercera Semana de sus Ejercicios sólo en las meditaciones de la Pasion de Jesucristo.

Cuatro partes ó Semanas contienen los Ejercicios de S. Ignacio, y en todas ellas es necesario que el ejercitante se anime á padecer y no sólo padecer, como quiera, sino padecer mucho por Dios; pues sin esto, no se puede conseguir el fruto de los Ejercicios, no sólo completo, pero ni el parcial de cada Semana. Y así, para que nada falte á este arte, pone el Santo el medio eficacísimo de la consideracion extensa de la Pasion de Jesucristo, para que con este objeto y esta consideracion saque el ejercitante todo el fruto que necesita para comenzar, continuar y perfeccionarse en la vida espiritual, que es el fin de los Ejercicios; y según las cuatro Semanas de ellos, son las razones que hay para meditar esta Pasion de Jesucristo como ahora diré.

La primera razón para animarse á padecer, y la cual es conforme á la primera Semana de

los Ejercicios, es porque el que no se animare á padecer por Dios, ni podrá salir de sus pecados, ni podrá conservarse en la gracia y amistad de Dios. En esta vida, no solamente hay bienes, sino tambien muchos males; y de unos y de otros se vale el demonio para dañarnos y hacernos caer en muchas culpas y pecados. Y si bien se considera, quizas se siguen más pecados del procurar huir los males de esta vida, que del procurar seguir sus bienes: pues los hurtos, las torpezas, las envidias, etc. provienen de querer evitar la pobreza, que es más general en los hombres, que la riqueza, pues son más los pobres que los ricos. El odio, la ira, el rencor etc. provienen de querer evitar, ya la tirania, ya la sujecion á los mayores, ya los males de enfermedades, dolores y sucesos adversos que nos acaecen. Tanta pasion es la concupiscible que desea los bienes de esta vida, como la irascible que tira á evitar los males que en ella se padecen; y tantos ó más pecados se siguen de la irascible, que de la concupiscible: y de una y otra proviene el perder la gracia de Dios, segun lo expresa S. Agustin: *Ostendit Dominus fatuos esse judicandos, qui temporalium bonorum, vel copiam sectantes, vel*

inopiam metuentes, amittunt aeterna, quae nec dari possunt ab hominibus, nec auferri (Tom. 4. c. 6. De Serm. Dom. in monte.)

Siendo, pues, tantos y áun mayores los males de esta vida que los bienes, es preciso que quien se resuelve á enmendar su vida pasada, á llorar sus pecados y salir de todos ellos, y á conservarse toda la vida en gracia y amistad de Dios; así como se resuelve á dejar los bienes del mundo que le causaron sus culpas; así también se resuelva á padecer los males del mundo, que le ocasionaron sus pecados. Y esto es lo que enseña S. Ignacio en el primero y en el segundo punto de los tres modos de humildad, que pone en la segunda Semana. Y también en las reglas que pone en el fin de la primera Semana acerca de la penitencia, donde dice: que se han de hacer las penitencias «para que la sensualidad obedezca á la razón, y todas las partes inferiores estén más sujetas á las superiores».

Pues como todo esto no se puede conseguir sin resolverse á padecer todo lo adverso que se pueda ofrecer en el mundo, aunque fuera perder la vida, como el Santo dice en los puntos de la humildad, ántes que cometer un pecado; y éste resolverse á padecer cuanto hay que padecer, án-

tes que pecar, se consigue con meditar y considerar despacio quanto Jesucristo padeció en su Pasion, que fueron todo género de males: por eso pone el Santo tan extensamente las meditaciones de la Pasion en toda la tercera Semana, para que con ellas consiga el ejercitante el fruto de la primera Semana, que es salir y librarse de todo pecado; pues no cometerá pecadós por no padecer los males de esta vida, el que voluntaria y espontáneamente quisiere padecer mucho por Dios, para no perder su gracia. Donde advierto que este resolverse á padecer mucho por Dios comienza por lo que el hombre se da que padecer á si mismo con las penitencias y mortificaciones rigurosas, de que pone el Santo várias reglas en el fin de la primera Semana, pues mal padecerá de otros, el que no quiere padecer nada de si mismo; y mal llegará al fin, que es el que pone S. Ignacio en la tercera Semana; quien no llega al principio, que es el que pone S. Ignacio en las reglas de la penitencia, que pone en el fin de la primera Semana para conseguir el fruto de ella.

La segunda razon que tuvo S. Ignacio para tratar de la Pasion de Jesucristo en toda la tercera Semana es conforme á la segunda Semana

y para conseguir el fruto de ella. Este fruto consiste en seguir é imitar á Jesucristo en su vida santísima: y esto es imposible se consiga sin resolverse á padecer mucho. S. Bernardo dice que la vida espiritual consiste en dos cosas: *Bona agere, et mala pati*; hacer muchos bienes, y padecer por Dios muchos males; pues sin esto, es imposible seguir á Cristo y conservar su gracia. Por esto N. P. S. Ignacio, en la primera meditacion de la conquista del reino de Cristo, insiste tanto en que el que quisiere imitar á este Señor, ha de trabajar con Cristo y seguirle en las penas deseando pasar todas injurias, y todo vituperio, y toda pobreza, así actual, como espiritual. Y esto es lo que tanto clama Cristo en su evangelio: *Qui vult venire post me, tollat crucem suam etc. Qui non odit patrem et matrem, insuper et animam suam, non potest meus esse discipulus, etc.* No puede ser discípulo de Cristo, el que no se resolviera á padecer mucho con Jesucristo. Lo mismo es querer el hombre seguir á Jesucristo, que armarse el mundo y el demonio contra él: *Quia vero de mundo non estis..... propterea odit vos mundus* (Joann. 15. v. 19). Y armados así tan fuertes enemigos, le han de dar mucho que pa-

decer al hombre, que se resolviera á seguir á Jesucristo. Y esto no lo podrá tolerar, si no se arma con la consideracion profunda y espaciosa de lo que padeció ántes Jesucristo: *si mundus vos odit, scitote, quia me priorem vobis odio habuit* (Ibidem v. 18), como tantas veces lo repitió Jesucristo á sus apóstoles en el sermón último de la Cena. Y siendo esto tan necesario para seguir á Jesucristo, se conoce con cuánto artificio y armonia empleó S. Ignacio toda la tercera Semana en las meditaciones de la Pasion del Señor.

Sube más alto S. Ignacio en esta disposicion de la segunda Semana, y no solo persuade al ejercitante á seguir á Cristo, sino á seguirle en lo más perfecto, que es la más profunda humildad y en el estado más perfecto, que es el de la vida apostólica que tuvo Cristo, y en que le siguieron los Apóstoles. Y ¿quién no ve que para esta perfeccion y para esta vida apostólica es necesarísimo resolverse á padecer con fortaleza todo género de males, pues á ellas han de seguir pobreza, testimonios, injurias etc. de que tantas veces previno Cristo á sus Apóstoles? *Ecce ego mitto vos, sicut oves in medio luporum* (Math. 10. v. 16). Yo os envio como ovejas entre lobos;

Trademini autem a parentibus, et cognatis etc. (Luc. 21 v. 16), vuestros padres, parientes, hermanos y amigos se levantarán contra vosotros etc.; y de que tanto experimentó S. Ignacio, como dice la Iglesia: *Mirum est, quas ubique locorum aerumnas ac ludibria devoraverit etc.* por el grande zelo que tenia de ganar á Dios las almas. Pues, ¿cómo se podrá llevar todo esto y mucho más, con gozo y con alegría, como lo llevaban los Apóstoles, y el mismo S. Ignacio: *Ibant gaudentes a conspectu concilii etc.* (Act. 5. v. 41.), sino hay hambre y sed de padecer mucho por Dios? Y ¿cómo podrá haber esta hambre y esta sed, si no se medita muy despacio la Pasion toda de Jesucristo, que es la que enciende estos deseos? Y así, para que se consiga el fruto de la segunda Semana que es seguir á Cristo, y el seguirle en lo más perfecto, y en el estado más perfecto; es necesaria la más prolongada meditacion de la Pasion de Jesucristo, por cuya causa gasta S. Ignacio toda la tercera Semana de sus Ejercicios en estas meditaciones de la Pasion.

La tercera razon de dicha extension es porque es necesaria para que se logre el fruto de la misma tercera Semana. Tres fines se deben

llevar en la meditacion y consideracion de la Pasion de Jesucristo: el primero llorar con gran dolor y sentimiento nuestras culpas y pecados, así graves como leves, con que dimos ocasion y causa á la Pasion del Señor; el segundo compasion, ternura y amargo llanto de lo mucho que padeció Jesucristo, aunque no lo padeciera por mis culpas; y grande admiracion de que estando Dios en Cristo, dejase padecer así aquella sacratísima Humanidad; el tercero, animarse á padecer como Cristo, imitándole en sus penas, en cuanto nos sea posible. Todos estos fines comprende S. Ignacio en la primera y segunda meditacion de esta tercera Semana. El primer fin lo expresa en el tercer preámbulo de la meditacion primera donde dice: «Demandar lo que quiero: será aqui dolor, sentimiento y confusion, porque por mis pecados va el Señor á la Pasion;» Item, en el punto sexto: «Considerar cómo todo esto padesce por mis pecados etc., y qué debo yo hacer y padecer por él. El segundo fin lo expresa en el cuarto punto de dicha primera meditacion, donde dice: «Considerar lo que Cristo nuestro Señor padesce en la Humanidad ó quiere padecer... y aquí comenzar con mucha fuerza, y esforzarme á doler, tris-

tar y llorar». Y en el punto quinto considera cómo la divinidad se escondió en Cristo, y dejó padecer á la sacratísima Humanidad tan cruelisimamente. El tercer fin lo expresa en el tercer preámbulo de la segunda meditacion, y es que se debe demandar, en la pasion, dolor con Cristo doloroso, quebranto con Cristo quebrantado, lágrimas y pena intensa de tanta pena, que Cristo pasó por mí. Lo cual expresa despues en otras partes, y es el intento de la meditacion de la conquista del reino de Cristo, y del tercer grado de humildad, como ya dijimos.

De todo lo cual consta cuán necesaria es la espaciosa y profunda meditacion de toda la Pasion de Jesucristo, para conseguir estos tres fines: el primero, de llorar con amargura nuestras culpas, que fueron causa de la Pasion de Cristo; el segundo, de dolerse y contristarse mucho de compasion de lo que Cristo padeció, y encenderse mucho en amor suyo, pues lo padeció siendo Dios; y el tercero, de animarnos á padecer con Cristo, y padecer como Cristo, pues fué el fin que tuvo Cristo en su Pasion, como dice el apóstol S. Pedro: *Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum, ut sequamini vestigia ejus* (1. Petr. 2. v. 22). Y

como para todo esto es necesaria la profunda y dilatada meditacion de la Pasion, por eso la pone S. Ignacio tan extensa en toda la tercera Semana, cuyo fruto no se consiguiera, si no se pusiesen estas meditaciones tan extensas.

La cuarta razon de esta extension es, para que con ella se logre el fin de la cuarta Semana de los Ejercicios. Porque en ella induce el Santo al ejercitante al amor de Dios y á la cumbre de la perfeccion: y para esto conduce grandemente la dilatada meditacion de la Pasion de Cristo. Lo primero, porque enciende grandemente el amor para con Jesucristo la consideracion de lo mucho que padeci6, y de lo que padeci6 siendo Dios, y por nuestro amor. Esto era lo que tanto clamaba S. Pablo: *qui dilexit me et tradidit semetipsum pro me* (Gal. 2. v. 20), y lo que sacaba de si al glorioso S. Francisco: *Amor meus crucifixus est*: lo que hizo llorar tanto á la amante Magdalena y á otros innumerables santos. Y asi, para conseguir y encender la llama de este divino amor, en que consiste la perfeccion, y de que trata la cuarta Semana de los Ejercicios, es importantisima la extensa meditacion de la Pasion.

Lo segundo, porque á los perfectos los quie-

re Dios en un total holocausto de sí mismos, para que del todo se entreguen á glorificar á Dios, no sólo con todas sus acciones, sino tambien con todo cuanto pueden padecer. Pues así como Cristo ofreció perfectísimo holocausto de sí mismo, no sólo dirigiendo todas sus acciones, aún las más mínimas, á gloria de su Eterno Padre, sino padeciendo cuantos géneros de penas se podían padecer, ya en las que tomó por sí mismo, como pobreza, hambres, cansancios, ya en las que le podían causar los demonios con tentaciones, ya en las que le podían dar los hombres con injurias, blasfemias, tormentos y penas hasta quitarle la vida; y así, sin que le quedase á sí mismo nada, se ofreció todo en holocausto á su Eterno Padre: así tambien los perfectos, que es á lo que lleva la cuarta Semana, es preciso se hagan perfectísimo holocausto para Dios, lo cual no se puede lograr sin un extremado padecer; y así, es necesaria la extensa meditacion de la Pasion de Cristo, para que se consiga el fruto de la cuarta Semana de los Ejercicios de S. Ignacio.

Últimamente, todos cuantos hombres hay en él mundo, sin exceptuar á ninguno, tienen que padecer, ya en unos tiempos, ya en otros, ya en

vida, ya en muerte; porque eso es este valle de lágrimas. Pero hay gran diversidad en este padecer, porque los malos padecen como el mal ladrón, con iras, con rabias, con impaciencias, despechos etc. y así, sacan del padecer muchísimas y gravísimas culpas, que han de pagar con mayores tormentos en la otra vida: *Concepit dolorem, et peperit iniquitatem* (Ps. 7. v. 15). Al contrario, los buenos padecen, pero padecen con paciencia, humildad, resignación y conformidad con la voluntad de Dios, como lo hizo el buen ladrón: *Digna factis recipimus* (Luc. 23. v. 41); y todo esto les proviene de la meditación y consideración atenta de lo que padeció el inocentísimo Jesús. De aquí les proviene el padecer con paz y serenidad, y lo que más es, con fortaleza y silencio, que da grande hermosura al padecer, como lo enseñó Jesucristo; y de aquí suben con la misma meditación á gozarse y regocijarse con el mismo padecer, como lo hacían los Apóstoles: *Ibant gaudentes, quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati* (Act. 5. v. 41), y como tantas veces repite S. Pablo: *Absit mihi gloriari, nisi in Cruce* (Gal. 6. v. 14.); *Superabundo gaudio in omni tribulatione* (2. Cor. 7. v. 4); y como se puede ver

en las vidas de otros santos que tanta hambre y sed tenían de padecer, como Sta. Teresa que decía: «Ó padecer ó morir». Y Sta. Maria Magdalena de Pazzis que repetía: «Padecer, y no morir». Lo cual todo no pueden creer ni entender los mundanos y los pecadores, que como no ocurren á la fuente de la Pasion del Señor, de donde han de sacar la fortaleza para padecer con alegría, es su padecer sin consuelo y con muchas culpas. Pero como los santos recurren tantas veces á esta Pasion del Señor con la consideracion; por eso sacan de ella tanta fortaleza en el padecer, que llegan á desear, gozarse y gloriarse en el padecer. Y como S. Ignacio, que experimentó grandemente el gozo en el padecer, como se puede ver en su vida, induce á este grado al que hace los Ejercicios; por eso emplea toda la tercera Semana de dichos Ejercicios en las meditaciones y consideraciones de toda la Pasion de Jesucristo desde el principio de ella hasta la muerte y sepultura del Señor, y hasta la Soledad de su Sma. Madre y sus Apóstoles, como se puede ver en las meditaciones, que pone para el sexto y séptimo dia de esta Semana.

§. II.

Del artificio y reglas que pone el Santo en esta tercera Semana, para que se consiga el fruto de ella.

Aunque toda esta tercera Semana la emplea S. Ignacio en las meditaciones de la Pasion, no obstante, se debe advertir la armonia y disposicion con que procede en ella para la perfeccion de este arte. Porque en el primer dia y primera meditacion de la última Cena pone extensamente todos los preámbulos, que se deben hacer. Item, pone seis puntos diversos sobre que se puede meditar, y los coloquios y reglas que en ellos se han de observar. En la segunda meditacion de la oracion del Huerto pone con extension los preámbulos, y despues enseña el modo con que se han de seguir los puntos y coloquios. Y así, en estas dos meditaciones, da la forma y el método que se ha de observar en todas las de la Pasion. Despues, en las meditaciones desde el segundo dia hasta el séptimo, sólo da la materia de la meditacion de cada misterio, para que en ella se observe la misma forma, que enseñó en la primera y segunda

meditacion; porque fuera muy largo en cada misterio expresarlo todo, y fuera contra las reglas del arte, que es lo que declaramos, que deben ser breves; y dada una regla general de la forma que se ha de observar, señala sólo las demas materias en que se ha de ir practicando la misma regla.

En dicha primera meditacion contiene el Santo todos los admirables afectos que se pueden sacar de las meditaciones de la Pasion; como se puede ver en el cap. 35 del Directorio de los Ejercicios: porque en ella expresa la malicia y fealdad del pecado de que se debe doler, confundir y arrepentir el hombre, porque con él causó tantos tormentos á Jesucristo, como se puede ver en el preludeo tercero. Item, excita al conocimiento de la bondad y grandeza de Dios, que dispuso este medio para nuestro reparo y salvacion, como se puede ver en el punto quinto. Item, excita el afecto de seguir voluntariamente á Jesucristo, como Jesucristo se abrazó por nuestro amor con toda su Pasion, segun lo que el mismo Señor dijo: *Nemo tollit eam a me, sed ego pono animam meam a me ipso* (Joan. 10. v. 18): y lo que pondera Isaias: *Oblatus est, quia ipse voluit*, como se puede

ver en el punto cuarto y quinto de dicha meditacion. Item, excita los demas afectos de esperanza, amor de Dios, compasion de sus tormentos y afrentas, zelo ardiente de la salvacion de las almas por quienes tanto hizo y padeci6 Dios; y lo que mäs es, ardientes deseos de seguir 6 imitar ä Jesucristo en sus penas, afrentas y humillaciones, conforme ä lo que tiene el Santo dicho en la conquista del Reino de Cristo, y en el tercer grado de humildad, lo cual todo se hallarä en los preämbulos, en los puntos y coloquios de esta primera meditacion, si con atencion se considera.

Ademas de todo lo dicho, enseña el Santo la diversidad que se quede tener en el ejercicio de estas meditaciones de la Pasion, ya por la aplicacion de los sentidos, de que usa en los tres primeros puntos, con la reflexion de mirar, en cada uno, lo que el ejercitante puede sacar de provecho en la imitacion de Cristo, ya por la meditacion y consideracion, como se puede ver en los tres puntos últimos, ya con la diversidad de coloquios, que expresa el Santo principalmente en la nota, que pone despues de esta primera meditacion, donde se debe advertir que pone el Santo toda la fuerza y eficacia, para que el hombre

se aproveche en estas meditaciones, en aquellos tres coloquios, que pone en la meditacion de las dos banderas, en las tres clases de hombres, y en otras partes de la segunda Semana, y en la nota que pone despues de la primera meditacion de esta tercera Semana. El primer coloquio es á Maria, Señora nuestra, para que nos alcance de su santísimo Hijo la gracia de imitarle en su Pasion, humildad, etc. El segundo coloquio es á su divino Hijo, para que nos alcance lo mismo de su eterno Padre. Y el tercero al mismo eterno Padre, para que nos lo conceda. ¿Quién observará con puntualidad todas estas reglas, y las que añade el Santo despues de la segunda meditacion de esta tercera Semana, que no consiga copiosísimo fruto de las meditaciones de la Pasion, y logre todos los afectos y efectos, que se pueden desear, para crecido provecho del alma? ¡Oh qué arte tan prodigioso, éste de los Ejercicios! pero ¡oh qué poco entendido y ménos practicado!

Fuera de lo dicho, pasa el Santo á declarar en el dia séptimo de esta Semana, y en la nota siguiente, que es la última de estas meditaciones, tres modos diversos de meditar la Pasion de Jesucristo: el primero, multiplicando los mis-

terios en las meditaciones, y tomando en una la Cena, en otro el Lavatorio de los pies, en otro la institucion del Sacramento, y así en los demas; el segundo modo es al contrario, abreviando los misterios, y tomando la mitad de la Pasion para un dia entero ó para una meditacion, y la otra mitad para otro dia ó para otra meditacion; y el tercero es, tomando la Pasion toda para ir la rumiando en todo un dia entero, cuanto más frecuentemente se podrá (como dice el mismo Santo en el dia séptimo), sus misterios, etc.: en que se reconoce, como dice el Eximio Doctor en los lugares arriba citados, en especial en el cap. 6., la gran prudencia de S. Ignacio; porque siendo diversos los estados del espíritu, y los grados de la virtud, y las luces que Dios comunica, y la capacidad de los entendimientos; á todos proveyó S. Ignacio de varios medios que pueden usar en la provechosisima meditacion de la Pasion de Cristo, para que cada uno se acomode al que más le fuere conveniente para sacar de ella copioso fruto, como el mismo Santo dice al fin de dicha nota. De modo que señala el Santo varias maneras de contemplar la Pasion, ya por consideracion, ya por reflexion, ya por aplicacion de los sentidos, ya por multiplicacion de los miste-

rios, ya por compendio de ellos, ya por dulcísima continuada consideracion y rumiacion de toda la Pasion, como lo podrá conocer quien atentamente leyere y penetrare todas las reglas que pone el Santo en esta tercera Semana, y en especial la primera meditacion y la última del dia séptimo, con la nota que se le sigue.

Sólo quiero aquí que se advierta la dulzura con que el Santo meditaria toda esta Pasion, y singularmente la soledad, dolores y penas de María, Señora nuestra; pues da bastantes indicios de todo esto con las palabras que pone en el fin del dia sexto y en el dia septimo en que dice que el ejercitante ha de considerar todo aquel dia, cuanto más frecuente podrá, cómo el Cuerpo sacratisimo de Cristo, Nuestro Señor, quedó desatado y apartado del ánima; y dónde, y cómo sepultado. Ansimismo considerando la Soledad de Nuestra Señora con tanto dolor y fatiga; despues por otra parte la de los discípulos.

Últimamente se debe tener presente lo que notan varios Autores de los nuestros, y es, que en la meditacion de la conquista del Reino de Cristo, se pone á Cristo llamando á los hombres, que le quisieren seguir para formar de

ellos su ejército, con los que se animaren á seguir su estandarte en las penas, trabajos, injurias y abatimientos etc. En la meditacion de las dos Banderas se pone ya este ejército á la vista y en frente del ejército de los enemigos, así demonios, como mundanos, y como que ya están los dos ejércitos para darse la batalla. Y en esta tercera Semana se muestra ya la batalla, y cómo pelea el mundo y el demonio contra Jesucristo con tormentos, afrentas, injurias, etc., y cómo pelea nuestro divino Capitan Jesucristo con paciencia, silencio, constancia, fortaleza etc. para enseñar á nosotros cómo hemos de padecer, y por dónde hemos de conquistar el reino de los cielos.

Todos padecen en esta vida, como arriba ya dijimos; pero unos padecen con rabias, iras, etc. como el mal ladron, y otros padecen con humildad, silencio, resignacion, etc. como el buen ladron: y para enseñarnos Cristo el modo de padecer, padece más que todos, y en todo género de penas, pero ¡con qué fortaleza! ¡Con qué serenidad! ¡Con qué constancia! Mucha distancia hay del un padecer al otro. Mas como todo esto no se puede conseguir sin una consideracion atenta, profunda, devota, y afectuosa de toda la

Pasion de Jesucristo; por eso la pone tan extensa S. Ignacio, y gasta en ella toda la tercera Semana, dando todas las reglas convenientes, para que se logren muy copiosos frutos de la consideracion y contemplacion de la Pasion del Señor.

§. III.

De las ocho reglas admirables que da S. Ignacio en el fin de la tercera Semana, para moderarse y ordenarse en el comer, y en el modo de pagar este preciso tributo á la naturaleza; y del fin que tuvo el Santo en ponerlas en este lugar y no en otro.

Al fin de la tercera Semana puso S. Ignacio ocho prodigiosas reglas para la moderacion y templanza que se deben observar en el preciso tributo de tomar el alimento para sustentar la naturaleza. Las razones que tuvo para ponerlas en este lugar, son várias, segun lo que discurre el P. Suarez (Cap. 6. número 6.) en el lugar ya citado, y el P. Diertins en su Comento, al fin de la tercera Semana (Cap. 35 n. 12, 13.). A lo cual añade el Directorio (Cap. 35. n. 12 et 13), que estas reglas se pueden dar ántes de la tercera Semana, porque son muy oportunas en cual-

quier tiempo de los Ejercicios. No obstante, á mi corto juicio, las puso el Santo en este lugar y no en otro, con grande artificio y admirable disposicion; porque este y no otro era el lugar donde se debian poner. La razon legitima, dejadas las de otros autores, es, porque hasta esta tercera Semana, quiere el Santo que se lleve constante y animosa la penitencia, que tanto conduce á la luz y fruto de los Ejercicios: y como esta penitencia consiste, si es en el ayuno, en quitar no sólo lo supérfluo, sino tambien lo necesario; quanto más y más se quitare de esto, tanto es mayor y mejor la penitencia, exceptuando sólo, el que no haya exceso que quiebre la salud, como el Santo lo enseña largamente en el fin de la primera Semana, en la Anotacion décima. La cual enseña tambien en la cuarta regla de éstas que pone para moderarse en el comer, y en la regla séptima de distribuir las limosnas, que pone en la cuarta Semana: *Optimum ac securissimum est... ut suae substrahat commoditati quantum potest*; y en el fin de la segunda Semana, donde, entre los medios para reformar la propia vida y estado, acaba diciendo: «Piense cada uno que tanto aprovechará en todas cosas espirituales, quanto saliere de su pro-

pio amor, querer é interese, etc.» De todo esto se infiere, que quiere y enseña el Santo, que se ha de continuar fuerte y animosa la penitencia y el ayuno por todos los Ejercicios hasta el fin de esta tercera Semana.

Desde aquí quiere que se quiebren y moderen estos rigores, y que en la cuarta Semana, que toda es de contemplaciones de gozo, alegrándose y gozándose intensamente de tanta gloria y gozo de Cristo resucitado, etc., en lugar del ayuno rigoroso, sólo se observe una moderacion y templanza en el comer; la cual se podrá conservar en todo el tiempo de la vida virtuosa y santa que se emprende desde los Ejercicios. Y para que esta templanza y moderacion sea la que debe observarse, sin detrimento, ni de una, ni de otra parte, pone estas ocho admirables y prudentisimas reglas de la moderacion en el comer.

Todo esto se prueba manifiestamente ser así, y ser esta la razon porque el Santo pone estas reglas en el fin de la tercera Semana y ántes de entrar en la cuarta, y no en otro lugar, se prueba, digo, de lo que enseña el Santo despues de la primera meditacion de la cuarta Semana, principalmente en la cuarta nota de las que pone

antes de entrar en la contemplacion para alcanzar el amor, en que dice que en esta cuarta Semana se han de pensar cosas motivadas á placer y gozo espiritual, así como de gloria, etc. Item, que se ha de usar de claridad ó de temporales comodidades, así como en el verano, de frescura, y en el invierno de sol ó calor. Item, que en lugar de la penitencia se ha de usar de la templanza y todo medio en los rigores etc. De donde se manifiesta, que en esta cuarta Semana se ha de observar la templanza y el medio en las penitencias: y para que no yerre el ejercitante en esta templanza, y sepa en qué consiste y de qué medios se podrá valer para observarla perfectamente, le da el Santo estas ocho admirables reglas, para que pueda usar de ellas, así en esta cuarta Semana, como en el resto de su vida, moderándose en el comer y tomando lo preciso para la vida, no sólo según la razon y la política, sino conforme á la vida espiritual y santa. Y así se manifiesta con cuánto artificio y admirable disposicion pone el Santo estas reglas en este lugar y no en otro, para que así quede perfecto este arte de la santidad.

Ahora, si entramos á considerar cuán oportunas y cuán menudas y prácticas son estas reglas

que da el Santo, para moderarse en el comer, quedaremos asombrados al ver la mucha luz é ilustracion que tuvo del cielo, para escribir estos Ejercicios. Porque primeramente la gula, que no consiste sólo en el comer con demasia, sino en el excederse de lo necesario, y en apetecer manjares delicados y regalados, en comer fuera de los tiempos precisos, y en dejarse llevar de la delicia del gusto, atropellando la modestia en el modo de comer, etc., es un vicio tan general, que dice S. Agustin que son rarísimos los que llegan á vencerlo, y que será muy grande el que lo venciere del todo, y debe darle por esto muchas gracias á Dios; y confiesa humildemente de si mismo, que no lo habia vencido porque era hombre pecador: *Quis est, Domine, qui non rapiatur aliquantulum extra metas necessitatis? Quisquis est, magnus est, magnificet nomen tuum: ego autem non sum, quia homo peccator sum* (Lib. 10 Conf. cap. 31). Lo mismo dice S. Vicente: *Ad gulae dominium pauci pertingunt, qui non excedant, vel plus, vel minus edendo, vel debitas circumstantias non servando.* (Trac. de vita spirituali cap. 8). Y la razon es, porque como en todos es preciso el alimento necesario para sustentar la vida, todos es

preciso que lo tomen; y como al tomarlo es difícilísimo tasar la medida de lo que basta para sustento, y más difícil contener la delicia ó el gusto en el manjar, para no dejarse llevar de ella, es generalísimo en los más de los hombres el tener en esto algun desórden, y así es generalísimo este vicio.

Lo segundo, el que quiere vivir santamente, y más si quiere subir á la perfeccion, es preciso que comience sus batallas venciendo este vicio: *Contra gulam nobis primus conflictus est*, dice Casiano (Lib. 5. Instit. c. 11); porque sin vencer este, es imposible vencer los demas, como largamente enseña S. Gregorio Papa; porque mal vencerá los enemigos que estan fuera, quien no vence el primer enemigo que tiene dentro de si mismo, ni podrá triunfar de los enemigos que estan distantes y que son mayores, el que se deja vencer del que es menor y lo tiene más cerca: *Quia si non ea, quae nobis sunt viciniora prosternimus, inaniter ad ea quae longius sunt impugnanda transimus, mens enim cum se parvis prosterni conspicit, confligere majoribus erubescit, etc.* (Lib. 10. Moral. cap. 13); lo cual prosigue el Santo con muchos y varios ejemplos, y es doctrina que enseñan

S. Juan Climaco, S. Crisóstomo y todos los Santos Padres. Por esto, Dios, lo primero que prohibió á Adan, fué el comer, aunque de un árbol sólo, que fué el de la ciencia: *De arbore scientiae ne comedas* (Gen. 2. v. 17). Por esto, Cristo, Señor nuestro, comenzó su predicacion por el ayuno de los cuarenta dias, para enseñarnos por dónde habiamos de comenzar las batallas espirituales; y por esto, finalmente, el último tormento y pena con que quiso pagar por nuestros pecados, fué el de la sed y mortificacion del gusto, para darnos á conocer que la gula y el desórden en el comer y beber, era principio de todos nuestros males.

Lo tercero, los males que se siguen de no vencer la gula y el desórden en el comer y beber son innumerables. Puédese ver en S. Basilio que largamente lo describe, donde dice que no vió jamás hombre alguno que fuese santo y perfecto sin que venciese ántes este vicio: *Qui autem hoc morbo teneretur, neminem ex hominibus vidi unquam qui convaluerit, etc.* (Serm. de abdicat. ver. col. 2). De todo lo cual se infiere cuán general es este vicio, cuán pernicioso y difícil de vencerse, y cuán preciso y necesario el combatir con él, al que quisiere servir á Dios

de veras y con perfeccion, que es lo que intentan los Ejercicios de S. Ignacio. Y de aqui se manifiesta cuán importantes y cuán convenientes son estas ocho reglas que pone el Santo, para que el ejercitante, aún cuando no ayune ni haga penitencia en el comer, se modere y arregle tanto en el tomar el preciso alimento, que no le estorbe para continuar toda su vida en el ejercicio de las virtudes, vida perfecta y santa.

§. IV.

Prosigue la misma materia, con que se concluye la tercera Semana.

Supuesta, pues, la universalidad de este vicio, la dificultad de vencerle y la precisa necesidad de combatir con él quien quisiere servir á Dios con perfeccion; entran admirablemente las ocho reglas que para este intento da S. Ignacio, las cuales pueden servir tambien en otras materias, como nota el P. Diertins.

Lo primero, señala el Santo la materia en que se ha de observar la templanza, y dice que no tanto ha de ser en el pan, por ser el más necesario para el sustento, y ménos excitativo de tentaciones; pero que ha de ser mayor en los

otros manjares y condimentos que irritan más la gula y son ocasion de muchas tentaciones. Item, que mucho más se ha de observar la templanza en el beber, porque de esto se pueden seguir muchas tentaciones y pecados, como se puede reconocer en los que por necesidad ó costumbre usan del vino, y que así conviene mucho reconocer lo que hace provecho para admitirlo, y lo que hace daño para dejarlo.

Lo segundo, enseña que con los manjares se debe tener mucho mayor cuidado, porque de aquí se da ocasion al apetito para desordenarse, y al demonio para tentar. Y para que esta doctrina sea práctica, declara el Santo que esta abstinencia en los manjares puede ser de dos maneras: la una, no usando de manjares delicados, sino acostumbrándose á manjares pobres y gruesos que sustentan y no lisonjean al apetito. La otra, que si se usase de manjares delicados y deliciosos, sea en poca cantidad, para que tenga lugar la abstinencia, si no en lo sazonado y delicioso del manjar, á lo ménos en la cantidad.

Lo tercero, enseña admirablemente el modo con que se puede hallar el medio con que se eviten los dos extremos que pueden haber en el comer, ó por exceso ó disminucion. Porque sien-

do muy difícil el conocer la cantidad que un hombre necesita para su sustento, sin que añada la que excede, ni quite de la precisa; se puede esto saber con la regla cuarta que el Santo pone, y es, que vaya quitando cuanto más y más pudiere, evitando sólo el peligro de grave enfermedad, del manjar que acostumbra, y de lo que suele comer. Lo primero, porque con esto mismo que quita, se dispone á que Dios le dé luz y le alumbre con movimientos sobrenaturales, de lo que debe hacer para evitar los dos extremos de exceso ó diminucion en el sustento necesario; y con esta luz sobrenatural conocerá fácilmente el medio. Lo segundo, porque cuanto más quita del alimento preciso, más fácilmente conocerá si le faltan las fuerzas ó no, y podrá advertir cuánto alimento es el que necesita para conservar la salud y fuerzas corporales; y así, podía arreglarse á él para saber el medio del alimento que debe tomar. Esta regla es muy práctica, y es un medio admirable para conocer la cantidad que cada uno necesita para su sustento, y evitar las tentaciones que puede poner el demonio, así en el tomar más, como en el tomar ménos de lo que es necesario para el propio sustento.

Por aquí comenzaron los Santos que fueron santos aún despues de haber sido ántes pecadores. Por aquí comenzó S. Pablo, que estuvo tres dias enteros sin comer ni beber al principio de su conversion, Por aquí comenzó S. Agustin, que usaba del mantenimiento en aquella forma y cantidad, que se usa en los medicamentos; pues como en estos sólo se toma la cantidad precisa, sin que se aumente ó disminuya de la dosis necesaria, asi lo hacia en el alimento, y da particulares gracias á Dios, de que le enseñó esta admirable doctrina: *Hoc me docuisti, ut quemadmodum medicamenta, sic alimenta sumpturus accedam* (Lib. X. Confess. cap. 3.). Por aquí comenzó S. Ignacio de Loyola, que al principio de su conversion ayunaba á pan y agua toda la semana y sólo el domingo tomaba algun manjar quadregesimal. Por aquí comenzó S. Francisco Javier, que varias veces se pasaba dos y tres dias sin tomar alimento alguno, como dice la Iglesia en sus lecciones. Por aquí comenzó S. Francisco de Borja, que siendo ántes muy corpulento, se dió tanto á la abstinencia y al ayuno, que atenuó tanto sus carnes, que las redujo al parecer á un cadáver. Por aquí comenzó S. Pedro de Alcántara, que se

pasaba siete y ocho dias sin alimento alguno. Por aquí comenzó S. Luis Beltran, á quien casi se le cerraron las fauces por el poco uso del alimento. Por aquí comenzaron otros muchos santos y santas, que con la extremada abstinencia llegaron á conocer lo que sólo era preciso y necesario para su sustento natural, sin hablar ahora de aquellos otros casos prodigiosos que no caen bajo de regla, por ser milagrosos, de pasar algunos Santos semanas y meses enteros sin alimento alguno, como se lee de Sta. Catalina de Sena, Sta. Rosa, y otros santos y santas.

Así, pues, que esta regla que da aquí S. Ignacio, de ir quitando más y más el alimento acostumbrado, hasta llegar á conocer cual es el alimento preciso para el sustento de la vida y salud, es prudentísima y muy práctica y muy usada de los santos, que por este medio llegaron á conocer y usar lo que era preciso y necesario para su sustento, y así llegaron á tomar el alimento que es indispensable á la naturaleza; pero sin tener en él desórden alguno del apetito que llegase á ser culpa venial. Es verdad que esta regla no deben practicar los escrupulosos, que con su juicio errado pueden pasar la raya en la falta de alimento, y quebrantar ó quebrar del

todo su salud: pero para esto enseña el Santo que los Ejercicios no se hagan sino con director prudente y sabio, que pueda prevenir cualquier exceso que haga el ejercitante, y más si está fervoroso y lleno de luz.

Pero porque la gula ó el apetito del manjar, no sólo puede desordenarse en la cantidad y calidad de los manjares, sino tambien en el modo de comer, mezclándose algun defecto en la prisa ó en el ahinco de tomar el alimento; pone el Santo la regla séptima, para que se moderen estos defectos y tome la razon su imperio sobre todo el apetito, para que no se desordene ni en la cantidad, ni en la calidad, ni en el modo de tomar el alimento que tan preciso es á la naturaleza; porque pueda el que quiere servir á Dios y aspira á la perfeccion, que es la que enseñan estos ejercicios, pagar este tributo indispensable á la naturaleza sin culpa ni detrimento de la razon.

Para que todo esto se consiga, añade el Santo en las reglas 5^a, 6^a y 8^a, dos medios sumamente oportunos para que tenga efecto la moderacion y templanza, que estas reglas prescriben. El primero es, que mientras se toma el alimento, se procure traer á la imaginacion el modo con que lo tomaba Cristo, Señor nuestro, con sus

apóstoles, procurando reflectir en el modo que tendria este Señor en el comer, en el beber, en el mirar y en el hablar; con lo cual se conseguirán dos cosas: una, que imitando este Soberano ejemplar, no se desordene nuestro apetito; otra, que ocupado el entendimiento en esa meditacion, se desarmará de mucha parte de la fuerza de este enemigo. Lo mismo enseña que se haga con las vidas de los Santos ú otros negocios espirituales, para que haya variedad en los pensamientos; y estos, como buenos y santos, disminuyan las fuerzas del apetito.

El segundo medio es, que despues de comer ó en otro tiempo en que el apetito del comer esté del todo sosegado, y no se sienta hambre alguna que haga guerra á la razon, determine ésta lo que se ha de comer ó beber en adelante: porque como entónces no está vivo ni despierto el apetito del manjar, puede la razon con más despego y desembarazo reconocer lo que es preciso ó lo que es supérfluo para el mantenimiento: y así pueda la voluntad racional determinar lo que se ha de tomar como preciso, y lo que se ha de rechazar como supérfluo. Determinado esto por sola la razon, y en tiempo tan oportuno, debe el que quiere observar esta moderacion en el co-

mer, tener gran fortaleza y constancia en tomar sólo aquel alimento que determinó con la razón. De modo que, ni la fuerza del apetito, ni la instigación del demonio le puedan vencer para que se exceda en lo que determinó comer ó beber. Antes si, aún de esto que determinó, pueda disminuir ó quitar alguna parte, para mejor vencer la fuerza del apetito ó tentación del demonio.

Admirables reglas, si bien se consideran; y cualquiera que las supiere y ordenare, conocerá que son prácticas y sumamente eficaces para vencer este enemigo, que tan general es en los hombres, y en todos ó los más de ellos tiene efectos perniciosísimos. Es verdad que estas reglas no se pueden dar á todo género de gentes, porque las más viven bien halladas en el cautiverio y esclavitud del vicio de la gula; y sólo son convenientes en aquellos, que, ya que se ven precisados á tomar el sustento de la vida, lo hacen sólo por lo que pide la razón y nó por lo que tiraniza el apetito; y mucho más convenientes son en aquellos, que deseosos de servir á Dios y lograr su eterna salvación, desean quitar de sí todos los defectos, y arreglarse, no sólo á la política y á la buena crianza, sino también á la virtud y á la santidad. Estos reconocerán

fácilmente cuán importantes y eficaces son estas reglas, si las meditan y las practican, para conseguir, cuando no el ayuno y penitencia, la moderacion y templanza necesaria en cosa tan precisa y tan peligrosa como es el alimento.

Y estos no dudo estimarán y practicarán estas reglas, si leen todo lo que dice S. Basilio, quien describe largamente los horrendos estragos que la gula ha hecho en el mundo, y las inexplicables utilidades, que trae la sobriedad y templanza, no solo en la cantidad del manjar, sino en la calidad y deleite del gusto: *Si quidem, dice, gulae vitium non in escarum copia naturae suae vim positam exercere novit, sed in voluptate atque gustu, licet modicis admodum utare.* (Lib. De vera virgin. y en el Sermon De abdicat. rer. col. 5). Donde trae la admirable comparacion de un rio, que si viene escaso, se contiene solo en su madre y deja todas las riberas secas; pero si trae mucha copia de agua, se derrama por todas sus orillas, y en sus vertientes hace que todas las márgenes se llenen de yerbas y de malezas, entre las cuales se crian multitud de sabandijas y animalillos ponzoñosos. Asi tambien, dice el Santo, si el vientre está vacío y con poco alimento, todos los demas sen-

tidos tienen secas y sin vigor sus operaciones; pero si el vientre está lleno con el manjar redundante, todas las facultades sensitivas se llenan de vigor y de fortaleza, con cuyas lozanas se crían y se conservan multitud de sabandijas ponzoñosas de culpas y pecados, que hacen mucho daño al alma: *Sic vitium gulae, si per cordis tui venas se effuderit et distraxerit, indeque permeans sensus tuos omnes irrigaverit, ibi libidinum multarum in te silvam conserverit; animum tuum ferarum habitaculum efficiet.* Prodigiosa comparacion, y que muestra, que si domina en nosotros la gula, todos los sentidos se llenan de malezas, y nos llenan de culpas; pero si se vence la gula, se marchitan los demas sentidos, y nos dejan expeditos para el ejercicio de las virtudes, que es el que se intenta en estos Ejercicios de S. Ignacio, que concluye con estas reglas su tercera Semana.

Y para que nosotros la concluyamos, pondremos aquí, en compendio, todo lo ya dicho, por modo de diálogo, como se ha hecho en las Semanas antecédentes.

§. V.

Pónese la misma doctrina por modo de diálogo.

Pregunto. ¿Porqué S. Ignacio dividió sus Ejercicios en cuatro Semanas, si los demas doctores misticos sólo dividen la vida espiritual en tres vias, purgativa, iluminativa y unitiva?

Respondo. Porque la via iluminativa contiene dos partes: una de hacer muchas obras buenas por Dios; otra de padecer mucho por el mismo Dios segun lo que dice S. Bernardo: *Servire Deo est bona agere, et mala pati*. La vida espiritual es como la sensitiva, que consiste en accion y pasion. Y aunque comunmente se habla de una y otra, cuando se trata de la via iluminativa; S. Ignacio dividió muy oportunamente la una de la otra. En la primera Semana trata de la via purgativa; en la segunda, de la via iluminativa, en cuanto es accion ó hacer buenas obras; en la tercera, de la misma via iluminativa, en cuanto es pasion ó en cuanto se padece mucho por Dios; y en la cuarta, de la via unitiva.

P. Pues si los demas doctores misticos tratan

promiscuamente de la via iluminativa en cuanto es accion y pasion, ¿porqué S. Ignacio dividió la una de la otra en estos Ejercicios?

R. Por dos razones: la primera, porque este es arte de santidad, y procede por su orden y buena disposicion en las reglas que da: y para esto, y para proceder con claridad en el arte, era necesario dividir la accion, de la pasion. La segunda es, porque S. Ignacio no trata como quiera de la vida espiritual, sino de la vida perfectisima, que es la que más imita y sigue á Jesucristo en todos los pasos y empleos de su santisima vida. Y así, lo propone desde el principio de la segunda Semana por ejemplar á quien debemos seguir, en la semejanza de un rey temporal, etc.; y da las reglas necesarias para imitarle, no sólo en el ejercicio de todas las virtudes, sino en lo más heróico de ellas, y en el estado más perfecto, para cuya eleccion pone todas las reglas necesarias.

P. Pues ¿no pudiera todo esto enseñarse sin esta division de accion y pasion?

R. No pudiera oportunamente: lo primero, por la claridad que requiere el arte; lo segundo, porque trata de la vida perfectisima, cual es la apostólica, y que más sigue los ejemplos todos

de Jesucristo; y para esto, no sólo debia enseñar á padecer, lo cual es comun á todos los que comienzan la virtud, segun lo de S. Pablo: *Omnnes qui pie volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur* (2. Tim. 3. v. 12); sino que tambien era necesario enseñar al ejercitante á padecer mucho, y con gran fortaleza y constancia, como Cristo, pues esto es propio de los que no solo siguen á Cristo, para salvarse, sino tambien procuran la salvacion de otros, como los apóstoles, segun la prevencion que á estos les hizo el mismo Cristo: *Non est discipulus supra magistrum: si me persecuti sunt, et vos persequentur* (Matt. 10. v. 24.); y en otra parte: *Ego ostendam illi quanta oporteat eum pro nomine meo pati* (Act. 9. v. 16). Y asi es necesario que el ejercitante, si aspirase y llegase á este estado perfectisimo de la vida apostólica, se instruyese bien en el padecer con Cristo y como Cristo: y por eso dedicó S. Ignacio toda la tercera Semana de sus Ejercicios sólo á la meditacion y consideracion de la Pasion del Señor.

P. Mas ya que esto es así, ¿porqué pone S. Ignacio solas dos meditaciones de la Pasion, con toda extension de preludios, puntos, coloquios y varias anotaciones y advertencias, que

le da al ejercitante, y las demas contemplaciones sólo las pone con suma brevedad, y apuntando sólo los misterios?

R. Porque esto es arte de la santidad, y el arte no debe ser largo y difuso, sino breve y compendioso, dando las reglas que se deben seguir, y poniendo sólo algun ejemplo de cómo se deben ejecutar. En las dos primeras meditaciones pone el Santo, no solo la materia, sino tambien la forma del modo con que se han de meditar los misterios de la Pasion; y por eso declara los preludios, señala los puntos, expresa los coloquios, y pone sus anotaciones, que conducen á meditar con mucho fruto la pasion del Señor. Y estas reglas ó forma de disponer la meditacion para que se siga el fruto, es lo principalísimo que tienen los Ejercicios del Santo; y es lo que dice el P. Suárez, que fué don singularísimo y especialísima gracia que le dió Dios al Santo, el cual, ayudado de la misma gracia y de su experiencia y grande uso que tuvo de estos Ejercicios, pudo dar las reglas y la forma y método con que se habia de contemplar la Pasion del Señor, para que se siguiese el fruto que de esta meditacion se desea. *Et in hac forma et directione est in quo maxime laboravit*

Ignatius; et revera fuit donum speciali gratia illi concessum, et non sine magno usu et experientia comparatum cum divina gratia, dice el Eximio Suárez (Tom. 4. de Relig. lib. 9. cap. 6. n. 7).

En los demas misterios es muy breve el Santo, porque sólo señala en ellos la materia que se ha de considerar ó contemplar; porque la forma y método es la que ha puesto en el ejemplo y reglas que deja dadas en la primera y segunda meditacion, pues fuera cosa muy dilatada, y contra la razon del arte expresarlo todo en cada meditacion: *Nam quot ipsamet materia ad brevia puncta redacta simpliciter et sine multiplicatione discursuum proponatur, ex instituto factum est, pertinetque ad sapientem formam artificis, etc.* como dice el mismo Suárez (Ibid. n. 8).

P. Y ¿qué afectos son los que enseña el Santo á sacar de la meditacion de la Pasion?

R. Estos se pueden ver en el Directorio de los Ejercicios (cap. 35), en que se expresan largamente. Aquí, sólo basta el decir que de la continua y profunda meditacion de la Pasion del Señor, observadas las reglas que el Santo pone para esto, se saca principalmente grande amor al padecer, fortaleza, constancia, silencio,

paz interior y grande amor á Dios. Lo cual todo es muy necesario á quien se resuelve á servir á Dios con perfeccion, é imitar á Jesucristo con la vida Apostólica; pues sin este padecer no podrá ser constante en el seguir é imitar á Jesucristo, como se intenta en los Ejercicios de la segunda Semana: pues hay mucha distancia entre el padecer como el mal ladron, ó padecer como el buen ladron, ó padecer como padeció Jesucristo, que es lo que ha de procurar quien desea seguirle é imitarle.

P. Porqué S. Ignacio pone en el fin de la tercera Semana, y no en otra parte las reglas de ordenarse y moderarse en el comer?

R. Porque hasta el fin de esta Semana quiere el Santo, que se haga rigorosa penitencia en el ayuno, como enseña en el fin de la primera Semana. Pero, acabada esta Semana y comenzada la Semana cuarta que toda es de gozo y de la via unitiva, quiere que se moderen los rigores de la penitencia, y que estos queden en los límites de sola la moderacion y templanza, que es la que más ayuda á las contemplaciones de gozo, que se ponen en la cuarta Semana.

P. Si para ordenarse en el comer basta la razon, la prudencia, la politica y el deseo de la sa-

lud, ¿qué necesidad hubo de que S. Ignacio pudiese reglas, y tantas reglas para ordenarse en el comer?

R. Todo esto basta en términos naturales, y en los primeros grados de la templanza; pero no basta en términos virtuosos, ni en los deseos de servir á Dios á que se dirigen los ejercicios, ni en los últimos y más perfectos grados de la templanza que son los que aquí enseña S. Ignacio, y para los cuales da las reglas al ejercitante.

P. Pues ¿qué distincion hay entre lo uno y entre lo otro, esto es, entre lo natural y entre lo virtuoso, y entre los primeros y últimos grados de la templanza?

R. Que para lo natural basta el no tener exceso en la cantidad del alimento, y esto es lo que acostumbran los prudentes, los políticos, los deseosos de su propia salud, y los que toman el alimento gobernados por la razon: los cuales son muy pocos, porque los más de los hombres se gobiernan en esto por el apetito. Item, áun los prudentes y los deseosos de su propia salud, etc. moderan el apetito para no tener exceso en la cantidad de la comida, pero no la moderan en la calidad; pues, aunque sea poca y sea racional la cantidad que comen, suelen los más dejarse lle-

var del apetito en lo delicado, sazonado y regalado de los manjares, lo cual no es preciso para sustentar la vida. Item, si no en la cantidad y calidad, suele haber no pocos defectos en el modo de tomar la comida y la bebida; y así no bastan los principios solos naturales, para quitar todos los defectos que pueden ocurrir en la cantidad, en la calidad y en el modo de tomar el alimento: y cuando hubiese esta templanza en todo lo dicho, no la hay siempre; pues aún los más prudentes, racionales y deseosos de su salud, lisonjean tal cual vez á su apetito, como lo puede confesar cualquiera, si no se niega tenaz á la experiencia.

S. Ignacio no sólo da reglas para no tener exceso en la comida y bebida, sino para tomar de esto, sólo lo que es preciso y necesario para el sustento natural; lo cual sólo es propio de la gente virtuosa, y no como quiera virtuosa (remitome á la experiencia) sino muy virtuosa, muy santa y muy escogida de Dios. Pues solos los que escoje Dios para grandes Santos, comienzan por el ayuno riguroso, que señala S. Ignacio en el fin de la primera Semana de estos Ejercicios, y despues continúan en el grado supremo de la templanza, que es tomar sólo aque-

llo, que es preciso é indispensable para el sustento de la naturaleza, rechazando cualesquier movimientos que sean desordenados, en la cantidad, en la calidad, y en el modo de tomar el alimento, que son propiedades de la gula ó apetito desordenado en el comer y beber.

Añádase á esto que S. Ignacio, no sólo da las reglas necesarias para tomar sólo lo preciso para sustentar la vida, en la comida y bebida; sino declara tambien, cómo podrá cada uno conocer cuál es lo preciso para sustentarse cada uno, segun su complexion, enseñando que cada uno vaya quitando más y más de lo que acostumbra comer, para que este mismo defecto le vaya enseñando cuando tiene flaqueza en las fuerzas ó en la salud; pues esta experiencia propia le enseñará lo que le basta de sustento, á que se llegará la ilustracion divina, que premiará aquel rigor de abstinencia con dar á conocer, cuál es lo preciso y necesario para el propio sustento. Item, da el Santo otros varios medios, con que llegue á este conocimiento, como son el pensar mientras se come, el modo que tenia Cristo de comer, y el que tenian los Apóstoles y otros Santos, como se puede ver en la regla quinta y sexta. Da la regla tambien

con que puede la propia experiencia y el discurso de la propia razon, llegar á conocer el punto céntrico, de lo que basta para el propio sustento sin que haya ni exceso ni disminucion, como se puede ver en la regla octava. Y por esto, son tantas las reglas que da el Santo para este intento. Y dificilmente se han de hallar otras, ni más fáciles, ni más prácticas, ni más oportunas, para que el que quisiere servir á Dios con toda perfeccion, venza y sujete del todo este apetito, enseñado, á conseguir victoria, de todos los más de los Santos.

CAPÍTULO XI.

De la cuarta Semana de los Ejercicios de
S. Ignacio.

Para que se entienda bien esta Semana y se penetren las altas doctrinas y artificio que encierra, se debe dividir en cuatro partes: en la primera, en que da el Santo las reglas todas, que se han de observar en la via unitiva; en la segunda, en que enseña varios modos de orar, para conservarse y adelantarse en toda la senda de la perfeccion por este medio necesarísimo de la oracion; en la tercera, en que señala la materia

en que se ha de tener la oracion, que es toda la vida de Cristo Señor nuestro, desde la Encarnacion hasta su Ascension á los cielos; en la cuarta, en que da multitud de reglas para discernir espiritus, para gobernarse en escrúpulos y para todo lo demas que es necesario para constituir un pleno y perfecto magisterio de espiritu; y así concluye perfectamente su arte, dando todas las reglas necesarias para que así el discipulo que camina á la perfeccion, como el maestro que le dirige, se gobiernen con toda seguridad en esta admirable senda, en que no pocos se han perdido por falta de segura direccion.

§. I.

De la primera parte de esta cuarta Semana, en que trata S. Ignacio de la via unitiva.

Dos meditaciones pone el Santo al principio de esta Semana, en que encierra y concluye toda la via unitiva: porque el principio de esta es el gozarse con Cristo gozoso, y el fin de ella es el amar y amar intensamente, no sólo con amor y caridad afectuosa, sino tambien con la actiosa: y de todo trata con gran magisterio el Santo en dichas dos meditaciones.

En la primera, trata de la Resurreccion y primeras apariciones que hizo Cristo, Señor nuestro, despues de resucitado: en que alienta notablemente al ejercitante á todos los trabajos y penalidades, en que ha de seguir á Jesucristo, como se le ha mostrado en las Semanas antecedentes. Así, despues de haber llorado el ejercitante todas sus culpas en la primera Semana, purificando el alma, no sólo de las manchas de la culpa, por medio de la confesion, sino tambien de las penas merecidas por ellas, por medio de la penitencia, y de los vicios y reliquias que suelen quedar del pecado, por medio del exámen particular; item, despues de haber imitado á Jesucristo en toda su santisima vida, por medio de todas las reglas que da el Santo para el ejercicio de las virtudes, y virtudes no como quiera, sino muy heróicas y perfectas, y estas, no en cualquier estado, sino en el estado más conveniente y más perfecto, en que el ejercitante se hace una viva imágen de Jesucristo, por medio de las reglas é instruccion plenísima que para todo esto le da el Santo en la segunda Semana de los Ejercicios; item, despues de haberlo animado á padecer con Cristo paciente, dándole toda la instruccion necesaria

en la tercera Semana, para que se aliente á padecer con Cristo paciente, y como padeció Cristo: pasa el Santo en esta cuarta Semana á enseñar al ejercitante cómo se ha de gozar y gloriarse con Cristo gozoso y glorioso; y para esto, pone difusa esta primera meditacion, en que señala no sólo los preludios, sino cinco puntos diversos, y uno á varios coloquios, con que queda plenamente instruido el ejercitante en el modo que ha de usar para gozarse con Cristo gozoso y glorioso.

En el tercer preámbulo dice que se ha de pedir luz del inmenso gozo que tuvo Cristo resucitado, y su Santísima Madre, para que seamos participantes tambien nosotros de este mismo gozo. En el primero, segundo y tercer punto, se remite al modo, que enseñó en la primera meditacion de la tercera Semana; porque siendo estos Ejercicios arte de la santidad, debia ser breve y remitirse de unas reglas á otras, para no multiplicarlas. En el cuarto punto, nos manifiesta ya la Divinidad de Cristo, que si se escondió en los misterios de la Pasion, ya se deja ver en los misterios de la Resurreccion con tantos prodigios como en ella sucedieron: y así, dirige el Santo la contemplacion, no sólo á la Humanidad,

sino tambien á la Divinidad de Cristo, para que el ejercitante vaya enseñándose á contemplar las perfecciones de la esencia divina. En el quinto punto, que en esta meditacion es singular, anima al ejercitante á seguir todos los pasos de Cristo, conociendo el prontisimo consuelo, que da á los suyos, aun en esta vida, y cómo llena de gozo á los que por su amor se abrazaron por algun tiempo con las penalidades. Y el ejemplo que pone el Santo de un amigo muy fino y muy amigo, que con toda prontitud socorre y consuela al amigo que padeció por él; anima grandemente al ejercitante á tener por amigo á Jesucristo, y seguirle en todos los pasos, así de su vida, como de su santísima Pasion, cuando con tanta prontitud y firmeza, espera recibir muchos consuelos y gozos de tan buen amigo como Jesucristo. Y esta parece que es la razon, porque el Santo no puso en esta primera contemplacion de la cuarta Semana sólo el misterio de la Resurreccion, sino este misterio junto con las primeras apariciones, que hizo Jesucristo despues de resucitado; para que así, no solo se gozase el ejercitante en los gozos y glorias de Cristo, sino tambien en lo que él mismo habia de gozar, siendo participante de los gozos de Cristo resu-

citado, si lo habia sido ántes en las penas de Cristo paciente y en la imitacion de sus virtudes.

Añade el Santo, despues de esta meditacion cuatro admirables notas, en que da todos los medios necesarios para que el ejercitante consiga el fin de esta Semana, que es gozarse de los gozos de Cristo, y de los que le esperan á él mismo por haber imitado á Cristo. Puédense ver dichas notas para saber y practicar las admirables reglas que en ellas da el Santo para este fin. No pone el Santo más que esta sola meditacion; pero añade en la primera nota, que se han de seguir todas las demas de la Resurreccion hasta la Ascension, porque todas conducen á este fin. Pero como este es arte, no era conveniente dilatarse en poner difusas todas estas meditaciones, sino sólo la primera en que se dan las reglas para todas las demas. Pues hizo S. Ignacio, como advierte el P. Suárez, lo que cualquier buen maestro de algun arte, que da las reglas y pone algun ejemplo suyo para que los discípulos se rijan por él, y practiquen en los demas ejemplos las reglas que aquel ha prescrito.

La segunda meditacion, que pone difusa el

Santo en esta cuarta Semana, es la contemplacion para alcanzar el amor y crecer en todos sus grados, que son el complemento de la via unitiva. Y aunque todas las demas contemplaciones, desde la Resurreccion hasta la Ascension, conduzcan al amor; pone el Santo esta contemplacion del amor para declarar todos sus grados, y para hacer, como nota el P. Diertins, lo que hace un buen orador, que es hacer en el fin de su oracion un epitome ó peroracion, en que comprende todo lo que ha dicho en su oracion: porque despues de purificada de sus culpas el alma, de que se dan las reglas en la primera Semana; despues de seguir á Cristo en el ejercicio de las virtudes y virtudes no como quiera, sino las más heróicas, y en estado más perfecto, de que se trata en la segunda Semana, lo cual ya es amor y grande amor; despues de imitar á Cristo en toda su Pasion, de que se trata en la tercera, que ya es mayor amor; despues de gozarse con Cristo gozoso, de que se trata en esta cuarta Semana, que ya es mucho mayor amor: entra el Santo á tratar del mismo amor, que es el complemento y fin de la vida espiritual; y en él declara todos los grados, todos los motivos y todos los medios necesarios, para crecer más y más en

este divino amor, que es todo el fin para que fuimos creados.

Primeramente, en la nota que pone ántes de ésta contemplacion, declara dos cosas: la primera, que el amor no tanto consiste en palabras, quanto en obras; la segunda, que aunque el amor afectuoso es bueno, es mejor y más fino el actiuo, que consiste en comunicar el amante al amado todos sus bienes. Esto hizo Dios, porque nos amó, como dice S. Pablo: *Omnia nobis cum Filio donavit* (Rom. 8. v. 32). Y esto debemos hacer nosotros, porque para esto nos crió Dios, y es lo que debemos pedir á Dios, como dice el Santo en el coloquio que pone al fin del primer punto: *Suscipe, Domine, universam meam libertatem, etc.*

Pone despues los dos primeros preludios, en que da los medios para llegar á encendernos todos en vivas llamas de amor de Dios: *Ad amorem Dei totum me impendam*. En el primer punto pone el conocimiento, que se ha de procurar, de todos los beneficios recibidos de Dios, en creacion, redencion y todos los demas particulares, que cada uno puede reconocer en sí. La cual memoria enciende grandemente el amor para con tan grande bienhechor. Y viendo el

hombre lo mucho que Dios hizo por él, lo mucho que padeció en su Pasion, lo mucho que le dió dándose aun á sí mismo, etc.; y reconociendo lo que el hombre debe hacer por tan gran bienhechor: no hay duda, dice el mismo Santo, que con grandísimo afecto se entregará todo á su Dios, y hará aquella oblacion que el mismo Santo pone en este mismo punto: Recibid, Señor, toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, etc. Y quién no ve que en este primer punto pone S. Ignacio un medio efficacísimo para encenderse el ejercitante en varias llamas de amor de Dios, y llegar al último grado del amor actioso y efectivo, entregándose todo á su Dios? En el segundo y tercer punto muestra la Omnipotencia, Inmensidad, Bondad y Amor de Dios, que estando en todas las criaturas, todas las convierte á nuestro bien y á nuestro provecho; y muestra tambien cómo todo lo que hacen y trabajan todas las criaturas, es moviéndolas Dios á nuestra utilidad y provecho, lo cual grandemente nos mueve á la misma correspondencia, para que todas las criaturas y cuanto se nos ofreciere que padecer por medio de ellas, lo dirijamos al mismo Dios. Y por eso añade: «Otro tanto reflectiendo

en mí mismo por el modo que está dicho en el primer punto etc.» Y quien llegare á hacerlo así, ¿cuán encendido estará en el amor divino, cuando nada quiere para sí, sino todo para Dios? En el cuarto punto pone los atributos divinos, considerados en sí mismos, y como propiedades que descienden de aquel divino y sumo Ser, como los rayos descienden del Sol; la Bondad, Poder, Justicia, Sabiduría y todos los demas. En todo lo cual pone el Santo una contemplacion dulcísima, purísima, en solo el Sér y atributos divinos, que es el supremo objeto y término de la contemplacion.

Aqui advierto lo que sábiamente notó el P. Suárez en el lugar citado (tom. 4. de Relig. tract. 10. lib. 9. cap. 6. n. 9.) y es que S. Ignacio no trató, en sus Ejercicios, de la contemplacion pasiva ó supremo grado de contemplacion; como tampoco trató de los éxtasis, visiones, etc. de que tratan los que escriben de toda la vida espiritual; porque esta contemplacion pasiva no se sujeta á reglas ni á obra que haga la criatura, porque es obra de solo el Criador: y como el Santo sólo trata del arte ó reglas de conseguir la santidad, por eso no trata de la contemplacion pasiva etc. Pero si trata el Santo de la contem-

placion activa, que se sujeta á reglas y arte, cual es el de estos Ejercicios, porque es lo que la criatura puede hacer de su parte, en considerar con sosiego y como con una vista simple las verdades eternas. Por esto trató el Santo en esta cuarta Semana, de esta contemplacion del amor: *Quod maxime pertinet ad contemplationem*, como dice el P. Suárez (ibidem). Por eso tambien usa en todos sus ejercicios de la que llama: «Aplicacion de los sentidos,» para conocer las verdades eternas; porque como estos sentidos no pueden ser los materiales y corporales con que se ven y se oyen etc. los objetos sensibles, y no los espirituales; no habla el Santo de los materiales y externos, sino de los internos del alma, con que se perciben las verdades y objetos espirituales: *Cum interna animi quiete et affectibus qui illam comitantur* (Suárez n. 11); la cual aplicacion de la mente es quieta y sosegada: *Participatio quaedam contemplationis est, saltem quantum ad modum operandi*, como dice dicho eximio Doctor (ibidem), que se puede ver, para entender bien este punto. Pues á mi sólo me basta declarar, que estos Ejercicios son arte de santidad, para que el hombre pueda conseguir, por medio de su ejercicio, la más alta santidad.

§. II.

De la segunda parte, que encierra la cuarta
Semana de los Ejercicios de S. Ignacio.

Despues que nuestro P. S. Ignacio ha instruido al ejercitante en la primera Semana, de todas las reglas necesarias para que salga de sus pecados y vicios, y purifique del todo su alma de todas las manchas pasadas; despues que en la segunda Semana lo ha puesto en el camino del Cielo, siguiendo á Jesucristo por el ejercicio de las virtudes; despues que en la misma Semana le ha dado reglas necesarias para seguir con toda perfeccion á Jesucristo, enseñándole á elegir el estado mejor y lo mejor y más heróico en las virtudes, y en el estado, si lo tuviere ya elegido; despues que en la tercera Semana le ha enseñado á padecer todo lo adverso, que se le puede ofrecer, con Cristo y como Cristo en su Pasion; despues que en esta cuarta Semana le ha instruido en el modo de gozarse con Cristo gozoso, y llegar al purisimo amor de Dios, que es el fin y término de la perfeccion: restan dos cosas que enseñarle, para que el arte esté com-

pleto y perfecto: la una, el modo con que ha de permanecer y ser constante toda la vida en este camino de la perfeccion; la otra, el modo con que se ha de defender de los engaños y asechanzas que le han de poner todos los enemigos, para que no consiga esta perseverancia, ni logre el fin, para que fué criado, de su eterna salvacion. Y ambas cosas las declara y enseña el Santo en las tres partes restantes de esta cuarta Semana, como iremos declarando.

Y viniendo á la cosa primera, es de saber que el medio é instrumento principal de conseguir la perfeccion es la oracion y consideracion de la vida de Cristo, Señor nuestro, y de las verdades eternas. Y como esta oracion y consideracion consta de materia y forma, le da el Santo al ejercitante en esta segunda parte de la cuarta Semana várias formas de meditar y de orar, y luégo en la tercera parte, que trata de los Misterios de la vida de Cristo, le da abundantisima materia para sus meditaciones y consideraciones dividida en varios y pequeños puntos, en que se encierra grande artificio y admirable disposicion, como ya diremos.

Y para que comencemos por esta segunda parte de la cuarta Semana, es de saber que en todas

las Semanas antecedentes ha enseñado el Santo varios modos de orar mentalmente, ya por meditacion ó consideracion, ya por aplicacion de los sentidos, ya por repeticion, ya por coloquios etc. Fuera de estos, enseña aqui otros tres modos de orar, que ayudan mucho á la oracion vocal, y á los ejercicios de las tres vias, purgativa, iluminativa y unitiva. El primero es por los mandamientos, por los siete pecados capitales, por las tres potencias del alma y los cinco sentidos corporales, reparando en cada uno de estos, en qué se ha pecado ó cómo se ha guardado etc. Este modo de orar es muy propio de la primera Semana y da larga materia para la via purgativa: y de S. Francisco Javier se dice que solia darlo por penitencia á los que confesaba; porque es sumamente útil para conocer la fealdad de los pecados, llorar los cometidos y mudar de vida, guardando con diligencia sus potencias y sentidos. Y así, encarga el Santo en la séptima parte de sus Constituciones, que este modo de orar con los ejercicios de la primera Semana se dé á muchas más personas, que los ejercicios de las Semanas siguientes, que se han de dar á muchas ménos. Y así, distingue el P. Suárez en el lugar citado tres clases de personas, á quienes se

puedan dar los Ejercicios, que son muchos, pocos y poquísimos. A muchos se podrá dar la primera Semana con este modo de orar y el modo de examinar la conciencia, porque cualquier cristiano, por poca capacidad que tenga, puede examinar su conciencia, reconocer la gravedad de sus culpas, advertir lo que tiene merecido por ellas, negociar con Dios su eterna salvación y librarse de las penas eternas del Infierno. A pocos se han de dar los ejercicios de la segunda Semana, porque estos piden más capacidad y entendimiento en el ejercitante, y más resolución para seguir á Jesucristo en vida santa y perfecta. A poquísimos se han de dar los ejercicios de la tercera y cuarta Semana, porque estos piden más fortaleza y constancia, más entendimiento y capacidad en el ejercitante, y más facilidad y permanencia en ejercitar virtudes heroicas por Dios. Es singular y utilísimo á todos este modo de orar, como lo reconocerá el que lo considerare.

Aquí advierto dos cosas. La primera, que en el ejercicio acerca de los pecados capitales declara el Santo, que se conocerá mejor, considerando las virtudes que les son contrarias. Y que así, quien quisiere evitar los pecados capitales,

ha de procurar ejercitarse en las virtudes contrarias, y solicitarlas con ruegos y súplicas á N. Señor, que es el modo mejor de salir, no sólo de los pecados cometidos, sino tambien de los vicios y malos hábitos arraigados. Y cualquiera experimentará que si, despues de confesado de sus pecados, se ejercita en las virtudes contrarias, continuará con facilidad en la gracia y amistad de Dios y enmienda de su vida; pero si no se ejercita en dichas virtudes, experimentará que con facilidad volverá á caer en sus pecados. La segunda cosa que advierto es que en el ejercicio acerca de los cinco sentidos corporales añade el Santo un medio admirable para imitar á Jesucristo y á su Santísima Madre Na^a Sa en el uso que tenian de sus cinco sentidos, y es cotejar unos con otros, y pedir á Dios esta gracia particular de imitar, en el uso de los sentidos, ejemplares tan soberanos, como son Jesus y Maria.

El segundo modo de orar es acerca de las oraciones del Padre nuestro y Ave Maria, reparando en cada palabra la significacion de ella, y deteniéndose en cada una todo el tiempo y en todos los significados que tiene: y si hallare gusto y consuelo particular, ó deleite espiritual

en ello; detenerse sin pasar adelante mientras durare aquel gusto ó sabor espiritual, porque esto es muy provechoso al alma, á quien no aprovecha tanto el saber, como el sabor de las cosas espirituales. Aquí añade el Santo cuatro reglas distintas, sumamente útiles para que este ejercicio sea provechoso; y aunque este modo de orar pide más capacidad en el ejercitante, y porque la gente ruda y de poco entendimiento no podrá hacer este reparo en el sentido de las palabras; no obstante, da materia fácil á los que pueden ejercitarse en él, pues, como todos saben las oraciones, siempre tienen á mano la materia en que puedan ejercitar su oracion. Este es el modo que tienen los que explican la oracion del Padre nuestro entre sus meditaciones, como lo hizo Sta. Teresa, el P. La Puente y otros; y será mucho más provechoso, si se observa la nota que pone el Santo en el fin de este modo de orar, que es convertirse á la persona á quien se ha dirigido la oracion, como es á Cristo, Señor nuestro, con la oracion del *Pater noster*, ó á Maria, Señora nuestra, con la oracion del *Ave María*, y pedirle las virtudes ó gracias de que siente tener más necesidad.

El tercer modo de orar es, el que el Santo

llama por compas, y es, interponiendo un brevisimo espacio entre una y otra palabra de la oracion que se medita ó considera, como la del Padre nuestro ó Ave Maria, etc. Este modo de orar es sumamente útil para la oracion vocal, cuando se hace, ó por obligacion, ó por devocion, pues trae grande atencion en la oracion vocal para que se haga como se debe. Añade el Santo dos reglas peculiares en este modo de orar, y se remite á lo que tiene enseñado en los antecedentes. Yo sólo advierto aquí, que estos tres modos de orar encierran mucha doctrina y muy útil, pero es necesario entenderlos bien para practicarlos; y aunque el primer modo es muy fácil y pueden practicarlo todo género de personas, aunque no tengan letras, ni estén ejercitados en cosas espirituales, como arriba se dijo, y lo enseña el Santo: el segundo y tercer modo requieren más capacidad, y piden personas muy ejercitadas en la oracion y consideracion de las cosas eternas.

§. III.

De la tercera parte de la cuarta Semana de los Ejercicios.

Despues que N. P. S. Ignacio ha dado la forma de la oracion, que es el principal ejercicio de la vida espiritual, enseñando varios modos de tenerla; pasa á señalar la materia en que se puede ejercitar por toda su vida el que ha hecho estos Ejercicios, y sacar sumo provecho de ella: y como el principal objeto de estas meditaciones es Cristo, Señor nuestro, que es el capitan, guia y conductor de todas las almas, enseñándolas el camino del cielo, no sólo con sus palabras sino tambien con sus santísimos ejemplos; le da el Santo abundantísima materia al ejercitante para empleo de toda su vida, poniéndole delante todos los misterios de la vida de nuestro Redentor, desde su Encarnacion hasta su Ascension á los cielos, para que pueda el que sirve á Dios emplear todas sus potencias en materia tan divina, con sumo provecho de su alma.

El método que guarda es dividir cada misterio en tres ó cuatro puntos distintos, propuestos con suma brevedad, y ciñéndose siempre á la

letra del Evangelio, por lo que tiene enseñado en varias partes de estos Ejercicios, principalmente en la Anotacion segunda de las veinte, que estan al principio, donde dice, que el que da á otros los Ejercicios, «debe narrar fielmente la historia» y debe discurrir con breve ó sumaria declaracion por los puntos, para que así deje lugar al que hace los Ejercicios á que, ora por su propio discurso, ora por la ilustracion divina, halle nuevas verdades con que entretener su entendimiento y mover su propia voluntad; porque en las cosas espirituales no tanto aprovecha el saber, como el sabor y gusto espiritual que se percibe de las verdades halladas. Y como tiene esto el Santo enseñado, por eso pone estos puntos tan breves y concisos y segun lo que expresa la letra de los Evangelistas: *Ut eo expeditior factu sit contemplatio, quo est distinctior materia*, como dice el Directorio.

Este método de distinguir los puntos han seguido despues de nuestro P. S. Ignacio todos los más de sus hijos, y está ya muy usado de todos los que dan materia para la meditacion, porque facilita grandemente este ejercicio. Antes del Santo parece que no era muy usado; porque, aunque hay muchos autores, que tratan de

estas materias, son pocos los que las dividen en puntos breves, pues los mas las tratan difusamente, dando pleno el discurso al entendimiento, sin dejarle que él trabaje en buscar y considerar por si mismo algunas nuevas verdades, bien así como el predicador que da todo el discurso formado, sin que trabaje en él el oyente, lo cual, aunque es muy provechoso, no lo es tanto como el discurrir en la meditacion por si mismo y el hallar con la ilustracion divina nuevas verdades, que encaminen á la salvacion. Y por esto el Santo usa estos puntos muy breves, y encarga en la segunda Anotacion de las que estan al principio de los Ejercicios, que se den los puntos con una breve declaracion, que abra camino al ejercitante, para que él trabaje con su discurso propio para hallar más sabor y provecho en lo que medita.

La materia que da para la contemplacion, en este lugar de que vamos tratando, sólo es toda la vida de Jesucristo, Señor nuestro, desde la Encarnacion hasta la Ascension que comprende todas las tres Semanas, segunda, tercera y cuarta, en que se contiene todo cuanto se puede desear para comenzar la vida virtuosa y continuar siguiendo hasta la cumbre de la más elevada

perfeccion. Nada hay que desear en esto, porque nuestro único guia y conductor para el Cielo es este divino Rey, en cuya vida, ejemplos, doctrina, Pasion y misterios gloriosos nos da S. Ignacio cuanto podemos desear para el fin de los Ejercicios.

No pone el Santo nueva materia para las meditaciones de la primera Semana. Lo primero, porque la materia que da en la primera Semana, es completisima, y basta para conseguir el fin de dicha Semana que es el dolor de los pecados antes cometidos, y el llanto, contricion, confesion y penitencia que es decesaria para purificar el alma de las manchas contraidas. Lo segundo, porque en la misma Semana primera da opcion para que se puedan añadir otras meditaciones de la muerte, juicio etc. Lo tercero, porque enmendada la vida pasada, debe el ejercitante hacer en adelante lo que dice S. Agustin: *Commissa plangere et plangenda non committere*, y poner todo su cuidado sólo en seguir constantemente á Jesucristo en todas las virtudes, con lo cual conseguirá fortalecer su alma para no volver á lo pasado y para adelantar más y más cada dia en la senda de la perfeccion.

Llégase á esto el que la materia para la pri-

mera Semana se halla abundantísima, así en los Santos Padres y sagrados doctores que precedieron al Santo, como en todos los doctores místicos que se han seguido despues. Sólo los hijos de S. Ignacio han escrito innumerables libros que contienen difusamente las meditaciones de la primera Semana. Y aunque en todos ponen el título absoluto de «Ejercicios de S. Ignacio,» lo cual ha dado ocasion al engaño que algunos doctores han padecido, juzgando que esos son los Ejercicios que escribió el Santo, no siendo más que extension de la materia que pone el Santo en la primera Semana: con todo dan sobradísima materia para dicha primera Semana, y fuera contra razon de arte, que es el que el Santo escribe, el que se hubiese extendido en estas materias: pues el Santo sólo da las reglas, forma y método de hacer los Ejercicios, que es lo propio y formal de un arte, cuyas reglas deben ser breves y aplicarse á las materias particulares. Y á esta forma y método llama el P. Suárez admirable, y don singularísimo que dió Dios al Santo para provecho de todos los estados de gentes que hay en la Iglesia de Dios. Y así, es este un arte perfectísimo: *Et revera fuit donum, speciali gratia illi concessum, et non sine magno*

usu et experientia comparatum cum divina gratia. Nihilque deest (ut existimo) quod desiderari possit (Tom. 4. De Relig. tract. 10. l. 9. c. 6. n. 7).

§. IV.

De la cuarta parte, que contiene esta cuarta
Semana de los Ejercicios.

Instruido el ejercitante de todo cuanto es necesario para caminar desde lo más profundo de los pecados hasta la cumbre más elevada de la perfeccion, y perseverar por toda la vida en seguimiento de Jesucristo, restaba prevenir las asechanzas de los enemigos, que podia padecer el ejercitante por via de los errores y engaños del entendimiento. Porque aunque la voluntad estuviese bien fortalecida y el ánimo constante en seguir á Jesucristo; no obstante podia el hombre faltar á esta senda por algunos errores y engaños del entendimiento: y esto es lo que previene el Santo en todas las admirables é importantisimas reglas que pone en el fin de sus Ejercicios. Las cuales declararemos brevemente para que se conozca la disposicion y método de este prodigioso arte de la santidad.

Tres géneros de engaños ó errores puede padecer el hombre en su entendimiento: el primero, nacido de las astucias del demonio; el segundo, originado de la oscuridad de su propio entendimiento; el tercero, ocasionado de los engaños y falsedades de otros hombres, como acontece á los que se dejan engañar de los argumentos falsos de los herejes, y tambien de los engaños de los ilusos, de los hipócritas y de los alumbrados; de que hay muchos riesgos y peligros aun en el camino espiritual. Y todos estos los previene S. Ignacio en estas últimas reglas, de que se deben valer no sólo los discipulos que caminan por la senda de la virtud, sino tambien los maestros y directores de espíritu que los guian; porque unos y otros corren mucho peligro en estos escollos, los cuales evitarán si estudian con atencion y siguen con adhesion estas admirables reglas que para discipulos y maestros pone S. Ignacio en el fin de sus Ejercicios, y de las cuales pondremos aquí alguna explicacion.

Primeramente, el demonio tienta de dos maneras á los hombres. La una como ángel de tinieblas, proponiendo bienes temporales, para inducir á males espirituales. La segunda,

transfigurándose en ángel de luz, y proponiendo bienes espirituales aparentes, para inducir á males verdaderos. Del primer modo tienta de ordinario á los que van de mal en peor. Del segundo modo tienta regularmente á los que van de bien en mejor. Y para conocer lo uno y lo otro, pone S. Ignacio dos géneros de reglas para la discrecion de espíritus, y conocimiento de los movimientos, que se sienten en el alma; porque se puedan distinguir los que son del ángel bueno, y los que son del ángel malo. En la primera parte pone catorce reglas, y declara que estas son más propias de los que estan en la via purgativa y en los ejercicios de la primera Semana. En la segunda parte pone otras ocho reglas, más sutiles y de más discrecion de espíritus: y éstas son más propias de los que ya caminan en la via iluminativa y unitiva, y en los ejercicios de la segunda, tercera, y quarta Semana. De unas y otras habla alta y sabiamente el P. Suárez ya citado (Tom. 4. De Relig. trac. 10. l. 9. c. 5.)

Pero para que esto mejor se entienda, es de suponer: lo primero, que á los que están sumergidos en un abismo de culpas, y ciegos con sus apetitos y pasiones, casi no necesita el demonio de tentarles; porque ellos se tientan á sí mis-

mos, como dice Santiago: *Unusquisque tentatur á concupiscentia sua abstractus et illectus* (Jacob. 1, v. 14). Y si el demonio los tienta por sí mismo, sólo es para que multipliquen más y más sus pecados, y para que de unos grandes caigan en otros mayores. Estos son como esclavos sujetos al demonio y á sus apetitos, que en todo ó en lo más viven segun los dictámenes de la carne, y su paradero es la muerte eterna: *Si secundum carnem vixeritis, moriemini*, que dice S. Pablo. Por esto pone S. Ignacio en la sexta Anotacion de las veinte que estan al principio, que si el ejercitante no siente movimientos algunos del bueno ó del mal espíritu, se le pregunte con gran cuidado si hace ó no los ejercicios espirituales; porque si estos no hace, no es mucho, que sólo el mal espíritu sea dueño de toda el alma, como dice Cristo: *Cum fortis armatus custodit atrium suum* (Luc. 11. v. 21).

Pero si un alma hace sus ejercicios espirituales, y comienza con buenas obras á pelear y deshacer las malas, como sucede en la primera Semana de los Ejercicios de S. Ignacio: *Si autem spiritu facta carnis mortificaveritis*; entónces comienza la batalla de los dos espíritus, así del malo, por no perder su posesion, como del bue-

no, por sacar aquella alma del cautiverio del Demonio, y encaminarla al Cielo, como aconteció á Moises y Faraon, cuando quiso Dios sacar á los Israelitas del cautiverio de Egipto.

Lo segundo, se debe suponer de doctrina del Eximio Suárez arriba citado (Lib. 9. c. 5. n. 31 et 32) la diversidad que hay en las mociones é iluminaciones ó inspiraciones sobrenaturales que se sienten en el entendimiento y voluntad del que comienza á servir á Dios y continúa en el camino de la perfeccion. Unas de estas provienen de sólo Dios, y otras, y es lo ordinario, provienen de Dios por medio del ángel de la guarda ó de los ángeles buenos. El mover el entendimiento y voluntad inmediatamente, proviene de sólo Dios, pues que sólo él tiene potestad inmediata en el entendimiento y voluntad. Pero cuando estas mociones las hace Dios por medio de los ángeles, estos las ejecutan moviendo la fantasía y apetito sensitivo por medio de los objetos sensibles é imaginarios. Por medio de éstos mueven la imaginacion, y por medio de ésta el entendimiento, y por medio del entendimiento la voluntad libre. Y así como los ángeles buenos mueven el entendimiento y la voluntad por medio de los objetos y de la imaginacion; así tam-

bien los ángeles malos, remedando el modo de obrar de los ángeles buenos, mueven el entendimiento y la voluntad libre, por medio de los objetos sensibles y la imaginacion y el apetito sensitivo; mas con esta diferencia, que los ángeles buenos mueven con la realidad y la verdad, pero los ángeles malos mueven con la ficcion y la apariencia.

De aquí proviene el peligro de ser engañados del demonio los hombres, y principalmente los virtuosos; porque si á los mundanos los engaña el demonio, como ángel de tinieblas, proponiéndoles sólo bienes temporales, aunque vayan mezclados con males espirituales; á los virtuosos los engaña transfigurándose en ángel de luz, ó proponiéndoles bienes espirituales falsos y engañosos, para hacerlos caer en verdaderos males espirituales. Por esto dice S. Juan, que se han de probar los espíritus, si son de Dios, ó no: *Probate spiritus, si ex Deo sint*. Y aunque esta discrecion de espíritus suele ser gracia *gratis data*, que Dios comunica á algunos, y por eso la numera S. Pablo entre los dones gratis dados; no quita este don extraordinario, el que en la Iglesia de Dios haya otros modos y reglas ordinarias, con que conocer y discernir es-

ta diversidad de espíritus. Y tales son estas admirables reglas, que pone S. Ignacio en este su completísimo arte de santidad, que son los Ejercicios, para que todos puedan valerse de ellos. Y no sólo en tiempo de los Ejercicios, sino en todo tiempo deben entenderse y gobernarse por ellas los padres de espíritu, y directores de almas; pues en estas reglas hallarán cuanto necesitan para no ser engañados del demonio, ni ellos ni las almas, á quienes dirigen por la senda de la virtud.

En estas primeras catorce reglas declara nuestro P. S. Ignacio, qué es consolacion y qué es desolacion espiritual. Y con doctrina bien apreciable distingue entre la consolacion sensitiva de lágrimas devotas, alegría y gozo del corazon, y entre la devocion y consolacion racional, que consiste en el aumento de la fé, esperanza y caridad, y de las demas virtudes, y en la facilidad y alegría para continuar en el ejercicio de ellas, y progreso en el servicio de Dios. Véase la regla tercera. Item, distingue entre las desolaciones la que es crasa y propia de principiantes, como es la inclinacion á cosas terrenas, etc. y la que es más sutil y propia de personas que van aprovechando, como son las tentaciones, descon-

fianzas de su salvacion, caimiento de ánimo y desconfianza de Dios y de su clemencia y misericordia etc. Véase la regla cuarta.

En las tres últimas reglas pone tres admirables comparaciones, que no solo ponen á los ojos toda la doctrina declarada en las reglas antecedentes; sino que dan medios eficacisimos con que vencer todas las sugeriones del demonio, como son: en la primera, cobrar brio y valor contra el demonio; en la segunda, manifestar todos los pensamientos y movimientos del alma al confesor; en la tercera, reconocer sus propios ejercicios, para aumentar las virtudes que tuviere débiles, y acrecentarlas y fortalecerlas para atajar é impedir los asaltos y asechanzas del demonio. Últimamente, quien leyere con atencion estas reglas, y se enterare de todas sus doctrinas y practicare todos los medios que da en ellas S. Ignacio para la buena direccion de las almas que caminan por las virtudes al Cielo; se hallará libre de todos los riesgos y peligros que tienen de perderse, así los que van por este camino, como los directores y confesores que los guian. Sigüense, despues de estas catorce reglas, otras ocho, que da el Santo más útiles y de más penetracion, de los movimientos del ángel bueno y

del ángel malo para discernirlos, y poder seguir los unos y evitar los otros, para no perderse en esta senda. Estas ocho reglas no son para todo género de gentes, porque los principiantes y los inexpertos en las cosas espirituales no las podrán entender ni ménos practicar: y así, estos más recibieran daño que provecho, si se las explicasen, como dice el mismo Santo en las Anotaciones nueve y diez de las veinte que estan al principio de los Ejercicios. Habla de ellas alta y sabiamente el P. Suárez en el lugar arriba citado (Cap. 5, n. 34 y siguientes): en él se pueden ver porque aquí no nos dilatemos mucho. Y así concluyo, sólo con decir que dichas ocho reglas, piden mucho estudio, y que todos los directores de almas deben estudiarlas y enterarse bien de todas sus doctrinas, para no precipitarse como ciegos guiando á otros ciegos. Y cuando son tantos los peligros de perderse en el camino espiritual, deben prevenirlos con el estudio de estas reglas y la explicacion de ellas, que pone el P. Suárez; pues así caminarán y navegarán seguros con esta guia y carta de marear indefectible, que en este su arte de los Ejercicios da S. Ignacio de Loyola.

Y cuando llegásemos al término de la obra...

§. V.

Prosíguese la misma materia, y se continúan las reglas que da S. Ignacio en el fin de la cuarta Semana.

Despues que S. Ignacio ha instruido al ejercitante para no ser engañado del demonio; pasa á dar otras reglas, para que el ejercitante no se engañe, y yerre por su propio entendimiento. Y para esto pone primero las reglas que se han de observar en el distribuir las limosnas, y despues las que ha de practicar contra todo género de escrúpulos. Y viniendo á las primeras, podrá alguno preguntar la razon que tuvo el Santo para poner aquí semejantes reglas. Dos razones hay muy poderosas: la primera, la que da el P. Suárez, en el lugar ya citado (c. 7. n. 6), y es que ésta es una doctrina general que se puede aplicar á otras varias materias, pues las reglas que da aquí el Santo para el acierto en el distribuir las limosnas, puede observarlas el ejercitante en cualesquiera otras cosas, que hubiere de hacer, porque todas vayan con acierto y cedan en servicio de Dios, nuestro Señor, y en provecho espiritual del ejercitante. Fúndanse

en dos principios: el primero, que la intencion sea recta, y sólo servicio de nuestro Señor. El segundo, que esté el ánimo totalmente indifere-
rente para la eleccion de los medios, y si qualquiera accion se hace con estos dos principios, no se puede dudar, que saldrá con acierto. Las cuatro primeras reglas, que aqui pone el Santo, son las mismas que da en la segunda Semana tratando del segundo modo de elegir, para que qualquiera accion y determinacion del hombre sea para su provecho espiritual: y la doctrina general, que alli da, la aplican aqui particularmente al distribuir las limosnas. Y así, es ésta una doctrina general, como dice el P. Suárez citado.

La segunda razon más eficaz y poderosa es porque estos Ejercicios no son para algun género de personas solas, sino para todo género de personas, ó pobres ó ricas ó religiosas ó seculares ó privadas y particulares, ó constituidas en dignidad y en officios públicos, pues todas pueden y deben servir á Dios y procurar su salvacion, y perfeccionarse en su estado y en su officio, sea el que fuere; y así los Ejercicios dan reglas generales para todo género de estados y de personas. Cuando el ejercitante, movido con es-

tas verdades, quiere mudar de estado y elegir otro más perfecto, como el de religion etc; si es pobre y no tiene bienes, puede mudar su estado sin tropiezo: si es rico y tiene bienes, debe disponer de ellos para mudar de estado, y entónces necesita de estas reglas para el acierto en la disposicion de sus bienes: si es principe y constituido en dignidad eclesiástica ó secular, puede y debe mejorarse en su estado y dignidad; y aquí es donde necesita grandemente estas reglas para el acierto de la disposicion de todos sus bienes, porque se hagan sin mezcla de afecto humano, y se enderecen sólo á servicio de nuestro Señor: y esta parece que es la mente clara del Santo, como se ve en la regla sexta y séptima en que habla de los obispos, alegando lo que se determinó en el Concilio Cartaginense, y de los casados, con el ejemplo de S. Joaquín y Sta. Ana, que tuvieron bienes abundantes y los distribuían santísimamente. Porque los que son llamados, con vocacion divina, á estado ó dignidad que tiene aneja la administracion de bienes, deben tener reglas fijas y seguras con que administrarlos, no para utilidad propia, sino sólo para servicio y gloria de Dios; y ningunas reglas se hallaran más breves ni más ciertas, ni más oportu-

nas para este intento, que las que aqui da S. Ignacio; conque se reconoce lo completo de este arte de santidad, pues da los reglas necesarias para que todos y en todos estados puedan servir á Dios con toda perfeccion. Sólo advierto aqui que se lea con cuidado la regla séptima, en que da el Santo un medio muy eficaz, para que cada uno conozca cuánto es lo que debe gastar de sus bienes en su propia persona, en su casa ó en su familia, para que no se engañe en esto el amor propio. Léase tambien la cuarta regla de las que pone en el fin de la tercera Semana acerca de la moderacion en el comer. Porque dicha regla cuarta y esta regla séptima de distribuir las limosnas son una misma para no dejarse engañar del amor propio, y gobernarse ora sea en el comer, ora en el distribuir sus bienes por sólo el servicio y gloria de Dios.

Viniendo á las reglas que da el Santo acerca de los escrúpulos, se debe notar que de dos maneras puede engañarse el hombre por su propio entendimiento: una, por el amor propio, y ésta la previene el Santo en las reglas dichas del distribuir las limosnas; otra, por el demasiado y vano temor, y á ésta ocurre el Santo con las reglas que da acerca de los escrúpulos. Distingue

en ellas los escrúpulos sutiles y contentibles, que forman algunos más con locura de la cabeza que con estímulo de la conciencia, como es el pisar casualmente alguna cruz formada por dos pajas en el suelo; y los escrúpulos verdaderos, que son los que afligen á una alma deseosa de no ofender á Dios y de servirle, pues estos suelen afligir mucho á semejantes almas. Estos escrúpulos, unos provienen de Dios, otros provienen de la propia naturaleza, y otros provienen del demonio. De los primeros habla el Santo en la tercera regla, en que declara que suele Dios darlos al principio de la conversion, y son sumamente útiles para purificar el alma y para fijar en ella el santo temor de Dios. La segunda manera de escrúpulos, que provienen del humor melancólico ó de algun genio tímido, etc. no necesitan de remedios espirituales, sino corporales, y así no pertenecen al médico del alma, sino al del cuerpo que los cura con purgas ú otros medicamentos que purgan el humor melancólico y el cerebro, de los vapores fuliginosos que oscurecen la fantasía, para que todo se le represente al hombre funesto y adverso. La tercera manera de escrúpulos proviene del demonio, y son grandes rémoras de la virtud,

y de estos trata más difusamente el Santo, declarando las astucias que usa el demonio en arrojar estos escrúpulos al alma, y da los remedios eficacisimos de que ha de usar ésta, para desvanecer todas las falacias de su enemigo. De esta materia tiene un largo y admirable tratado el P. Antonio Zaraza (Tom. 2. De arte semper gaudendi), que pueden ver los confesores y directores de almas, aunque bastan estas reglas, que aquí da el Santo, para la buena direccion de un alma escrupulosa.

§. VI.

De las últimas reglas que pone el Santo en sus Ejercicios, sobre el modo que debemos tener en el sentido verdadero de lo que enseña la Iglesia católica militante.

Las últimas reglas, que pone S. Ignacio en sus Ejercicios, son diez y ocho reglas admirables para el modo que debemos guardar en el conformarnos, en todo, con todo lo que enseña la Sta. Madre Iglesia Católica. Y podrá extrañar alguno por qué fin las pone el Santo aquí en sus Ejercicios, y más, siendo tantas y tan menudas. Son altísimos los fines que hay en estas im-

portantísimas reglas, y muy necesario el que se enteren de ella los confesores y predicadores y las almas que suben á la perfeccion por los grados de las virtudes, de que instruye el Santo en estos sus Ejercicios. Por esto se sacaron, de estas diez y ocho reglas, todas las más reglas de los predicadores y confesores que tiene la Compañía de Jesus, para instruccion de sus hijos que se emplean en estos ministerios, como se puede ver en el cotejo de unas y otras que hace el P. Ignacio Diertins. Y si los que guian á las almas en sermones y confesiones, deben estar muy enterados de estas reglas; mucho más deben estarlo las almas que aspiran y suben á la perfeccion, por los muchos riesgos que hay en ella de precipitarse desde el pináculo del templo hasta lo profundo de la tierra, como persuadia á Cristo el demonio, ó hasta lo profundo del infierno, que es lo que intenta el demonio con las almas que siguen á Cristo.

Arriba dijimos, que puede ser engañado el ejercitante, ó del demonio ó de su propia ignorancia ó de otros hombres malignos. Para no ser engañado del demonio, le instruye el Santo con las reglas de discrecion de espiritus. Para no ser engañado de sí mismo, le instruye con las

reglas para conocer escrúpulos y para distribuir limosnas. Para no ser engañado de otros hombres malignos, le instruye con estas diez y ocho reglas admirables del sentido que se debe tener uniforme en la Iglesia Católica, como ya explicaremos: y hé aquí el primer motivo para estas reglas.

El segundo motivo es, el que con estos Ejercicios se perfecciona cualquier género de personas, que los hicieren, como los hagan exactamente y observando todas las reglas, que el Santo prescribe. Y si estas personas, así perfeccionadas, son hombres de letras, ó Sacerdotes y Religiosos, que han de instruir y enseñar á otros en sermones y confesiones, lo cual harán sin duda, si llegan á encenderse en el amor de Dios, de que se deriva como fruto inmediato el amor del prójimo y deseo de su salvacion; necesitan mucho de estas reglas para la buena y segura enseñanza de los otros, y para no ser engañados de las almas ilusas, como tantas veces ha acontecido y luégo veremos.

El tercer motivo, porque si estas almas, así perfeccionadas, no tienen letras, ni profesan enseñar á otros; no obstante, si llegan al amor de Dios, han de hacer sus esfuerzos posibles,

en el modo que puedan, ó con conversaciones ó con persuaciones para traer á otros á la virtud y al servicio de Dios. Y corren mucho peligro de perderse á sí mismos y de perder á otros, si no se instruyen bien de estas reglas. El cuarto motivo es, porque el Santo escribió estos Ejercicios en tiempos muy peligrosos en que se habian levantado en la Iglesia de Dios muchas herejias, como la de Lutero y la de Calvino, en que se trataba generalmente del libre albedrio, de la eficacia de la gracia, y del misterio altísimo de la predestinacion, en que de ordinario suelen hallar muchas dudas y tropiezos todas las personas virtuosas, y así, era necesario instruir á todo género de gentes en estas armas espirituales y doctrinales, en estas breves y clarísimas reglas, para que se defendiesen de las armas y ejércitos que habia levantado el infierno contra la Iglesia Católica, como lo hace el Santo, y se puede ver en las reglas catorce, quince, diez y seis, diez y siete, y diez y ocho, principalmente en la regla diez y siete, de las que pone el Santo entre éstas de que vamos hablando.

Declarados los motivos, pasemos á ver los peligros que hay aún en la santidad más encumbra-

da. David decia que siendo tantos sus enemigos temia mucho la altura y claridad del dia: *Quoniam multi bellantes adversum me. Ab altitudine diei timebo* (Ps. 55.), esto es, como explica S. Jerónimo, que no temeria á sus enemigos, sino que temeria la mucha luz de Dios: *Non timebo bellantes adversum me; sed tuum excelsum timebo lumen* (Apud Tirin. hic). Y es muy digno de extrañarse el que se tema la altura del dia y la mucha luz de Dios; *Tuum excelsum timebo lumen*. Que se teman las sombras, que se teman las tinieblas, que se tema lo profundo de la media noche, bien está; pero que se tema el dia, y lo más alto del dia, y la luz más clara de Dios, *ab altitudine diei... Excelsum timebo lumen*; cosa parece muy digna de extrañarse. Pero no lo extrañará quien supiere que el camino de los justos es como el de la luz, que va subiendo y creciendo hasta el dia perfecto: *Justorum semita quasi lux splendens procedit et crescit usque ad perfectum diem*. Y en esto más alto del dia y de la perfeccion hay mucho que temer por los riesgos que hay de perderse en ella; pues este era el demonio meridiano de que tanto temblaba David en otra parte: *Ab incursu, et daemonio meridiano*. Y ésta es la altura del dia que teme este Profeta

Santo en este salmo: *Ab altitudine diei timebo.*

La razon de este justo temor es, porque en lo más alto de la perfeccion hay mucho peligro de ilusiones, errores y engaños del demonio, en que han perecido no pocas almas; y lo que peor es, han envuelto en sus engaños y errores á no pocos confesores y maestros de espíritu de que se lloran lastimosísimamente estragos, sucedidos en la Iglesia de Dios. Y para que esto se entienda más claramente, pondremos aquí algo de lo que dice en su Teologia Mistica (Lib. 8. c. 6) el P. Miguel Godinez, en que habla y describe el espíritu de los alumbrados y gente ilusa. Dice pues: «Los alumbrados é ilusos son gente que trata mucho de la oracion mental, de lo supremo de la contemplacion, de visiones, raptos, etc. Los más de estos començaron bien y pasaron algun tiempo en las virtudes sólidas: pero despues cayeron en alguna soberbia oculta, por la cual los dejó Dios de su mano, y luego los recogió el demonio, cebándoles, por la oracion, retiro, penitencia, etc., su propio gusto y propia estimacion etc. Estos en lo exterior son hipócritas, y en lo interior son herejes.»

«Enseñan várias doctrinas, y entre otras, pro-

hijan á sus revelaciones falsas muchas indulgencias, bendiciones y perdones que Dios concede á ellos, como á gente privilegiada. Inventan algunas revelaciones en orden á la remision de los pecados mortales, para eximirse de la obligacion de la confesion sacramental. Item, sienten mal de las cosas pias, que usa la Iglesia para aumentar la piedad de los fieles, como son indulgencias, medallas, procesiones y otras santas ceremonias. Y finalmente, apénas hay artículo dogmático, que no reprueben, si contradice á su carnalidad y vida bestial secreta. Buscan discipulos que les oigan, sigan y aplaudan; son voluntariosos, cabezudos y duros de juicio; quieren que los otros les sean muy sujetos y obedientes, para ejecutar mejor su soberbia y autoridad en los otros que se les humillan. Últimamente son herejes, y tienen otros muchos pecados secretos y públicos».

Por esta descripcion que hace el P. Godinez y que se puede ver más dilatada en su autor, se conocerá cuán importantes son estas muchas y muy menudas reglas, que tiene S. Ignacio en el fin de sus Ejercicios, para el modo con que debemos sentir con la Iglesia Católica: porque como dichos ejercicios son el arte de conducir las

almas á lo más alto de la perfeccion, y en ésta hay el peligro de que embriagadas éstas con el vino fuerte de la oracion y con su dulzura, se desvanezcan y caigan en alguna soberbia oculta, por la cual los desampare Dios y los deje caer en ilusiones y herejias; previene todo este daño el Santo con dichas reglas.

En la segunda Semana, despues de las reglas de la buena eleccion, pone el Santo los tres grados de humildad, enseñando al ejercitante cuáles son estos, y cuál es el último y preciosísimo grado de humildad, de desear imitar á Jesucristo en los abatimientos, desprecios, injurias, etc. Y quien siguiere esta doctrina del Santo, y practicare este tercer grado de humildad, que tanto enseña y ensalza S. Ignacio; irá seguro de caer en ilusiones ó doctrinas falsas etc. si se conserva en él toda su vida; y tanto más, cuanto más creciere en oracion y perfeccion. Pero si le falta esta humildad, caerá en dichas ilusiones, herejias, etc. Y para que esto se conozca, y no yerren, ni las almas virtuosas ni los confesores y maestros que las dirijen, ni los predicadores que las enseñan etc.; pone S. Ignacio estas últimas y necesarias reglas con que acaba sus Ejercicios.

Cotéjense varias reglas de éstas, que pone el Santo en dicho lugar, con las propiedades de los alumbrados, que pone el P. Miguel Godinez ya citado (Lib. 8. c. 6), y se verá fácilmente el veneno que usan dichos alumbrados, y el contraveneno que pone S. Ignacio en las referidas reglas. En la última propiedad dice el P. Godinez: «Que los alumbrados son voluntariosos, cabezudos y duros de juicio». Y S. Ignacio en la primera regla dice que «depuesto todo juicio, debemos tener ánimo aparejado y pronto para obedecer en todo á la vera Esposa de Cristo, N. S., que es la Nuestra Santa Madre Iglesia hierárquica». En la octava propiedad dice el P. Godinez, «que los alumbrados inventan revelaciones para eximirse de la confesion sacramental, y enseñan que en algunos casos se pueden callar pecados mortales en la confesion». Y S. Ignacio en su regla segunda dice que se debe alabar el confesarse con Sacerdote, y recibir el Santísimo Sacramento, y cuanto más á menudo tanto mejor. En la nona propiedad dice el P. Godinez: «Que los alumbrados sienten mal de las cosas pías, como medallas, procesiones y otras santas ceremonias etc.» Y S. Ignacio, en la regla sexta dice que se han de alabar estaciones, peregrin-

naciones, indulgencias y candelas encendidas, que usa la Iglesia». En la tercera, cuarta y quinta propiedad de los alumbrados, dice el P. Godinez: «Que los alumbrados enseñan y practican mil carnalidades, y doctrinas falsas que llevan á la torpeza. Y S. Ignacio en la cuarta y quinta regla enseña: «que se deben alabar mucho las religiones, la virginidad, la continencia y los votos de pobreza, castidad y obediencia», con las cuales reglas se opone ex diámetro á todas las infernales doctrinas, que dichos alumbrados esparcen, para abonar sus abominaciones secretas. En la primera y segunda propiedad, dice el P. Godinez: «Que los alumbrados enseñan que la oracion equivale á toda obligacion, y que no pecaria el que por causa de la oracion faltase á las leyes divinas y humanas». Y S. Ignacio en la regla séptima y la nona y la décima enseña: «que se deben alabar todas las constituciones de la Iglesia y todos sus preceptos, buscando razones en su defensa, y en ninguna manera en su ofensa; y que debemos ser muy prontos para abonar y alabar las constituciones, comendaciones y costumbres de nuestros mayores. Finalmente el P. Godinez en la última propiedad dice: «Que los alumbrados tienen lo bueno por

malo, y lo malo por bueno; y todo esto debajo de capa de perfeccion y oracion.» Y S. Ignacio en la regla trece enseña que, para acertar en todo debemos tener por negro, lo que la Iglesia Hierárquica enseña que es negro aunque á nosotros nos parezca que es blanco. Y en conclusion, si se cotejan todas las propiedades de los ilusos y alumbrados, que pone el P. Godinez, y las reglas que pone S. Ignacio en el fin de los Ejercicios; se conocerá en aquellas propiedades todo el veneno y ponzoña que difunde el demonio por medio de dichos alumbrados, y en dichas reglas de S. Ignacio se reconocerá la triaca y contra-veneno, que pone el Santo, para que las almas virtuosas y santas no yerren en cosas tan importantes. Y por aquí se vendrá en conocimiento de cuán importantes y necesarias son estas menudisimas reglas, que pone el Santo en el fin de sus Ejercicios.

§. VII.

Pónense algunas otras reflexiones sobre estas mismas reglas, y conclúyese declarando esta cuarta Semana por modo de diálogo como los antecedentes.

Mucha y muy escogida doctrina se contiene en estas últimas reglas, que pone el Santo en sus Ejercicios. En ellas se tocan puntos teológicos altísimos, y admira el que los pudiese escribir el Santo, cuando apénas habia salido de los ejercicios de soldado, y estaba en el principio de su conversion, ántes de tener estudios ni letras algunas. Y así se conoce que fué esta doctrina dada del cielo. Pondrémos aquí algunas reflexiones más notables sobre dichas reglas, dejando las demas que se pueden hacer, al que leyere con atencion é investigare su profunda sabiduría.

En la regla séptima dice el Santo, que se deben alabar mucho los ayunos, así de obligacion en cuaresma, témporas y vigiliás, como los de devocion en otros dias. Y tambien se deben alabar las penitencias, no sólo internas, sino tambien las externas. En que declara lo que tiene dicho acerca de la penitencia en el fin de la primera

Semana, y deshace el error de algunos, que llevados de su amor propio y de la dificultad que tiene la maceracion externa en algunos y otras austeridades, sólo engrandecen la penitencia interna, y guian á otros por este camino remiso; porque á lo que ellos tienen horror, les parece mucho tambien en otros. Véase lo que sobre esto dice el cartujano Molina en su admirable libro de la Oracion Mental. Y reconózcase por experiencia cuándo aprovechan más las almas; si es cuando ejecutan lo que Dios les inspira, y el confesor les permite. Y léanse tambien sobre esto las vidas de los santos.

En la regla décima da avisos importantísimos el Santo, para el modo y respeto, con que los inferiores han de tratar á sus superiores, no sólo aprobando sus mandatos y tradiciones, sino nunca hablando mal de ellos en públicos sermones, ó en conversaciones populares; porque esto no trae utilidad, sino muchos y graves daños y escándalos, principalmente si se habla de los príncipes y de los pastores sagrados. Y de ésta se tomaron las reglas doce y trece, que tiene la Compañía para los predicadores.

En la regla once habla, con divino magisterio, de Teología así positiva, como escolástica;

porque si la una mueve grandemente á la virtud y buenas costumbres, la otra es importantísima para apurar sus quilates á la verdad, y en fuerza de sus argumentos y silogismos desbaratar los errores y engaños, que suelen introducir los herejes y dogmatistas, que por esto se muestran muy enemigos de la Teología escolástica, y procuran desacreditarla lo posible. Y adviértase lo que dice el Santo, que los doctores modernos, que hacen uso de la Teología escolástica, como Santo Tomas, S. Buenaventura, el Maestro de las Sentencias y otros, no sólo han sido ilustrados de Dios, como los antiguos santos doctores, sino tambien han sido ilustrados de Dios, para que valiéndose de los antiguos doctores, y de los decretos de los concilios y constituciones de la Iglesia, usasen de la Teología escolástica, para provecho y utilidad de la misma Iglesia Católica, y enseñanza de todos sus hijos.

En las reglas catorce, quince, diez y seis y diez y siete toca los puntos altísimos de la concordia de la gracia con el libre albedrio, y enseña el modo con que se ha de hablar en estas materias, que son difíciles de explicarse, y que despues han dado ocasion á tantas y tan reñidas disputas, como tienen entre sí las escuelas de los

escolásticos. De aquí tomó la Compañía de Jesus las siguientes doctrinas de la Ciencia Media, con que tanta guerra ha hecho á Lutero, Calvino y otros herejes de nuestros tiempos. Y por esto dicen algunos, y con razon, que nuestro P. S. Ignacio es el autor y primer maestro de la Ciencia Media y de las doctrinas, con que la Compañía de Jesus ha ilustrado á todo el orbe escolástico. Véase lo que dice el P. Suarez: *Oecasionem sumam advertendi zelum, quem nunc habet Societas, recte explicandi concordiam gratiae cum libero arbitrio, et convenienter loquendi ad resistendum Luthero, aliisque haereticis, eundem fuisse in P. nostro Ignatio; et vel ab illo in Societatem manasse, vel eundem spiritum, qui hanc Religionem movet ad resistendum haereticis, hujus esse doctrinae auctorem.* (Tom. 4. de Relig. trac. 10. l. 9. c. 5. n. 43).

En la regla diez y ocho enseña otras doctrinas muy útiles contra estos herejes, declarando que aunque sea muy bueno y lo mejor el servir á Dios por puro amor, es tambien muy bueno el servirle por temor, no sólo filial, sino tambien servil; porque el temor á Dios, ó por la esperanza del premio eterno, ó por el temor de la eterna pena, facilita el que los pecadores, cuan-

lo ántes, salgan de sus pecados, y puestos ya en gracia de Dios, es más fácil el que despues suban al temor filial y al amor puro de Dios. De esta regla se sacó la regla diez y siete, de las que dejó el Santo á sus hijos, en que enseña lo mismo.

Últimamente advierto que todo este libro y arte es de ejercicios; porque si no se ejercitan todas las reglas, que aquí da y señala S. Ignacio, ni se entenderá el arte, ni servirá de algun provecho: pues toda su utilidad consiste en que dadas y declaradas tantas y tan menudas reglas como da aquí el Santo para conseguir la santidad, se practiquen y se ejerciten. Asi lo hacia y lo decia en muchas partes David: *In mandatis tuis exercebor; et considerabo vias tuas. Levavi manus meas ad mandata tua....et exercebar in justificationibus tuis. Servus autem tuus exercebatur in justificationibus tuis. Exercebor in mirabilibus tuis* (Pslm. 118).

Porque si no hay ejercicio, nada sirve, y no son, ni santos ni bienaventurados, los que sólo dicen, pero no hacen, y los que sólo desean, pero nada ejercitan. Y así, no se queje de no sacar provecho, el que dijere que tiene los Ejercicios de S. Ignacio, pero no ejercitare sus reglas y do-

cumentos. Pero quien hiciere ejercicios, esto es, practicare y actuare todas las reglas que da S. Ignacio en la cuarta Semana de este su arte de santidad, indefectiblemente conseguirá la santidad: y para concluir esta cuarta Semana en la misma forma que las antecedentes, pondremos aquí por modo de diálogo las mismas doctrinas que hemos declarado, para que más fácilmente se entiendan.

Pregunto. De qué trata S. Ignacio en la cuarta Semana de sus Ejercicios?

Respondo. De la via unitiva, que consiste en la contemplacion de Dios, para lo cual da las reglas necesarias. Porque despues de haber salido el hombre de todos sus pecados, despues de haber seguido á Cristo en todo género de virtudes heróicas, y despues de haber imitado á Cristo en su Pasion y en sus penas, sólo resta gozarse con Cristo gozoso, y amar intensamente á Dios: y esto es lo que enseña por su órden S. Ignacio en esta cuarta Semana de sus Ejercicios.

P. Porqué pone S. Ignacio en el principio de la cuarta Semana solas dos meditaciones, una de la Resurreccion y apariciones, de Cristo, despues de resucitado, y otra del amor de Dios?

R. Porque en la primera da la forma y mé-

todo, que se debe guardar en las demas contemplaciones de los misterios gloriosos, como lo dice el mismo Santo en la primera de las cuatro notas, que pone despues de dicha meditacion. Pues como éste es arte, no convenia dilatarlo, sino poner sólo un ejemplo en la primera contemplacion, para que se siguiese este mismo método en las siguientes.

La segunda contemplacion que pone el Santo, es la del amor, porque en éste consiste la perfeccion, á la cual guia el Santo al ejercitante, para conseguir el fin de los Ejercicios, que es hacer al hombre perfecto en santidad. En esta contemplacion comprende el Santo cuanto ha dicho en las tres Semanas antecedentes, y cuanto se comprende en las tres vias, purgativa, iluminativa y unitiva. Y así como los oradores al fin de su oracion hacen una peroracion, en que recopilan todo lo que han dicho en la oracion, y ésta es la que ponen al fin; así N. P. S. Ignacio comprende en esta contemplacion del amor casi todas las doctrinas dadas en las tres Semanas antecedentes; porque las tres vias, ya referidas, se ordenan al amor de Dios, que es como la corona de todas ellas, y el blanco último á que se encamina toda la vida espiritual.

En dicha contemplacion declara el Santo todas las calidades del amor, distinguiendo en primer lugar el amor verdadero, que consiste en obras y comunicacion de bienes entre los amantes, y el amor aparente y falso, que pára en solas palabras. Item, pone los dos medios y motivos más eficaces para encender el amor, que son los beneficios de Dios, en que hace reseña de todos ellos en los primeros puntos, y el conocimiento del Sér y perfecciones divinas, que expresa principalmente en el cuarto y último punto. Y últimamente transforma al alma toda en Dios, entregándole todo su sér, alma, potencias, sentidos, todo lo que tiene y posee, para que en todo haga Dios, de ella, sólo lo que fuere de su agrado, como se puede ver en el coloquio, que tiene en el fin del primer punto: *Suscipe, Domine, universam meam libertatem etc.*

P. Y porqué pone S. Ignacio este coloquio en el primer punto, cuando los demas los pone al fin de toda la meditacion?

R. Porque en esta meditacion declara los tres grados del amor: amor afectuoso, amor actiuo y amor gozoso. El afectuoso lo pone en el primer punto, en que conociendo el alma los muchos beneficios recibidos de Dios, se enciende

en grandes afectos de amor para con tan gran bienhechor. El actioso lo pone en la mitad de dicho punto, donde dice: *Quibus optime inspectis, vertar ad me ipsum, et disquiram etc.* Item, pone dicho coloquio al fin del primer punto, porque en ello enseña cómo el alma amante de Dios no se pára sólo en afectos, sino pasa á hacer cuanto fuere del agrado de Dios, empleándose toda, con todas sus potencias y sentidos, sólo en servicio y agrado de Dios. El amor gozoso es el que pone en el segundo, tercero y cuarto punto: ya haciendo escala de todas las criaturas para subir al Criador de ellas ó contemplando á Dios en las criaturas; ya contemplando el mismo Sér de Dios y sus perfecciones y atributos en si mismos, para alegrarse y gozarse en aquel infinito tesoro de todo bien. Es ésta admirable contemplacion; y si se penetra bien todo lo que el Santo dice, se conocerá que expresa en ella todos los motivos y grados de un purísimo y encendidísimo amor de Dios, que es el último término y cumbre de la perfeccion cristiana en esta vida.

P. Pues si ya ha dado S. Ignacio reglas al ejercitante, para subir hasta lo más alto de la perfeccion, y lo más encendido del amor de Dios,

¿porqué prosigue en sus Ejercicios dando nuevas reglas y tres modos distintos de orar?

R. Porque el medio más principal y áun necesario para caminar en la senda de la perfeccion es la oracion, ó ya mental ó ya vocal; pero hecha con perfeccion. Pues mal se pueden abrazar las penalidades presentes, si no es, conociendo los tormentos y penas futuras, que son mucho mayores: y mal se pueden renunciar los bienes y gustos de esta vida, si no se conocen los infinitos bienes y felicidades de la vida eterna. Y como este conocimiento se ha de adquirir por la oracion mental y la vocal perfecta, enseña S. Ignacio varios modos de ejercitarla.

P. Y porqué son tres modos de orar los que aquí pone?

R. Porque ya ha enseñado muchos modos de orar en el discurso de los Ejercicios, por meditacion, repeticion, aplicacion de sentidos, etc. que pueden actuar y ejercitar; los que con más espacio y sosiego pueden tener sus Ejercicios por treinta dias en el retiro de todo otro negocio y soledad, en que solo vacan á Dios. Y ahora añade otros tres modos de orar, muy fáciles y tambien universales, pues pueden ejercitarlos todo género de personas, aunque sean muy ocupa-

das en negocios públicos ó domésticos; y muy aptos para hacer con perfeccion la oracion vocal que es la más comun, y mas ejercitada en todos los cristianos de cualquier estado ó esfera que sean.

P. Y cuáles son estos modos de orar?

R. Son tres: el primero es por medio de exámen de conciencia, por los mandamientos, pecados capitales, cinco sentidos, tres potencias, etc. De este modo de orar, dice el venerable P. Luis de la Puente, que es el mejor y más provechoso en cuantos modos ha visto de orar. Este modo de orar, dice el mismo Santo, en la Anotacion diez y ocho de las veinte primeras, que se puede dar á todo género de personas, aunque sean muy ocupadas en negocios públicos, y aunque sean de poca capacidad natural etc.; pues es muy fácil y provechoso, y conduce mucho al conocimiento del estado de la propia conciencia, para aborrecer los pecados y fijar en el alma el santo temor de Dios. Y éste es más oportuno para la primera Semana y para personas poco ejercitadas en meditacion y consideracion.

Los otros dos modos de orar son considerando la significacion de cada palabra reflexionando en la grandeza de Dios, á quien se ora, ó en la

bajeza del que hace la oracion etc. Estos dos modos de orar son más propios de gente ya más ejercitada en oracion, y ayudan mucho para que la oracion vocal, de que se usa comunmente, sea más perfecta y provechosa; pues no se hace con sólo los labios, como suelen los tibios y los distraidos; sino tambien con lo interior y con la atencion del alma, que es la que da eficacia á la oracion vocal.

P. Porqué pone S. Ignacio, despues de estos modos de orar, todos los misterios de la vida de Jesucristo, Señor nuestro, desde la Encarnacion hasta la Ascencion?

R. Porque despues de haber puesto la forma de orar, pone la materia de la oracion, que es toda la vida de Jesucristo, en que con sumo provecho se puede ejercitar cualquier cristiano, en cualquier estado, que esté, de virtud, y en cualquier grado que se hallare de oracion. Jesucristo es la puerta por donde entramos en la virtud y en la gracia y amistad de Dios. Jesucristo es la puerta por donde entremos á lo más subido de la perfeccion. Jesucristo es la puerta por donde subimos á la contemplacion de la Divinidad, por donde hemos de entrar últimamente en la gloria. Y como su santissima vida fué toda visible y más

perceptible á nuestros sentidos bajos y á los de toda clase de gentes; por eso la pone S. Ignacio por materia plenísima de toda oracion. Y aunque en las semanas antecedentes ha puesto algunos misterios de esta vida santísima de Jesucristo; los pone aquí todos juntos para que cualquier ejercitante halle la materia que le fuese oportuna para su oracion.

P. Y porqué pone el Santo tan breves los puntos de estas meditaciones?

R. Porque sólo señala la materia para la meditacion, la cual debe proponerse brevemente al ejercitante, para que él con su propio entendimiento y voluntad trabaje en hallar nuevas verdades, que son las que más le han de aprovechar, segun lo que tiene el mismo Santo enseñado en la Anotacion segunda de las veinte que están al principio de los Ejercicios. Y como ya en cada Semana ha puesto un ejemplo del modo con que se ha de dilatar la meditacion; por eso aquí, sólo pone brevemente la materia sobre que se ha de meditar ó contemplar. Y fuera contra la razon de arte, poner cada meditacion extensa, como lo hacen otros libros que son sólo de meditaciones, y no dan sólo las reglas y modo con que se han de ejercitar. De donde se

conocerá que este admirable arte de los Ejercicios, no se hizo para leer, sino para hacer; y que es un perfectísimo y completísimo arte de la santidad, pues da toda la materia, toda la forma y todas las reglas y medios necesarios para comenzar y continuar la santidad, y para llegar á lo más encumbrado de ella.

P. Porqué S. Ignacio no habla de la contemplacion ni de la materia de ella, cuando es un modo tan excelente?

R. De la contemplacion activa si habla, y la enseña en muchas partes, porque sólo ésta cae bajo de arte y se sujeta á nuestra industria y á reglas. De la contemplacion pasiva no habla, porque ésta es don de sólo Dios, que no se sujeta á arte ni diligencia nuestra: pues aquel acto puro y único con que está el alma con suma quietud y sosiego, conociendo las verdades eternas, lo da Dios sólo, cuando quiere y á quien quiere, pues esto es: *pati divina et non agere*. O para que nos expliquemos como el P. Suárez, enseña S. Ignacio el principio de la contemplacion, que es lo activo de ella ó lo que puede el hombre por su diligencia; no el fin ó último término de la contemplacion, que es la contemplacion pasiva, que depende de sólo Dios. Y aqui es el error

de algunos, que quieren subir ó poner á sus discipulos en contemplacion pasiva ó en el fin de la contemplacion, y así, quieren que el que ora suspenda todo acto del entendimiento y voluntad, lo cual es imposible y engaño que refuta altamente el P. Pablo Segneri en su Concordia contra Molinos.

Y si preguntas en qué parte enseña S. Ignacio la contemplacion activa, respondo con el P. Suárez: que la enseña en las repeticiones y en la aplicacion de los sentidos, que pone en muchas de sus meditaciones; porque como aquí habla el Santo no de los ejercicios corporales, que no se pueden aplicar á objetos ausentes, ni menos á los espirituales, habla sólo de los sentidos en cuanto al ejercicio del alma, que se ha de aplicar á ver, oír y tocar etc. los objetos de la meditacion con aquella quietud, sosiego y continuacion, que la hace el que se pone á ver, oír y tocar algun objeto corporal con los sentidos externos. Lo cual se debe entender tambien de las repeticiones que pone sobre las verdades que más fuerza hicieron al ejercitante en el discurso de la meditacion. Pues esto es saborearse con quietud y sosiego en las verdades ya halladas, lo cual puede hacer el hombre por su industria. Y en

esto consiste la contemplacion activa, de que habla el Santo muchas veces en sus Ejercicios.

P. Pues si ya S. Ignacio ha instruido al ejercitante, de todo lo que necesita para subir y crecer en la perfeccion; ¿porqué añade al fin de sus Ejercicios tantas y tan diversas reglas de la discrecion de espiritus, del modo de distribuir las limosnas, del conocimiento de los escrúpulos y del modo que se ha de tener en sentir y conformarse en todo con la Iglesia Católica?

R. Porque no basta que el ejercitante sepa todo lo que ha de hacer en la senda de la perfeccion, sino es necesario que esté instruido en todos los riesgos y peligros que pueden ocurrir en este camino, y en que se puede perder. Y para esto da aquí el Santo todas estas diversas y admirables reglas, que deben tener muy estudiadas y sabidas todos los predicadores, los confesores, los directores y maestros de espiritu, y todas las almas que caminan por esta senda á la perfeccion, ahora sea en la Religion, ahora sea en el estado secular. Pues si estas reglas se tuvieran presentes y se practicaran, no se perdieran tantos de los que caminan por la virtud ni se perdieran los maestros de espiritu que los dirigen, como suele á veces acontecer; ántes

si, evitados estos escollos, se adelantáran en toda perfeccion. Y así, era necesario que S. Ignacio que tan ilustrado fué de Dios para escribir estos Ejercicios, pusiese todas estas reglas, que eran tan necesarias para el complemento y perfeccion de este arte de la santidad que escribia.

P. Y qué peligros son estos?

R. Son en tres maneras: uno, que proviene de las astucias y falacias del demonio, nuestro comun enemigo. Otro, que proviene, en el virtuoso, de las ignorancias y errores de su propio entendimiento. Y el tercero, que proviene de los engaños y falsedades de otros hombres.

Del primero trata el Santo en las reglas de la discrecion de espíritus, para conocer y distinguir las voces que son del ángel bueno, y las que son del ángel malo. Y porque el demonio acomete con más engaños á los que comienzan á servir á Dios, y con otros diversos y más sutiles, debajo de especies de bien, á los que van continuando y aprovechando en la virtud: por eso pone el Santo diversas reglas para lo uno y para lo otro, y declara en la Anotacion nueve, de las veinte que están al principio de los Ejercicios, que las unas fueron muy nocivas á unos ejercitantes, y las otras muy provechosas á otros,

y enseña el modo con que se han de practicar. Del segundo peligro trata el Santo en las reglas de distribuir las limosnas, y en las reglas de conocer escrúpulos. Porque las primeras sirven para que el hombre no se engañe por su amor propio, ahora sea en el retener sus bienes, ahora sea en el distribuirlos ó en el dejarlos etc.: y como dice el P. Suárez, ésta de las limosnas es doctrina general, que puede y debe el hombre aplicar á todo lo que hiciere, para no engañarse en sus acciones, y para encaminarlas con acierto al puro servicio de Dios, que es el fin para que fuimos criados. En la segunda declara el Santo los errores que puede padecer el hombre en el camino de la virtud, con los escrúpulos y dudas que arroja el demonio, para impedir los progresos en la perfeccion.

Del tercer peligro trata el Santo en las últimas y provechosísimas reglas que debemos tener en sentir con la Iglesia Católica. Porque en el camino de la virtud y perfeccion hay el gran peligro de dar en ilusos y alumbrados, en que se han perdido muchos; los cuales, engañados del demonio, han engañado fácilmente con errores y aún herejías á los que no estaban bien instruidos del modo con que se debían guardar y

defender de tan malditos maestros, como los hombres ilusos. Y para esto conviene saber que hace el demonio con algunos virtuosos lo que hicieron los filisteos con Sanson. Tenia éste grandes fuerzas, con que los vencía y mataba. Y como estas fuerzas consistían en sus cabellos, buscaron industria y engaños con que quitárselos. Y quitados, le sacaron despues los ojos, y dejándole ciego, le dejaron crecer de nuevo sus cabellos, para que teniendo fuerzas, pero no luz ni vista, le tuviesen como bestia atado á una tahona. Así hace tambien el demonio: hay hombres de mucha oracion y de muchas virtudes que al principio son verdaderas; ármale el demonio algun lazo, con que los hace caer en alguna soberbia oculta, por la cual desamparados de Dios se quedan sin luz. Despues que estan así, les atiza el demonio la misma oracion y las mismas virtudes, para que vivan ellos engañados, y engañen tambien á otros; y así, siendo ellos en lo exterior hipócritas, en lo interior son herejes y maestros de errores, como arriba decíamos con el P. Godinez. De estos se lloran no pocos estragos en la Iglesia de Dios; y para que no suceda lo mismo á los que hacen los Ejercicios de S. Ignacio y siguen su doctri-

na sólida y celestial, los instruye el Santo, del modo que han de tener en seguir la perfeccion, sin apartarse, ni un ápice, de la regla indefectible de la Iglesia Católica, cuya doctrina los conducirá con toda seguridad á lo más sublime de la perfeccion. Últimamente, en las cuatro últimas reglas de las ya referidas, declara el Santo los errores de los que son herejes manifiestos, como Luteranos y Calvinistas, para que el ejercitante los conozca y esté lejos de teñirse de sus falsedades.

Esto poco he podido entender y decir del método y artificio, que encierra el admirable libro de los Ejercicios, que escribió N. P. S. Ignacio. Bien se yo que tienen en sí mucha más doctrina que la expresada, y necesitan más estudio y más prolija indagacion, para que aquella se pueda percibir y conocer, y para entender cómo dichos Ejercicios contienen todas las reglas necesarias para subir con toda seguridad desde el principio hasta el fin de la perfeccion. Pero yo me contento con esto poco que he entendido y declarado, para que sirva de estímulo á los jesuitas mozos y recién ordenados, para que se den á la leccion del libro original de los Ejercicios, que escribió nuestro P. S. Ignacio, y pro-

curen su inteligencia; pues en él hallarán cuantos tesoros puedan desear, no sólo para ser ellos santos, sino tambien para dirigir diestramente á otras muchas almas á la santidad. Y así, el mismo S. Ignacio dice en sus constituciones (parte 4) que sus hijos todos entiendan y penetren bien estos Ejercicios: *Non solum ut aliis satisfiat sed etiam ut in illis desiderium excitetur ut eisdem juvari velint*; sirva esta corta declaracion para que en los jesuitas se excite el deseo de hacer otras mayores y más extensas declaraciones de dichos Ejercicios.

El mismo S. Ignacio, en la Anotacion segunda de las veinte que están al principio de su libro, manda que el maestro que ha de dar á otro los Ejercicios, sólo le proponga la materia de la meditacion con gran brevedad: «discurriendo solamente por los puntos con breve ó sumaria declaracion», para que el ejercitante mismo amplie dicha materia con su propio discurso, y la dilate con la ilustracion que tuviere de Dios; porque esto, que él discurre, es lo que le ha de dar más gusto y más provecho para su alma: *Non enim abundantia scientiae, sed sensus et gustus rerum interior desiderium animae explere solet*. Y obedeciendo á este mandato del

Santo, sirva esta breve noticia de este arte, para que otros jesuitas hagan otras mayores noticias que sean más provechosas, así á ellos como á todo el mundo.

Concluyo con una hermosa y pulidísima autoridad de S. Cipriano que trae el Exímio Suárez en el lugar ya citado (Cap. 6 n. 8), para declarar esta misma doctrina que pone S. Ignacio en la referida Anotacion segunda. En la prefacion del libro que escribió: *De Exhortatione martyrum*, en que sólo tocaba brevemente algunos capitulos de la vida de Cristo, Señor nuestro, dice S. Cipriano las palabras siguientes, que me ha parecido ponerlas todas por lo hermoso de su sentido y de sus cláusulas: « *Ut non tam tractatum meum, dice S. Cipriano, videar tibi misisse, quam materiam tractantibus tribuisse; quae res in usum singulis proficit utilitate majore. Nam si confectam et paratam jam vestem darem, vestis esset mea, qua alius uteretur, et forsitan non pro habitudine staturae et corporis res alteri facta, minus congruens haberetur. Nunc vero de Agno, per quem redempti ac vivificati sumus, lanam ipsam et purpuram misi: quam cum acceperis, tunicam tibi pro voluntate conficias, et plus, ut in domestica tua atque in pro-*

pria veste, laetaberis; et caeteris quoque, ut et conficere ipsi pro arbitrio possint, quod misimus, exhibebis. No te envío, dice S. Cipriano, la vestidura hecha, porque ésta fuera vestidura mia, y quizá no fuera proporcionada á tu estatura: envíote sólo la lana y púrpura del Divino Cordero, para que tu mismo hagas tu vestidura, y trabajándola tú, la tengas como propia: y para que así puedas comunicar á otros la misma lana, para que cada uno pueda formar su propia túnica. Aquí llamo la atención de los jesuitas: *Et caeteris quoque, ut et conficere ipsi pro arbitrio possint, quod misimus, exhibebis.*

Doy esta corta explicacion de los Ejercicios de N. P. S. Ignacio, para que de ella se muevan los jesuitas á hacer otras mayores y más extensas, que sirvan para ellos mismos y para bien de todo el mundo.

FIN.

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS Y PÁRRAFOS CONTENIDOS EN ESTE ARTE DE LA SANTIDAD.

Pag.

Noticia del autor.

Prólogo á los Padres y Hermanos de la
Compañía de Jesus. I

CAPÍTULO I.

Dase razon de la obra. 1

CAPÍTULO II,

Prosigue la misma materia. 10

CAPÍTULO III.

De la naturaleza de la libertad humana,
y de la gran propension que tiene hácia lo
malo. 17

CAPÍTULO IV.

De dónde proviene y cuáles son las rai-
ces de esta propension que tiene la libertad
humana hácia lo malo. 26

CAPÍTULO V.

De los remedios con que la voluntad libre del hombre se puede inclinar hácia el bien; y cómo entre estos tiene lugar principal el arte.

36

CAPÍTULO VI.

Declárase en general el arte de estos Ejercicios y las partes todas de que se compone.

50

CAPÍTULO VII.

Del artificio, que contienen las primeras veinte Anotaciones, que pone S. Ignacio al principio de sus Ejercicios.

63

§. Único. Para más claridad se pone toda la doctrina en forma de diálogo.

74

CAPÍTULO VIII.

Del artificio, admirable disposicion y armonia de la primera Semana de los Ejercicios.

82

§. 1º Del fin é intento de esta primera Semana y su prévia introduccion.

86

§. 2º De los exámenes y meditaciones de la primera Semana.

93

- §. 3º De las diez adiciones y cuatro notas últimas, que pone el Santo al fin de la primera Semana. 108
- §. 4º Pónese la misma doctrina por modo de diálogo, para mayor claridad. 113

CAPÍTULO IX.

De la admirable armonía y artificio de la segunda Semana de estos Ejercicios. 122

§. 1º De la primera parte de esta segunda Semana, que contiene las reglas necesarias para que el ejercitante se anime al ejercicio de las virtudes, y pueda llegar á la perfeccion de ellas, segun su estado. 125

§. 2º Segunda parte de esta segunda Semana, que contiene las reglas necesarias para pasar, de la virtud privada y personal, á la virtud que se extiende y comunica á otros, ó sea la virtud retirada y escondida, á la virtud apostólica y empleada en el bien de los prójimos, siguiendo el ejemplo de Cristo, Nuestro Señor. 137

§. 3º De la tercera parte de esta segunda Semana, y de las admirables reglas que contiene para el acierto en la eleccion de

	Pag.
estado y de cualquiera otra cosa, que se desea elegir con provecho espiritual del alma.	150
§. 4º Pónese la misma doctrina por modo de diálogo.	160

CAPÍTULO X.

De la disposicion y método admirable de la tercera Semana de los Ejercicios.	168
§. 1º Decláranse las razones porque S. Ignacio emplea toda la tercera Semana de sus Ejercicios, sólo en las meditaciones de la Pasion de Jesucristo.	169
§. 2º Del artificio y reglas, que pone el Santo en esta tercera Semana, para que se consiga el fruto de ella.	182
§. 3º De las ocho reglas admirables que da S. Ignacio en el fin de la tercera Semana, para moderarse y ordenarse en el comer y en el modo de pagar este preciso tributo á la naturaleza; y del fin que tuvo el Santo en ponerlas en este lugar y no en otro.	189
§. 4º Prosigue la misma materia, con que se concluye la tercera Semana.	196
§. 5º Pónese la misma doctrina por modo de diálogo.	206

CAPÍTULO XI.

De la cuarta Semana de los Ejercicios de S. Ignacio.	215
§. 1º De la primera parte de esta cuarta Semana, en que trata S. Ignacio de la via unitiva.	216
§. 2º De la segunda parte, que encierra la cuarta Semanã de los Ejercicios de S. Ignacio.	226
§. 3º De la tercera parte de la cuarta Semana de los Ejercicios.	233
§. 4º De la cuarta parte que contiene esta cuarta Semana de los Ejercicios.	238
§. 5º Prosíguese la misma materia y se continúan las reglas, que da S. Ignacio en el fin de la cuarta Semana.	247
§. 6º De las últimas reglas que pone el Santo en sus Ejercicios sobre el modo que debemos tener en el sentido verdadero de lo que enseña la Iglesia Católica militante.	252
§. 7º Pónense algunas otras reflexiones sobre estas mismas reglas, y conclúyese declarando esta cuarta Semana, por modo de diálogo, como las antecedentes.	263



